



**Novela intuitiva
de intriga, misterio
y humor**

**EL
HOMBRE
QUE
QUE
INTUÍA...
(Parte 1)**

David Castells

D.J.57

NOTA

Este ejemplar gratuito en formato digital es la primera parte de unas 186 páginas de la novela El hombre que intuía... de David Castells cuya versión completa consta de unas 640 páginas y se puede encontrar en www.amazon.com

Espero que disfrutéis de la lectura y os agradecería que me enviaseis vuestros comentarios y opiniones a:

dvd.castells@gmail.com

Muchas gracias.

David Castells

**EL HOMBRE QUE
INTUÍA...
(Parte 1)**

David Castells

Marzo 2017

@David Castells, 2017
dvd.castells@gmail.com
@dvd_castells

Revisión: 1

Los hechos y los personajes que se describen
en esta novela son totalmente imaginarios.
Cualquier parecido con la realidad
sería pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización del titular del copyright,
bajo las sanciones establecidas por la ley,
cualquier forma de reproducción y/o distribución
parcial o total de esta obra.

INDICE

1	EL PARQUE	11
2	LA PLAYA	213
3	EL ESPACIO	461
	EPÍLOGO	649
	PERSONAJES	653

Agradecimientos

*A todos los que me habéis
ayudado a mejorar, promocionar
y distribuir mis novelas:*

Anna, Blanca, Carla, Carme, Eduardo,
Gemma, Josep Maria, Laura, Lluís, Marc,
Martí, Núria, Rosa, Xavi

*«La única cosa realmente
valiosa es la intuición»
-Albert Einstein*

Primera parte

EL PARQUE

**Nuestro cuerpo, nuestra mente
y nuestra alma son sabios.**

**Ellos son nuestros
verdaderos maestros.**

1

Lunes, 13 de Octubre de 2014 a las 23:00

Daniel Torrents estaba leyendo un libro sentado en el sofá del apartamento de Barcelona que había alquilado hacía pocos días. Era un hombre de unos treinta y cinco años con un rostro muy natural que transmitía confianza y serenidad. Sus cabellos castaños no eran ni largos ni cortos. Sus ojos eran de un color indefinido, quizás similar a la miel. Su piel estaba ligeramente teñida por el sol. No era ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. Nada en su cara ni en su físico resaltaba especialmente. Se podría decir que había sido diseñado para pasar desapercibido entre la gente. Todo el mundo diría que era un hombre normal y corriente.

De repente, su mirada se quedó fijada en la pared de enfrente. Había una estantería llena de libros. Se levantó y se dirigió hacia ella, mirándola desde diferentes ángulos. Había algo que no le acababa de convencer. La empujó para ajustarla mejor, pero no se movió. Introdujo una mano dentro de uno de los estantes y accionó una palanca oculta. Se oyó un clic y toda la estantería avanzó unos centímetros por uno de sus lados convirtiéndose en una puerta. La abrió y encendió la luz interior. Era como un pequeño trastero totalmente oculto, de un metro de ancho, hecho a modo de doble pared. En el fondo había unas estanterías metálicas de unos treinta centímetros de ancho y, a cada lado, había otras más anchas. Estaban llenas de objetos: un ordenador portátil, herramientas varias, libros, papeles, cajas, maletas, etc. En el centro quedaba espacio para dos personas juntas.

Cogió un destornillador para ajustar el mecanismo de cierre. Barrió con el pie la parte por donde pasaba la puerta y la cerró. Seguidamente, apagó las luces de la sala y observó si se filtraba la luz del interior. Parecía que no. Encendió las luces de nuevo y observó de cerca el ajuste, y quedó satisfecho.

Era difícil encontrar apartamentos donde fuera factible construir una doble pared

y, más aún, entrar todo el material para construirla sin ser visto. No era la primera vez que lo hacía; ya tenía experiencia. En esta ocasión lo había hecho sólo en siete días, trabajando con mucho cuidado de no hacer ruido y de no despertar las sospechas del vecino, que lo miraba con desconfianza cuando se encontraban en el rellano de la escalera esperando el ascensor. La última vez, Daniel, intuyendo que él aprovecharía estos momentos eternos de espera para hacerle alguna pregunta indiscreta (por no decir impertinente), le descolocó planteándole un problema metafísico de gran calado intelectual: ¿usted cree que en su vida ha pasado más tiempo esperando el ascensor o viajando en él? Efectivamente, la pregunta-escudo funcionó porque el vecino se quedó con expresión de cerebro cortocircuitado y no abrió la boca en todo el trayecto.

Daniel había hecho un buen trabajo con el trastero oculto. Ni siquiera el propietario se daría cuenta de que la sala tenía un metro menos de profundidad.

Se sentó en el sofá con las piernas sobre la mesita y continuó leyendo.

2

Lunes, 13 de Octubre de 2014 a las 23:30

La tenue luz de un conocido restaurante del Paseo de Gracia dejaba entrever dos figuras cenando con actitudes muy distintas, como si fueran el yin y el yang. Una era una mujer de entre treinta y cinco y cuarenta años, de cabello negro, largo y reluciente; sentada altiva, observando todo lo que ocurría a su alrededor. La otra figura era un hombre de edad similar, un poco encorvado y enfrascado en su plato. De vez en cuando, él levantaba tímidamente la mirada pasándola por el escote de su compañera de mesa hasta llegar, por un instante, a cruzarse con esos ojos negros que lo miraban con patente indiferencia.

Emma se removió nerviosa: no había manera de encontrar una posición cómoda en esa silla tan moderna.

—Así, pues ¿de qué me querías hablar? —preguntó bruscamente a su compañero de mesa, que comía con deleite un filete con salsa de mostaza.

—Ah, sí —exclamó Santi masticando y repartiendo el culo de la botella de vino entre las dos copas.

—Mira, es que este caso nuevo, el caso Heidi, me da mala espina.

Emma era la propietaria y directora de una agencia de detectives de nombre Arkadia. Ella prefería referirse como una «Agencia de información personal». El nombre le vino durante una noche de insomnio inspirada por un par de copas de vino del Priorat. Decía que «Arka» significaba «algo cerrado y secreto». Según ella, sólo era casualidad que las oficinas estuvieran cerca del pasaje Arcadia. Ya hacía unos dos años que el negocio funcionaba y Santi trabajaba casi desde el comienzo. Se habían conocido hacía años en la facultad de derecho, aunque entonces no habían mantenido mucha relación.

Desde que Santi había cortado con su pareja, ya hacía unos seis meses, Emma experimentaba sutiles pero constantes intentos de acercamiento por parte de él, el enésimo de los cuales, había sido aquella invitación a cenar. Ella había acabado accediendo a regañadientes y, eso, la fastidiaba. ¿Por qué tenían que ir a cenar fuera? Como si en la oficina no pudieran hablar, pensaba ella.

—¿El caso Heidi? ¿Qué es lo que no ves claro?

El caso Heidi trataba de hacer el seguimiento de una chica suiza de veinticinco años que vivía en Barcelona. Tenían que registrar sus movimientos, actividades, relaciones, etc. Era un típico caso de investigación que había sido encargado por una firma de abogados suiza, la Marvin & Marbel. Un trabajo rutinario, sin ninguna complicación. Cada día se pasaba el informe al cliente y se cobraba puntualmente por semanas según el precio estipulado. Santi se había dedicado de lleno los últimos días con la ayuda de los colaboradores que hacían el trabajo duro de calle.

Se secó los labios con la servilleta mientras aprovechaba, una vez más, para hacer un repaso rápido al canalón de la pechera de Emma.

—Mira, esta chica no hace nada de recriminable. Ni drogas, ni relaciones conflictivas, ni prostitución, ni sale por las noches, ni nada. Y me extraña mucho que paguen tanto dinero para saber qué hace una chica tan, aparentemente, normal.

—Bueno, ya saldrá algo, ¿no? ¿Cuántos días llevas trabajando?

—Unos veinte.

—¿Veinte, ya? -se sorprendió Emma.

Le vino a la memoria el día que recibió el correo electrónico con el encargo. Era bastante habitual recibirlos a través de un intermediario para preservar la identidad del cliente final.

—Pues si es tan buena chica y ellos van pagando, perfecto, ¿no? —exclamó ella sin ver donde estaba el problema.

—Sí, Emma, pero creo que le pasa algo; es excesivamente cauta y suspicaz.

—Ah, claro, pues ahí lo tienes; si sabe que la vigilamos, difícilmente la pillaremos haciendo algo malo.

—No, no puede ser que nos haya calado. He tenido mucho cuidado en ir cambiando los *fickers* y los he ido supervisando.

Fickers era el nombre que utilizaban ambos para nombrar a sus informadores: un grupo de unas veinte personas de perfil heterogéneo que incluía parados, jubilados y estudiantes de ambos sexos. Según la tarea a realizar, escogían el perfil más idóneo.

Emma se quedó unos instantes pensando qué podía hacer. De pronto reaccionó.

—¿Y para decirme eso teníamos que venir a cenar? Pensaba que querías hablarme de tu relación laboral y no de un caso en concreto.

—Es que he pensado que en el trabajo nos distraerían y que aquí podríamos

tener una conversación más íntima... es que te quería pedir ...

—¿Más íntima? Si en la oficina casi siempre estamos solos! — Emma lo miró sorprendida.

Santi se puso nervioso. Quizás no había sido una buena idea salir a cenar juntos porque se daba cuenta de que ella, en lo personal, seguía manteniéndose tan distante como cuando estaba en el trabajo. Pensó en cómo arreglar la situación.

—Bueno, quiero decir, una conversación sin interrupciones.

En ese preciso momento, el camarero los interrumpió para retirar los platos y dejar la carta de postres. Los dos sonrieron.

—Quería decir sin interrupciones telefónicas —matizó él haciéndose el gracioso.

Entonces le sonó el móvil.

—¡Oh!, muy oportuno. Veamos quien es... —masculló mientras miraba quien llamaba— Es uno de los *fickers* —le comunicó a Emma en voz baja antes de descolgar, como si lo pudieran oír.

Santi respondió a la llamada.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella cuando Santi colgó.

—No, no. Sólo me informaban del cambio de turno. No hay nada nuevo. Perdón, ¿por donde íbamos?

—Me querías pedir algo, pero ya te adelanto que si es un tema de dinero o de sexo, te lo puedes ahorrar —sentenció Emma.

—¿Sexo? ¿Yo? ¡Venga! El sexo nunca se pide; sencillamente surge cuando llega el momento —recitó solemnemente, usando una voz más cálida.

Se produjeron unos segundos de silencio mientras Santi la miraba como, quizás, esperando alguna reacción, pero ella ponía más bien cara de aburrida.

—Bueno, como no ha surgido nada, seguiremos con el objetivo de la conversación —dijo Santi diligentemente, como si pasaran al siguiente punto de la agenda.

—En referencia al caso Heidi, ya sabes que si obtenemos resultados positivos, tenemos un plus muy importante, y yo quiero alquilar un apartamento y... huelo algo grave en este caso, por eso...

—¿Quieres que te ayude? —concedió finalmente Emma.

Sí, ¡exacto! —exclamó Santi aliviado.

Emma se tomó unos momentos para pensarlo.

—De acuerdo. Mañana tengo el día ocupado pero el miércoles me miraré su expediente y veré si se me ocurre algo para profundizar en la investigación.

—¡Estupendo! —soltó Santi que levantó la copa de vino dirigiéndola a Emma con una sonrisa y, a continuación, se la bebió de un trago.

3

Martes, 14 de Octubre de 2014 a las 15:00

Daniel estaba sentado en una cafetería del *Parc de la Ciutadella* disfrutando de un día soleado y agradable, tomando un café y leyendo el periódico. Al pasar una página, levantó la mirada y, a una veintena de metros delante de él, distinguió una presencia que le llamó la atención: era una chica de unos veintipocos años, muy atractiva. Estaba sentada en la cerca del estanque, estática, y con la vista puesta en el infinito. El aire acariciaba sus cabellos largos, y los hacía ondear ligeramente. La situación le daba un aire entre melancólico y misterioso que le cautivó.

Casi sin pensarlo, dejó dos euros en la mesa y se dirigió hacia donde estaba ella; quería verla de cerca. Se situó a unos dos metros, tocando la valla, observando el estanque. La miró de reojo; realmente era muy bonita. De hecho, sentía que una fuerza desconocida lo movía a acercarse aún más. No era atracción física, sino algo mucho más espiritual.

A veces le parecía como si su cerebro emocional y el racional funcionaran independientemente. Por eso, mientras su parte emocional se recreaba en estos sentimientos, su parte racional le hizo hablar:

—Aún se pueden intuir las torres de defensa. Aquel —indicó señalando con el dedo un edificio antiguo—, todavía conserva el muro original. Es curioso el contraste entre la tranquilidad de ahora con el momento de máxima actividad de la ciudadela; vivían más de cinco mil personas y sus cárceles retenían cientos de presos.

Daniel notó que ella volvía la cabeza y lo miraba. Él la miró, también, y durante unos instantes sus miradas confluyeron. En los ojos de ella se podía leer sorpresa y tristeza.

Volvió a girar la cabeza hacia adelante, mirando el paisaje, y continuó diciendo:

—Más de mil doscientas casas y dos conventos fueron derribados para construir la fortaleza. Muchos de los desahuciados fueron obligados a construirla

aprovechando, en gran medida, las mismas piedras y materiales que habían formado parte de sus hogares. Una fortaleza pensada no para defender la ciudad sino para mantenerla sometida. A la vez, se construyó el castillo de Montjuïc también para controlar a los barceloneses y bombardearlos si hacía falta. ¿Puede haber algo más humillante para un pueblo?

Hubo un silencio hasta que ella exclamó:

—¿A qué viene todo esto? ¿Quieres algo de mí?

Su reacción le dejó un poco descolocado, pero se sobrepuso con una respuesta excéntrica:

—No, no; sólo que me gustaría que fueras mi hija.

—¿Qué? ¿Yo tu hija? —repitió ella riendo— ¡Esta sí que es buena! ¡Estás chiflado! Yo no necesito ningún padre. Ya tengo un padre y un padrastro, y ya son demasiados.

La chica se puso tensa y parecía que se disponía a marchar. Esto le supo mal a él por lo que trató de reconducir la situación.

—Perdona, quería decir que, al verte, he sentido que tu eres la hija que siempre he querido tener.

—¿Yo? Pero si no me conoces, y tú eres muy joven para ser mi padre. No me debes llevar más de diez años. Además, si lo deseas tanto, ya tendrás hijos.

—No, no los tendré; no puedo tener.

Ella lo miró unos instantes hasta que mostró su desencanto:

—Lo siento, pero yo no puedo hacer nada.

Daniel continuó mirando adelante, mordiéndose el labio inferior. Su intuición lo había hecho acercarse a ella pero, de repente, se había quedado en blanco. Pasaron unos segundos hasta que se disculpó con un: «lo siento», y dio media vuelta para dirigirse de nuevo hacia el bar. Pero, cuando aún no había dado ni dos pasos, ella le preguntó:

—¿Eres historiador?

Él se giró, cautivado por su voz.

—No, pero me gusta la historia y esta parte me interesa especialmente. Fueron unos hechos aterradores y pienso que, desgraciadamente, muchos catalanes no los conocen bien.

—Yo lo había leído alguna vez, pero tal como lo has explicado, así, en cuatro palabras, parece realmente una tragedia, y no era consciente de ello, y eso que vivo muy cerca de aquí —observó la chica que, a continuación, cambió de tema.

—Pero ¡qué manera más extraña de entrarme! ¡Nunca me había pasado nada parecido! ¿Quieres ligar conmigo, ¿no?

—No, no. O al menos no de la manera que te estarás imaginando. Sencillamente, te he visto y me ha venido un deseo que fueras mi hija. Es algo muy extraño, lo sé. He imaginado que nos contábamos cosas, que sentíamos esta complicidad y afecto tan especial entre padre e hija. Sólo eso.

La mirada de la chica se perdió en algún punto del estanque, como recordando algo de su vida.

Hace sólo unos días que mi padre falleció.

—Lo siento mucho. Quizás era eso lo que percibía de ti...

La chica se quedó mirándolo, extrañada. De pronto fijó la mirada a lo lejos. Se puso tensa y se levantó. Daniel se volvió intentando ver qué era lo que la había puesto tan nerviosa. Pero había mucha gente y no vio nada especial.

—Oye —dijo ella—, me tengo que ir. Mañana tal vez vendré por aquí a esta misma hora.

Y se alejó de prisa, sin girarse.

4

Miércoles, 15 de Octubre de 2014 a las 08:00

A pocos kilómetros de Zúrich, se encontraban las oficinas centrales de *Schweizer Kreuz Labs*, los laboratorios farmacéuticos. Heinz, su director, estaba en su despacho de cara al gran ventanal que le ofrecía una vista idílica sobre un pequeño lago rodeado de abetos. El olor de la tierra húmeda casi se podía notar a través de los cristales. Estos cristales que reflejaban las notas de la ópera *Tosca* de Giacomo Puccini. Él se pasaba horas contemplando el paisaje. Esta era su puerta al mundo de los pensamientos y las sensaciones.

De pronto sonó el teléfono. Lo cogió tras sobreponerse al pequeño sobresalto. Su secretaria le avisaba de la visita de Franz y Hans. Se trataba de dos fornidos empleados suyos que utilizaba para hacer las tareas más oscuras. Los recibió.

—¿Qué me traéis de nuevo? —preguntó Heinz sin saludarlos.

—Aquí tiene el informe de la actividad de la chica durante los últimos días — le comunicó Franz dejando una carpeta sobre la mesa.

—¿Hay algo de especial? —preguntó Heinz mientras la recogía para comenzar a hojearla.

—Sí, señor; parece ser que la... que la chica ha hecho una amistad. Aquí puede ver las fotos.

Franz abrió la carpeta y le enseñó unas fotos, hechas a distancia con teleobjetivo, de una chica de unos veinte y tantos años con un hombre de aspecto joven, en el Parc de la Ciutadella.

Heinz las miró.

—Mmm... Interesante. ¿Qué sabéis de él?

—No gran cosa de momento, señor. Pero estamos trabajando. Hemos pedido a los de la agencia de Barcelona que también lo investiguen. Vive cerca del lugar donde se tomaron las fotos y parece que va a menudo a tomar el café. Será fácil tenerlo controlado.

—Y, aparte de eso, ¿algo destacable?

—No, señor. De momento eso es todo.

Heinz dio la vuelta con su silla giratoria y pensó durante unos segundos, contemplando el paisaje.

Los dos matones sabían que él nunca tomaba una decisión importante sin antes haberla consultado con su lago. Finalmente se volvió otra vez hacia ellos y les ordenó:

—Quiero que hagáis las maletas y vayáis a Barcelona. Escoged un hotel cerca de donde se ha hecho esta foto. El día de la firma se acerca, y si no encontramos ninguna oportunidad para actuar, la tendremos que crear nosotros. Enviadme un informe diario por correo electrónico cifrado.

—Sí, señor —respondieron los dos al unísono.

—Le mantendremos informado en todo momento —dijo Franz.

—Ah, y vigilad esa nueva amistad. Pedid a los de la agencia de Barcelona que lo investiguen. Si se continúan viendo, hablad con él para hacerle ver que la relación con la chica puede tener efectos colaterales. No quiero intromisiones.

—Sí, señor —confirmó una vez más Franz.

—Venga, largaros y a ver si esta vez os disfrazáis mejor que se os ve de lejos que sois un par de matones, dos armarios como vosotros juntos. Barcelona está llena de *gays*, así que ya sabéis cómo podéis pasar desapercibidos.

—¿*Gays*? —Franz y Hans se miraron, desconcertados— Sí... sí... señor —contestaron los dos después de unos segundos de dudas existenciales.

—¡Ah! Y una última cosa: llevad este paquete a esta dirección. Se tiene que dar en mano a esa persona.

—Sí, señor.

5

Miércoles, 15 de Octubre de 2014 a las 08:45

Como cada mañana, Emma se había preparado un café y, mientras esperaba que se enfriara un poco, buscó el expediente del caso Heidi en el ordenador. Tenían toda la información bien protegida y cifrada. Leyó en diagonal los informes que había ido recopilando Santi, y pensó que estaba haciendo un buen trabajo. Precisamente, fue entonces cuando él entró por la puerta.

—Hola, Emma!

—Hola, buenos días. Me estoy mirando el caso que me comentaste.

—Muy bien, si quieres hablamos cuando acabes de echar un vistazo.

—De acuerdo.

A medida que avanzaba en el informe, Emma se daba cuenta de que realmente esa chica no tenía una vida muy intensa ni muy complicada, pero pensó que podía ser sólo en apariencia y que, en definitiva, hoy en día mucha gente se puede pasar muchas horas en casa conectada a Internet manteniendo muchas relaciones.

—Santi, ¿tienes sus cuentas de Twitter, facebook, correo electrónico, y todo eso? No veo nada de eso en el informe.

—No hemos encontrado ninguna cuenta a su nombre. Sólo alguna cuenta de correo sin actividad y una cuenta en facebook, también sin actividad. Quizás tiene alguno con seudónimo. Es complicado averiguarlo; deberíamos entrar en su ordenador o su teléfono. Lo que sí te puedo decir es que no se la ve colgada todo el día del móvil como la mayoría de gente de su edad.

—Es extraño. Intentaré establecer contacto con ella, a ver si saco algo.

La especialidad de Emma era hacerse pasar por otra persona y establecer contacto directo con los sujetos que investigaba. Normalmente, con una persona de más edad no le costaba mucho encontrar alguna excusa para iniciar una conversación. Pero con esta chica, que aparentemente no hacía nada, intuía que le sería mucho más difícil.

Volvió a repasar el historial: Meritxell Elke Egger Montaña (Barcelona

8/05/1989). Hija de Marta Montaña (Barcelona) y Harald Egger (Zúrich). Fue a la escuela suiza de Barcelona. Después estudió económicas en Zúrich... máster de dirección de empresas en Estados Unidos, estudios complementarios y cursos en Noruega, Suiza, Alemania..., natación, atletismo, voleibol, tenis, esquí... flauta, guitarra...

En todo eso no había nada que le inspirara ninguna estrategia de aproximación. Se quedó pensativa, intentando imaginar cómo podía ser la vida de aquella chica, hasta que Santi entró en el despacho.

—¿Qué te parece? ¿Alguna idea?

—De momento no. Ya me vendrá alguna.

Él se sentó de lado sobre la mesa adoptando una pose seductora.

—Por cierto, hay novedades —informó mientras ponía sobre la mesa una foto donde salían dos personas—. Ayer, uno de nuestros *fickers* me envió esta foto del sujeto hablando con un hombre. La envié al cliente y hoy nos han encargado que investigamos también al hombre. El *ficker* lo siguió hasta su casa, aquí tienes su dirección —le pasó un post-it con una dirección—. Ayer no me dio tiempo de incluirla en el expediente.

Emma tomó la foto y la miró. La cara de la chica se veía bastante nítida, pero la del hombre había salido bastante difuminada, como la de un fantasma.

—Averigua quién es, a qué se dedica, su presencia en la redes sociales, cuentas bancarias..., lo de siempre. Tenemos que encontrar la manera de encontrar su hilo.

Para Emma, la clave para investigar una persona era encontrar un hilo del que tirar y que la fuera llevando de una información a otra.

Santi tomó la foto como respuesta y se quedó inmóvil durante unos segundos. Entonces con una voz profunda, reflexionó:

—No te ha pasado alguna vez que, de repente, un día, sin motivo aparente, empiezas a ver a una persona de forma diferente a como la habías visto hasta entonces. Y empiezas a darte cuenta de que, en realidad, esta persona tiene matices y colores que no habías percibido en un principio. Y que a partir de ese momento, pasa a ser una persona mucho más importante para ti...

—¡Claro! Muy buena idea, Santi. Una persona importante: me haré pasar por su asesora bancaria —respondió Emma esquivando descaradamente la reflexión de Santi.

6

Miércoles, 15 de Octubre de 2014 a las 15:15

Tal como le gustaba hacer, Daniel estaba tomando el café en el bar del Parc de la Ciutadella. Iba buscando con la mirada a la chica que había conocido el día anterior. Entonces alguien se sentó en su mesa. Era ella.

—¡Hola!

—¡Hola! ¿Quieres tomar algo? —le preguntó él.

—Un café con hielo, por favor.

Daniel se volvió y pidió un café con hielo al camarero.

—Se está bien aquí —dijo ella.

—Yo vengo a menudo a tomar el café y a leer los periódicos. Aquí tienen mucha variedad y así puedo contrastar las informaciones.

—Ah, es verdad que eres historiador y, por supuesto, para un historiador es básico ser riguroso con la información.

—No, no. No soy historiador, ya te lo dije, sólo aficionado.

—Ah, sí, y también que te gustan las hijas. Me sorprendió mucho lo que me dijiste. Yo con mi padre no he hablado mucho. Con mi madre sí que de vez en cuando hablamos, más que nada de cosas cotidianas. Cada vez menos, también es verdad, pero nos queremos mucho.

—Es extraño el sentimiento entre padres e hijos —reflexionó Daniel—. Como hijo, pude vivirlo durante poco tiempo y como padre, nunca lo he podido experimentar.

—Creo que no es simétrico —observó ella—. Normalmente los padres aman más a los hijos que al revés.

—¿Seguro? —cuestionó intentando recordar qué sentía por su madre. ¡Era tan lejano! Poco más que una imagen difuminada de su madre riendo era lo único que le quedaba.

Daniel continuó hablando:

—Yo no tuve la oportunidad de querer a mis padres de mayor. Murieron cuando yo era un chico. Ahora recuerdo con afecto su imagen, su cara sonriente.

Amo el recuerdo que tengo de ellos, pero nada más. Es diferente si has podido disfrutar de ellos siendo adulto y los has tratado como personas más que como padres.

—Mi padre no estaba muy interesado en mí. Para él, yo no era alguien con quien valiera la pena perder mucho tiempo. Él estaba totalmente dedicado a sus investigaciones y a su empresa. Lo único que le interesaba de mí era que algún día pudiera relevarle al frente del negocio. Sin embargo, sí que me tenía cierto afecto y, los pocos momentos que me dedicaba, yo los valoraba mucho, y creo que él también. Pero, sencillamente, no sabía comunicarse conmigo.

—¿Y tú te comunicabas con él?

—Los últimos años sí, porque teníamos más cosas en común de que hablar; casi siempre sobre la empresa o la situación económica o mis estudios.

La chica comenzaba a sentirse un poco incómoda hurgando en los recuerdos de su padre, así que cambió de tema.

—¿Y tú a qué te dedicas? —interrogó de golpe.

—¿Yo? —la pregunta lo tomó por sorpresa— En este momento me he tomado una temporada de vacaciones.

—Es decir que estás en el paro, como la mayoría de gente.

—Si, más o menos...

—Pero ¿cuál es tu especialidad? ¿De qué buscas trabajo?

Daniel dudó. Por su mente pasaron rápidamente un montón de disciplinas. Historiador, ya le había dicho que no. Médico, biólogo, economista, psicólogo...

—Soy psicólogo. Doctor en psicología.

—¡Ah! Lo debería haber adivinado. Liga muy bien con estas reflexiones que haces...

—Estoy haciendo un *reset* en mi vida. Como un empezar de nuevo. Ya veré qué camino sigo.

—Así que estamos en una situación similar. Quizás en mi caso más que un *reset* sea un *startup*, ponerme en marcha por primera vez. Escoger un camino. Pero no sé hacia dónde tirar. Siempre había pensado que, cuando llegara el momento, alguna voz interior me encarrilaría, pero yo no oigo ninguna. Ni tengo ganas de hacer nada especial. No entiendo por qué estoy aquí, ni qué se supone que tengo que hacer. ¿Tú alguna vez has visto claro lo que tenías que hacer?

—En términos generales, sí. Básicamente es como cuando en la escuela te hacían hacer una redacción de tema libre; si te daban el tema prefijado, entonces la cosa era más fácil. Pero si la tenías que escoger tu, esto requería una buena dosis de creatividad. En el mundo, y especialmente en el tercer mundo, la

mayoría de gente, el tema ya le viene dado; tienen muy pocas opciones. Tu tienes muchas más opciones, por eso se te hace más difícil.

—Yo he estudiando ciencias empresariales en el extranjero. Quizás haré algún máster. Pero no creo que el hecho de que haya hecho una carrera quiera decir que haya decidido mi camino; yo diría más bien que lo he hecho para ganar tiempo. Y, quién sabe, quizá me termina gustando o motivando.

Ella se quedó en silencio, mirando a su alrededor como si buscara alguna idea que había aparcado un rato antes. Finalmente le preguntó:

—Así que, para ti, ¿vivir es como escribir una redacción de tema libre?

—Sí. Está claro que en la vida tienes limitaciones que escribiendo no tienes, pero lo importante es la calidad del contenido. Para mí la vida se puede dividir en objetivos a diferentes niveles, así puestos en una estructura piramidal: en el vértice, al final de todo, el objetivo es hacer una buena novela de tu vida.

—¿Y como va la tuya hasta ahora?

—¿La mía? —repitió retóricamente para poder pensar la respuesta, o quizá para disimular la tristeza que le había invadido de golpe— La mía es muy compleja. Todavía no sé si acabará siendo un drama o una comedia. En todo caso, está claro que las líneas argumentales ya están definidas. ¿Y la tuya? —le preguntó intentando evitar hablar mucho más de él.

—Yo todavía tengo las páginas en blanco. Me da la impresión de haber vivido sólo el prólogo y ahora me tengo que poner a escribir de verdad, y supongo que en eso no se pueden hacer borradores.

—No, claro. El tiempo siempre avanza. Se puede cambiar de camino, pero el tiempo pasado ya está perdido, o quizás ganado si ha servido para aprender.

—Ayer, cuando me contabas lo de la ciudadela como si lo hubieras vivido, me hiciste pensar que seguro que hay infinidad de cosas para conocer y aprender, pero es cuestión de que alguien te las haga ver o te haga entrar la curiosidad.

—Sí, cualquier tema que nos ofrece la vida puede ser intensamente apasionante si nos metemos de lleno en ello. Para experimentar esta curiosidad e interés es necesario que haya una motivación. Lo que pasa es que hoy en día poca gente la encuentra; la mayoría busca algo que le proporcione dinero rápido y seguridad. Y normalmente esto está reñido con el aprendizaje y la investigación.

—¿Tú has decidido cuál es el objetivo de tu vida? —preguntó ella.

—No del todo. Con la edad, algunas cosas se me van haciendo más claras, pero otras, en cambio, cada vez me lo parecen menos. El objetivo final se va definiendo lentamente. De momento me encuentro en la fase de recogida de

información. Toda la que puedo. Y espero que algún día lo pueda entender todo mejor.

—Sí, pero mientras tanto te va pasando el tiempo. Ya debes estar cerca de los cuarenta, y seguro que has tenido que tomar muchas decisiones. Seguramente las más determinantes de tu vida. Tu profesión, tu pareja, tu estilo de vida...

A Daniel le vinieron a la cabeza unas cuantas ocasiones en las que había tenido que tomar ese tipo de decisiones. Se quedó pensativo, sin poder hablar, mientras un dolor en el estómago se iba intensificando.

De repente, ella, cambiando de tema, se presentó:

—Por cierto, yo me llamo Blue, ¿y tú?

—¿Blue? ¿Como el color azul? —pudo decir él finalmente.

—Exactamente. Es como me gusta llamarme. Es una historia larga. ¿Y tú? — insistió ella.

—Yo me llamo Daniel. Ni «Dani» ni «Dan», por favor: Daniel.

Ella lo miró como si estuviera a punto de darle la mano, o quizás de darle un beso, pero ninguno de los dos inició el movimiento.

—Vale, Daniel es un nombre bonito.

—En Estados Unidos no había manera de hacerles decir «Daniel», siempre me llamaban «Dan». Allí lo acortan todo, ¿sabes?. Son muy prácticos. Me gusta tu nombre, Blue. Nunca he conocido a nadie que se llamara así. Pero, ¿sabes que en inglés también significa «triste»?

—Sí. Y coloquialmente también significa «pornográfico». Y también hay una mariposa que se llama «blue». Pero yo no pienso en los posibles significados; yo me fijo en la sonoridad de la palabra, y en cómo me identifico. Para mí, «Blue», soy yo, no un color.

—Sí, claro. Nuestra mente enseguida asocia una palabra a una cosa o persona.

Se quedó mirándola; por alguna extraña razón había algo diferente en sus ojos, algo mágico. De repente soltó:

—¿Tú crees en la intuición?

Ella lo miró arqueando las cejas, como esperando que siguiera hablando.

—Yo sí que creo —continuó él—. El hecho es que toda la vida he actuado siguiendo la intuición. Y todavía lo hago. Por eso vine a tu lado. Pienso que las casualidades no existen y que todo tiene un motivo de ser. Pienso que nuestro destino nos orienta hacia un lugar determinado. Podemos seguirlo o no, pero, si no lo hacemos cuando realmente sentimos que debemos hacerlo, después nos arrepentimos. Fluir con los acontecimientos que nos van pasando, en su *tempo* correcto, pienso que es una buena manera de vivir.

—Quizá tú debes saber interpretar muy bien tu intuición. Yo creo que no la he sentido nunca.

—Seguro que sí. Todo el mundo la siente. Sólo tienes que prestar un poco de atención, dejar de reprimirla.

—Ah, claro, será que soy una reprimida ...

—No, mujer, no quería decir eso; sencillamente digo que no estás acostumbrada a fijarte en ella. Son cosas que se van aprendiendo con la experiencia.

—Pues mis padres siempre me han dicho lo contrario; dicen que hago las cosas sin pensar, que soy una inconsciente. Y ahora tú me dices eso. ¡A ver si os aclaráis! —se quejó ella, un poco enfadada.

—No son cosas contradictorias. Deberían ser complementarias. Yo creo que las decisiones se deben tomar pensando y también escuchando la intuición. Sobre todo en aquellas decisiones que conllevan grandes cambios, peligros, o que no permiten marcha atrás.

Blue se quedó pensativa.

—Sí, tienes razón. Ahora lo entiendo. Es cuestión de poner todas las herramientas que tenemos al alcance para asegurar la mejor decisión posible.

—Exacto —confirmó él—, y la intuición es un don muy potente y poco valorado y aprovechado.

—Que yo recuerde, en ninguno de los cursos y estudios que he hecho me han hablado de la intuición. Más bien al contrario. Todas las técnicas van encaminadas a tomar decisiones racionales basadas en datos reales y objetivos.

—Ya me lo creo. El mundo aún no está preparado para utilizar esta gran herramienta de una manera normal y eficiente.

Tras unos segundos de reflexión, Blue le preguntó:

—¿Y qué te dice, ahora, la intuición?

—¿Qué me dice? Me dice que tengo que estar a tu lado.

—¿Sabes una cosa? Con mi padre nunca he tenido una conversación como esta.

—Hay maneras mucho más eficientes de comunicar emociones y sensibilidades sin hablar, y seguro que tu padre lo hizo a su manera, tal como supo o como pudo. Los vínculos entre padres e hijos son muy fuertes. Si piensas en él, te darás cuenta que llevas mucho de él dentro de ti, y esto es porque de alguna manera te lo ha transmitido.

Blue cambió de postura. Otra vez se sentía incómoda hablando de su padre. Sin darse cuenta, ella misma había vuelto a sacar el tema. Ahora, lo que le había

dicho Daniel la hacía reflexionar: toda la vida recriminándole que no tenía más tiempo para ella, que nunca hablaban, y tal vez él se comunicaba por canales más sutiles y ella no había sabido darse cuenta.

Daniel continuó. Quería saber por qué su intuición le había llevado a acercarse a ella y la manera de averiguarlo era haciéndola hablar de sus sentimientos y de su vida.

—Tenemos tendencia a pensar que nuestros padres tienen que ser perfectos, al menos con nosotros. Y, si no lo son, los culpamos. Pero en realidad son imperfectos, tal como lo somos nosotros. Es difícil dar el paso de ser un sujeto pasivo, receptor, que espera que todo le venga dado por derecho propio y por arte de magia, a ser un sujeto activo que toma las riendas de su vida y de sus relaciones y actúa para mejorarlas y conducir las por donde cree que deben ir.

Blue lo escuchaba un poco incómoda; no estaba segura de que estuviera preparada para seguir hurgando en aquello. Miró el móvil. Tenía una aplicación que hacía como de espejo retrovisor. Hizo *zoom* con los dedos y... algo debería ver porque se puso nerviosa.

—Oye, Daniel, ahora me tengo que ir. Me ha gustado mucho conocerte.

Se levantó, mirando a su alrededor.

—¡Oh! Igualmente, Blue —manifestó él trastornado por la prisa repentina de la muchacha—. Espero que nos volvamos a ver ... —pero ella ya no escuchó nada porque, cuando sólo había andado unos cuantos metros, echó a correr.

Él se levantó y miró a su alrededor esperando encontrar algo sospechoso, pero no vio nada fuera de lo normal. Aquella situación le dejó muy intrigado, y también un poco inquieto. ¿De qué podía querer huir Blue? Le había cogido cariño a aquella chica. Le parecía que estaba pasando por un mal trago y sentía la necesidad de ayudarla.

Al cabo de un rato se fue a casa, con la esperanza de que al día siguiente la volvería a encontrar y ella le explicaría ese comportamiento tan misterioso. Pensó que seguramente había visto alguna ex pareja o algo así, y esperaba que no tuviera ninguna importancia.

7

Jueves, 16 de Octubre de 2014 a las 10:50

La mirada de Heinz reposaba plácidamente en el paisaje que se divisaba a través del gran ventanal, sin fijarse en ningún lugar en especial, pero absorbiendo por sus ojos toda la belleza y grandeza de la imagen. Se podía dejar impregnar horas y horas de aquella idílica escena. Mientras su mente iba entrelazando los planes más retorcidos, su espíritu se dejaba transportar por las notas de la ópera *Lucrezia Borgia* de Gaetano Donizetti.

—Herr Heinz, ya tiene la llamada con Mark Böhr.

La diligente secretaria de Heinz le interrumpió por el intercomunicador. Heinz se giró y cogió el teléfono.

—¡Mark!

—*Hallo, Herr Heinz, wie geht es Ihnen?*

—Muy bien, gracias. ¿Y tú cómo estas?

—Bien, gracias.

—Mark, te quería pedir un favor especial. Sé que es algo digamos «comprometido», pero de verdad que es necesario... por el bien de todos. Como ya sabes, la discreción es absolutamente prioritaria y como siempre, tu favor será debidamente recompensado.

Mark sintió que su corazón se aceleraba; estaba seguro de que no le gustaría nada lo que le iba a pedir pero la perspectiva de obtener un buen fajo de billetes le motivaba.

—Dígame, *Herr Heinz*; ya sabe que puede confiar en mí.

Mark era la pareja de Marta, la madre de Blue, y había hecho algunas tareas de espionaje doméstico sobre ellas para Heinz, que él le había agradecido siempre de una forma muy generosa.

Heinz continuó hablando:

—Vendrán unos hombres que te traerán un paquete...

8

Jueves, 16 de Octubre de 2014 a las 15:15

Al día siguiente, después de comer, Daniel se sentó en una mesa del bar del Parc de la Ciutadella a tomar un café, tal como era su costumbre. Hojeó algunos diarios para tratar de distraerse pero estaba más pendiente de si la veía a ella que de los artículos. No podía dejar de mirar el reloj del móvil. No habían quedado explícitamente, pero esperaba reencontrarla hacia esa hora. La estuvo esperando, una hora, dos, tres... Cuando ya se empezaba a oscurecer, se fue a casa, decepcionado y preocupado, dando un paseo, aún con la esperanza de encontrarla por los alrededores del parque.

Daniel llegó a casa intranquilo. Presentía que algo no iba bien, pero no podía hacer nada. Se sentó en su sillón de lectura y continuó leyendo *La casa del silencio*. Cuando llevaba un rato, sonó el timbre de la puerta. Levantó la cabeza y se quedó unos momentos expectante. Seguramente sería el vecino, pensó. Se dirigió hacia la puerta y la abrió con cautela. Era una mujer de unos treinta y tantos años, morena, de altura mediana y atractiva, que estaba plantada con una cartera bajo el brazo.

—Buenas noches, perdone que le moleste; estoy buscando el señor Daniel Torrents —preguntó ella tímidamente.

Él se tomó unos segundos para responder, intentando deducir quién podía ser esa mujer. Seguramente debía tener algo que ver con el alquiler del piso. Quizá alguna queja, pensó.

—Sí, yo mismo.

—Ah, mire, me llamo Carolina Fernández, vengo del Banco de Samalús y he sido designada su asesora personal. Ya sé que es muy tarde, pero me venía de paso y sólo quería presentarme. Si ahora le va mal, podemos quedar otro día.

¿Asesora personal?, pensó. Era extraño, dado que él había dado al banco una dirección deliberadamente equivocada, por lo que era difícil de creer que lo hubieran podido localizar.

La observó de arriba abajo, intentando encontrar algo que le diera alguna pista. Sí que era atractiva. Sus ojos grandes y negros lo miraban como pidiéndole una cierta atención.

—Ah, Sí, sí. Ya me dijeron que me asignarían un asesor personal —mintió Daniel para dar más confianza a aquella mujer—. Pase, pase, por favor. Ahora me coge en buen momento.

Se sentaron en el tresillo. Emma había recogido los últimos folletos de ofertas del banco y llevaba todos los papeles y formularios necesarios para dar credibilidad a su farsa. Ya se había hecho pasar por asesora de banco otras veces, pero ese día se sentía insegura y aquel hombre la miraba de una forma que la hacía sentir incómoda.

—A ver, señor Torrents: supongo que usted ya está familiarizado con las tareas y objetivos de un asesor personal. Nosotros, en el Banco de Samalús, damos especial importancia al trato personal y humano para poder mantener una relación efectiva, eficiente y cordial con nuestros clientes.

—Sí, sí —dijo medio interrumpiéndola Daniel—. Ya me hago el cargo. Soy consciente de que a ti te interesa conocer bien mis características y actividades económicas para poder asesorarme de la mejor manera. Pero si tengo que confiarte datos personales, a mí también me gustaría conocerte mejor.

Emma se puso tensa. Normalmente la gente o bien se la sacaban de encima rápidamente o bien le confiaban en seguida toda la información que ella les iba pidiendo. Pero en ningún caso se había encontrado que la interrogaran a ella. Daniel siguió hablando sin darle opción a intervenir.

—Así que, si te parece, nos haremos preguntas alternativas y según tus respuestas, te irás ganando mi confianza o no y, por tanto, mis respuestas serán más o menos explícitas.

Daniel quería desentrañar de qué iba aquella extraña visita, así que intentaría llevar al límite a la supuesta Carolina hasta que se desenmascarara.

Emma se vio atrapada. Tenía que improvisar rápido y salir adelante como pudiera.

—De acuerdo —transigió sin prisa—. Me parece justo. Así podremos ir más al grano. Como probablemente sabrá, le tengo que hacer un perfil de inversor, para poder seleccionar las ofertas más apropiadas.

—Sí, ya lo entiendo —respondió Daniel repantigándose bien en el sofá.

—Pues bien, ¿sería tan amable de explicarme su experiencia y conocimientos en los productos de inversión?

Emma intentaba parecer toda una profesional, pero tampoco quería irse muy

por las ramas; pensó que una pregunta obvia le daría un cierto margen de confianza.

—Mis conocimientos en productos de inversión se limitan a los depósitos bancarios, fondos de inversión de renta variable, fija o mixta, y a la compra y venta de acciones de bolsa. Las inversiones más complejas, especulativas o arriesgadas, en principio, no me interesan.

Emma iba apuntando en una libreta como si tomara notas en la escuela. Se hizo un silencio mientras terminaba de escribir.

Ahora me toca a mí —reclamó Daniel como si jugaran al juego de la oca. Yo quisiera saber si te exigen un mínimo de ventas mensuales y hasta qué punto te ves presionada a colocar algunos productos a tus clientes.

Emma sonrió nerviosamente; debía medir muy bien sus palabras para parecer una buena profesional pero, por un momento, miró la puerta y consideró la posibilidad de salir corriendo. Recordó que siempre llevaba una navaja en el bolso de mano e instintivamente se acercó la mano. Daniel notó la tensión y se levantó mientras decía.

—Voy a hacerme un té. Te haré uno para ti también.

La cabeza de Emma hervía. Tenía que encontrar una respuesta rápida y convincente. Ahora tendría más tiempo para pensar, pero el hecho de perder de vista a aquel hombre la ponía aún más nerviosa. Aprovechó para examinar la sala con la mirada. Nada especial. Se había dado cuenta de que él la trataba de «tu» y eso la molestaba. También le molestaba que no le hubiera pedido si quería un té. ¿Y si no le gustaba? ¿Y si quería envenenarla? No lo beberé, pensó.

Daniel controlaba el ritmo de la situación para ir poniendola contra las cuerdas; desde la cocina, hacía ruidos exagerados para poner más tensión en el ambiente hasta que apareció de nuevo.

—Mientras hierve el agua puedes ir contestando. Si ya sabes la respuesta, claro... —espetó en tono desafiante.

Emma, nerviosa, empezó a responder sin haber pensado bien qué iba a decir.

—Es verdad que el banco nos pide resultados y que nosotros, los asesores personales, debemos estar entre el banco y los clientes. Pero todos los profesionales tenemos nuestra ética. Y, en mi caso, considero que la venta de un producto bancario sólo es buena por el banco si también lo es por el cliente. A veces nos equivocamos o no acertamos, pero también sabemos cómo evaluar y minimizar los riesgos y estos conocimientos y experiencias son lo que intentamos transmitir a nuestros clientes. Por eso es importante conocerlos bien, saber cómo piensan, en qué situación se encuentran, como valoran la seguridad y

el riesgo. A veces, incluso, he aconsejado no hacer alguna inversión determinada o invertir menos dinero...

—Ya hierve el agua. Ahora vengo.

Emma se quedó parada. Se había sorprendido a sí misma. Parecía toda una profesional!

Daniel trajo una bandeja con el té y lo sirvió. Emma lo miraba con desconfianza, esperando que dijera algo.

—Me ha gustado tu respuesta. Ahora te toca a ti.

Emma se sintió un poco aliviada al ver que, aparentemente, Daniel se había tragado su improvisada perorata.

—Me gustaría saber a qué se dedica. Quiero decir, profesionalmente, como obtiene sus ingresos.

Mientras pensaba qué le contaba ahora, Daniel se dio cuenta de que su aprobación a la respuesta anterior había quitado presión a la conversación, y eso no le gustaba. Quería jugar más con ella, ver hasta dónde era capaz de llegar. Quería evitar llegar a un equilibrio de Nash que, según la teoría de juegos, se da cuando los dos oponentes llegan a una situación estable y razonablemente conveniente para ambos. Estaba claro que ella le quería sacar información a él, y él a ella, pero nadie lo pondría fácil al otro. Él jugaba con la ventaja de saber que estaban jugando. De momento le pondría el caramelo en los labios, y después ya vería qué mentira le diría. Tomó un sorbo de té mientras la miraba fijamente a los ojos durante unos segundos. Después consultó el reloj y dijo:

—Mira, Carolina, el cariz que está tomando la conversación es muy interesante. Mi vida profesional es muy complicada e intensa. Y a mí me gustaría poder confiar en ti. Pero no quiero hacer las cosas precipitadamente, y se ha hecho tarde, por lo que me gustaría proponerte algo.

Emma arqueó las cejas componiendo una expresión interrogativa.

—Este Sábado iremos a cenar los dos juntos a un restaurante y te explicaré lo que quieras saber.

Emma sintió que le faltaba el aire y instintivamente comenzó a buscar una respuesta para declinar la invitación.

—Yo, lo siento, pero... no puedo... no me gusta mezclar...

Daniel la miraba sonriendo.

Emma no sabía qué hacer. Quizás sería una buena oportunidad para averiguar qué había detrás de aquel misterioso personaje. Estaba claro que la quería seducir y aprovecharse de la situación, pero ella sabía que, si se lo proponía, sería capaz de darle la vuelta a la tortilla. Le sacaría la información y lo dejaría

plantado.

—Bueno, no suelo mezclar el trabajo con mi vida personal, pero... si no hay más remedio...

—Muy bien, pues haremos lo siguiente: el sábado a las nueve y media de la noche pasarás por aquí con un taxi. Yo te estaré esperando en la acera, delante de la casa. Yo me encargaré de reservar mesa.

Daniel se levantó, como para dar a entender que el encuentro había terminado y que era hora de que ella se fuera.

—Vale, pues; el sábado le pasaré a recoger con un taxi —confirmó ella yendo hacia la puerta y algo aligerada de los nervios que había pasado.

Se dieron la mano y, cuando ella ya había traspasado el umbral de la puerta, él exclamó:

—¡Ah!, Y ven elegante.

—¿Qué?

Sí, como si fueras de boda.

—¿Cómo? ¿De boda?

Él le dedicó una sonrisa y cerró la puerta. Emma se quedó allí unos segundos, experimentando una sensación que le pareció una mezcla de humillación, frustración y desconcierto.

9

Viernes, 17 de Octubre de 2014 a las 15:15

Al día siguiente Daniel volvió al parque esperando encontrar a Blue, pero pasaba el tiempo y ella no aparecía; parecía que se la hubiera tragado la tierra. Intentaba recordar si con lo que ella le había dicho podía localizarla. Recordaba que había estudiado ciencias empresariales en el extranjero, pero con eso no era suficiente, y no sabía nada más que fuera útil para poder encontrarla.

Ya era oscuro y estaba a punto de irse cuando, finalmente, su paciencia se vio recompensada: el camarero le pasó una nota que le había dado una chica. La nota decía: «Detrás de la fuente. B».

Daniel se alegró y, aunque le extrañó que fuera tan concisa, pensó que quizás formaba parte del juego que ella llevaba entre manos. Miró hacia la fuente y no la vio. Ni tampoco vio nada especial. Pagó y se encaminó hacia las escaleras que llevan detrás de la fuente, simulando pasear. Las subió y, al llegar al rellano donde terminan, encontró a Blue, camuflada bajo una capucha un poco exagerada por el tiempo que hacía. Ella le hizo un gesto con la mano para indicarle que se acercara hacia un rincón.

—¡Hola, Blue! —la saludó cuando la reconoció.

—Perdona, Daniel. Sé que te debo una explicación, pero no tengo mucho tiempo; me encuentro en medio de una trama rocambolesca, de película y, aunque te parezca extraño, en este momento sólo puedo confiar en ti.

—Cuenta conmigo... pero quizá sería mejor que fueras a la policía, si hay alguien que te acosa.

—No, no; no es tan sencillo. De hecho, es bastante más complicado: creo que mi vida corre peligro, pero la policía no puede hacer nada. Ven, vamos a un lugar menos concurrido y te lo explicaré.

—Bueno, de acuerdo. Conozco un bar aquí cerca...

—No, no, un lugar público no ¿podemos ir a tu casa?

Se sorprendió que le propusiera ir a su casa, pero, ciertamente, era el lugar más privado donde podían ir.

—Claro que podemos ir. No hay problema, vivo solo.

—Pues tú ves delante y yo te seguiré discretamente; no quiero que te relacionen conmigo. De momento tu eres mi único salvavidas.

—Sí, Sí, claro —musitó Daniel, siguiendo el clima de misterio.

Se pusieron a caminar y, al cabo de unos diez minutos, llegaron a la casa.

Allí, Blue se quitó la chaqueta y los zapatos y se sentó cómodamente en el sofá largo, como si estuviera en su casa. Daniel aún no tenía claro si le estaba tomando el pelo y sólo pretendía jugar con él. Analizando los hechos fríamente, hubiera apostado por esta segunda posibilidad, pero su intuición le decía que aquello iba de verdad. Y si al final resultaba que no, pensó que tampoco pasaba nada; al menos le habría servido para pasar un rato con ella.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció.

—Sí, por favor; ¿tienes Coca-Cola?

—Sí.

Daniel dejó dos latas de Coca-Cola sobre la mesa, se sentó en el sofá individual delante suyo, el que utiliza para leer, y se quedó mirándola. Ella se abrazaba las piernas y tenía la vista puesta en el suelo. Pasaron unos segundos. Daniel le quería dar tiempo para que se tranquilizara. Ella cogió la Coca-Cola y dio un trago. Seguía muy abstraída. Él aprovechó que ella no le miraba para observarla bien. Llevaba una camiseta vieja de mangas cortas de algodón blanco, unos vaqueros desgarrados y calcetines negros de montaña. El cabello largo y despeinado. Se podría decir que era la antítesis de la elegancia, sin embargo, él la encontraba tremendamente atractiva.

De repente, ella giró la cabeza y miró a Daniel por entre los mechones de pelo que le caían desordenados sobre la cara. Aquella mirada le pareció absolutamente sublime. Aquellos ojos llorosos le pedían ayuda, o comprensión, o afecto, o... quizá las tres cosas a la vez. Algún recuerdo despertó a Daniel un sentimiento indefinido, pero muy intenso. No sabía qué hacer. Se quedaron mirando el uno al otro durante unos segundos. A él le dio la sensación de que en cualquier momento ella se levantaría y huiría corriendo. Pero como no lo hizo, finalmente Daniel se decidió a hablar.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien... —respondió ella no demasiado convencida.

— «¿Bien, bien?» ¿No sabes que decir dos «bienes» seguidos en realidad quieren decir que no se está tan bien? Estate tranquila; puedes confiar en mí.

—Sí, lo sé, pero si te cuento lo que me pasa te pondré en peligro. De hecho, ya lo estoy haciendo viniendo a tu casa.

—No te preocupes por mí, Blue; aunque parezca joven, he vivido muchas experiencias, algunas de cierto peligro y me gustaría ayudarte.

Blue se frotó la cara y los ojos, bebió un trago de Coca-Cola y se dispuso a hablar.

—Mira... —hizo una pausa— No sé si hago bien de contarte esto, pero, espero que sí.

Hizo otra pausa, respiró hondo y, finalmente, comenzó a contar su historia.

—Mi padre ha estado un tiempo muy enfermo y, finalmente, hace unos días, como ya te comenté, falleció. Él vive, quiero decir, vivía en Zurich y era el principal accionista de un importante laboratorio farmacéutico suizo. Parece bastante seguro, bueno, de hecho, él mismo me lo confirmó, que yo heredaría sus acciones que representan el sesenta por ciento de la compañía.

Daniel seguía las explicaciones con atención y sorpresa.

—Como es fácil de imaginar, a los otros socios no les hace ninguna gracia que una chica inexperta como yo sea la principal accionista de la empresa y pueda controlarla; está en juego mucho dinero y muchas parcelas de poder. Yo, por más que mi padre prácticamente me obligara a estudiar empresariales y me hiciera trabajar los veranos en la empresa, nunca me lo tomé con mucho interés. Los laboratorios los levantó él, y él quería que yo le sucediera después de su muerte. Para él, la empresa era como su hijo, su creación.

Blue hizo otra pausa para tomar un trago y continuó.

—Hay un socio, Heinz, que es un podrido. Siempre ha envidiado a mi padre y ha hecho de todo para hacerse con el control de la empresa. Cuando mi padre se puso enfermo, Heinz comenzó a presionarnos, a mi madre y a mí, con engaños como que la empresa iba mal, que necesitaba inversiones, que no había beneficios, que él la miraría de levantar... pero necesitaba el apoyo de la mayoría de los accionistas. Yo desconfiaba mucho de ese tipo. Mi padre me había hablado bastante, y los veranos que trabajé allí, ya vi de qué palo iba. Mi madre, en cambio, se lo creía todo. Ella pensaba que tal vez mi padre le dejaría una parte de las acciones ya que, a pesar de estar divorciados, seguían manteniendo una buena relación. Heinz también lo pensaba. O al menos lo pensó durante algún tiempo. Después la dejó de presionar y se centró directamente en mí, y me hizo la vida imposible de todas las formas que pudo. Cuando estaba en la universidad, me preparó una trampa para implicarme en un asunto de drogas. Tenía gente que me seguía. Conocía todos mis pasos, siempre buscaba el momento de hacer algo que me perjudicara moralmente, socialmente o económicamente. Por su culpa he aprendido a vivir como si fuera una criminal.

Siempre evitando que me sigan, cambiando de móvil, vigilando no quedarme nunca sola... Ahora está atacando desesperadamente. Creo que me quiere secuestrar, o drogarme, o incapacitarme, o quizás directamente matarme o hacerme tener un accidente, o hacerme firmar por la fuerza la venta de acciones tan pronto como las haya heredado. No lo sé. Se puede esperar cualquier cosa, pero ninguna buena... El otro día, en el parque, vi a uno de sus matones. Estaba camuflado entre las plantas con una camisa floreada y me parece que llevaba una cámara con *zoom*. Por eso me fui corriendo.

De repente, Blue cambió de tema.

—Oye, ¿te importa que hoy me quede a dormir aquí, en el sofá?

—Claro que no me importa, Blue, pero ya dormiré yo en el sofá; tú vete a mi cama.

—De ninguna manera —se negó ella—. Yo aquí dormiré de fábula.

Al ver que ella no continuaba con la explicación, Daniel la intentó animar.

—Pero, ¿Así que ese Heinz te persigue?

—Sí —confirmó Blue estirándose en el sofá de lado con las piernas encogidas, como si se preparara para dormir. Se veía cansada. Este tipo de cansancio que da el estar en tensión permanente. Y allí, ella sentía que, finalmente, se encontraba en un lugar seguro.

La tapó con una manta y ella se lo agradeció con la mirada. Dejó la lámpara del recibidor encendida, apagó las demás luces y se fue a su habitación. Puso la tele flojita y, aunque era pronto, se quedó dormido enseguida.

Un movimiento al otro lado de la cama lo despertó; era Blue. Notó como se quitaba los pantalones y se ponía en la cama, a su lado. Daniel hizo ver que dormía. Ella se durmió enseguida. Él podía sentir su aliento en la nuca. Se dio la vuelta. La tenue luz que dejaba pasar la persiana perfilaba su rostro. La tenía a un palmo y le dieron ganas de acariciarla. Los ojos se le fueron cerrando mientras su mente seguía viéndola hasta quedarse dormido otra vez.

Al día siguiente, un olor de café recién hecho le despertó. Oyó ruido en la cocina y se levantó. Llevaba puestos unos *boxers* y una camiseta de manga corta. Blue estaba apoyada en el banco de la cocina, con una taza en la mano y la vista fijada en el suelo.

—Hola, ¡buenos días!

—Ah, ¡Hola! —respondió ella— He preparado café, ¿quieres?

—Sí, claro, gracias. ¿Has dormido bien?

—¿Si te digo que hace años que no dormía tan bien y tan seguido me creerías?

—Ah, ¿Sí? Pues me alegro mucho.

—Hacía mucho tiempo que no dormía con nadie. Bueno, ya me entiendes; quiero decir con alguien de confianza. Hace años que duermo con un ojo abierto y, en cambio, esta noche me he soltado y me he relajado.

—Es curioso que confíes en mí, si casi no nos conocemos, pero te lo agradezco.

—Seguramente es por una serie de motivos. Yo he llegado a un punto en que, o confío en alguien, o me hundo. Por otro lado, tú no tienes ninguna relación con mi entorno, así que no puede ser que seas una persona contratada por Heinz. Además, me inspiras confianza. Me siento bien a tu lado.

Daniel la miró con una sonrisa misteriosa.

10

Sábado, 18 de Octubre de 2014 a las 21:30

De pié en la acera, enfrente de su casa y vestido con un esmoquin impecable, Daniel miró la hora en el móvil. Un taxi se detuvo. Abrió la puerta, subió y saludó a Emma, que se vislumbraba entre los reflejos de las luces de la calle. El blanco de sus ojos contrastaba vivamente con los contornos pintados de negro. Durante unos instantes llegó a dudar de si esa era la misma chica que se había intentado hacer pasar por su asesora bancaria.

—Hola, Carolina. Estás realmente... elegante.

Disimuladamente, Emma puso en marcha la grabadora que llevaba escondida en el bolso de mano.

—Hola, señor Torrents. He hecho lo que he podido —observó ella, refiriéndose a su vestido—. Espero que sea suficiente y que me permitan entrar en este restaurante tan exclusivo donde me lleva —añadió en tono irónico.

El taxista inició la marcha y Daniel le dio las instrucciones para llegar al restaurante. A continuación miró a Emma con una sonrisa y se fijó un instante en su bolso de mano.

—Si te pones detrás de mí, seguro que te dejarán pasar —dijo él socarronamente.

El taxi se dirigió hacia la zona alta de la ciudad, por encima de la Bonanova. Se detuvo frente a una casa señorial de finales del siglo XIX reconvertida en restaurante. Un empleado abrió la puerta y ayudó a Emma a salir mientras Daniel pagaba al taxista.

Emma se arregló el vestido y el cabello. Él se la quedó mirando. No parecía que estuviera muy cómoda con aquel vestido largo, escotado y abierto por el lado, y con aquellos zapatos de tacones tan altos. Su cabellera larga y negra reflejaba la luz del portal con matices cambiantes, según se iba moviendo. De repente, sus miradas se encontraron.

—¿Qué le parece, señor Torrents, voy suficientemente bien?

Daniel se acercó lentamente sin dejar de mirarla. Le cogió la mano con

delicadeza e, inclinándose, se la besó suavemente durante unos segundos. Se reincorporó y, mirando fijamente a los ojos, le soltó de forma teatral:

—¡Sublime!

A continuación entraron en el restaurante cogidos del brazo. Emma se sentía un poco abrumada por toda aquella comedia; le parecía que todo el mundo la miraba. Durante un instante pensó que quizás, en otras circunstancias, ella podía haber sentido cierta atracción, o mejor dicho, cierta curiosidad por aquel hombre tan enigmático pero enseguida apartó ese pensamiento, porque le parecía que él disfrutaba humillándola.

El *maître* los acompañó a un rincón de la sala, junto a una ventana con vistas a la ciudad donde tenían una mesa reservada a nombre de «señor Steinberg». Emma tomó buena nota mental de aquel nombre.

Una vez sentados, Daniel hizo venir un camarero y le pidió que retirara el centro de flores que había en la mesa.

—No sea que haya un micrófono escondido —dijo medio en broma.

—Sí, sí, claro, hay que protegerse de los espías —reaccionó Emma con una sonrisa algo forzada mientras ponía su mano de uñas largas y impecablemente pintadas de color morado sobre el bolso. A continuación encargaron la cena: sólo un plato y vino, un Clos Abella del Priorat. Daniel prosiguió la conversación que había quedado pendiente dos días antes.

—Así que querías saber a qué me dedico —recordó acercándose a ella y adoptando una pose más intimista.

Él ya había preparado más o menos su historia, que incluía realidad y ficción en proporciones bien calculadas. Se inclinó un poco más adelante, como si le fuera a hacer una confidencia. Ella se acercó, también. Él miró a los lados para asegurarse de que nadie les podía escuchar y con voz casi imperceptible susurró:

—Estoy en el paro.

—¿Qué?

Emma no estaba dispuesta a aguantar tanta tomadura de pelo y tanta comedia.

—Señor Torrents, o señor Steinberg, o como se llame; usted me quiere tomar el pelo, ¿verdad?

—Nada más lejos de mi propósito, Carolina. Es más, te demostraré que confío en ti, como tú has demostrado que confías en mí viniendo aquí.

Emma recapacitó y se calmó. Después de todo, si él le tomaba el pelo, ella le estaba engañando y espionando. Al menos había un empate. Tenía que ser más lista y jugar bien sus cartas. Cuando decidió montar la agencia, no se imaginaba que

acabaría haciendo de Mata Hari en varias ocasiones y, mucho menos, que debería llegar tan lejos como aquella vez.

—Disculpe, señor Torrents, es que tanto misterio me pone nerviosa.

—Ya me hago cargo. Puedes estar segura de que mi vida dejaría en ridículo la del mismo James Bond.

—Uy, sí, la verdad es que me ha dejado impresionada. Hoy en día, la vida de un parado puede considerarse de alto riesgo... —dijo ella, irónicamente.

—No me subestimes; estoy seguro de que soy tu cliente más importante. Por lo menos, potencialmente —soltó Daniel—. Porque, mira, resulta que estudié bioquímica en la Universidad de Zúrich y en mi tesina de final de carrera desarrollé una metodología para analizar el árbol genético de una manera mucho más eficaz y rápida. Cuando terminé los estudios, entré a trabajar en una empresa farmacéutica y les propuse investigar el método que había desarrollado en la tesina, pero no me hicieron caso; me decían que no había presupuesto y que no veían suficientes probabilidades de éxito.

Emma fue atando cabos. Empresa farmacéutica. Suiza. Todo ello ligaba con el caso. Iba por buen camino.

—Así que, después de unos años de intentos infructuosos para investigar y poner en práctica mi método, y aprovechando un viaje a los Estados Unidos, lo vendí a unos laboratorios americanos por algunos millones de dólares. Gracias a ello, ahora ellos pueden hacer la secuenciación genética en el diez por ciento del tiempo que sus competidores y con un coste mucho más bajo. La farmacéutica suiza me denunció y estamos con pleitos desde hace tres años. Evidentemente, la empresa americana hace también todo lo que puede para no ceder sus derechos, así que yo estoy un poco al margen.

Emma se quedó pensando. Quizás eso explicaba su cautela y su comportamiento misterioso.

Ahora me toca a mí preguntar, ¿verdad?

—Eh? Ah, sí, sí, adelante —dijo Emma.

—Me gustaría saber qué piensas del amor.

—¿Del amor? —repitió ella sorprendida— Esto es un tema personal. No creo que tenga nada que ver...

—Si tengo que confiar en ti quiero saber tu forma de pensar sobre los temas universales. No lo conseguiré preguntándote banalidades —interrumpió Daniel—. Pero si no me quieres responder... tú misma. Yo no te pregunto por historias concretas, sino por tu opinión en general. Y recuerda que mis respuestas serán tan abiertas y explícitas como lo sean las tuyas.

—A ver, señor Torrents: de entrada no me parece bien que yo lo trate de usted, y usted a mí me trate de tu. Supongo que puedo tratarte de tu, también, ¿no?

—No. De ninguna manera; cuando lo puedas hacer, lo sabrás.

—Ah, ¿no? ¡Mira que bien! ¿Y como lo sabré?

—Cuando me hables con el corazón —dijo Daniel.

Emma se ruborizó. Podría ser que él se hubiera dado cuenta de que la estaba engañando, así que prefirió no continuar por ese camino. De momento había obtenido una información que podía ser importante, y pensó que valía la pena intentar reconducir la conversación.

—Bueno pues, señor Torrents, sobre el amor...

Emma pensó que soltaría unos cuantos tópicos, pero no le venía nada en la cabeza porque empezaba a sentir que estaba hecha un lío. Aquel hombre la hacía ir de un lado a otro. Tomó aire y se dispuso a explicar algo convincente pero, en el último momento, el corazón le pudo más y le salió una respuesta más bien desconcertante.

—El amor no existe, no es real. Existe la empatía. El amor tal como nos la han vendido es una falacia. Existe el estado de enamoramiento, que no es más que una alteración hormonal que nos hace ver a una persona de forma idealizada y nos crea adicción física y mental por ella. El amor a uno mismo no es más que el instinto de supervivencia. El amor a los hijos es el instinto maternal y de procreación que llevamos dentro para hacer que la especie se mantenga. El amor al resto de la gente no es más que afecto empático. El amor que decimos «de pareja» está compuesto por muchos factores: el respeto, el afecto, los intereses comunes, la conveniencia, la complicidad sexual, el no estar solo...

—Veo que has tenido algún desengaño últimamente, ¿verdad? — observó Daniel.

Emma echó el cuerpo atrás poniéndose a la defensiva porque ya veía venir que Daniel se disponía a hurgar con alguna de sus observaciones punzantes. Quizás se había pasado con la respuesta, demasiado heterodoxa. Quería contestar una banalidad, pero le había salido así. Quizás sí que había mostrado de forma demasiado explícita su decepción con el amor.

Se produjo un silencio largo e incómodo (al menos para ella), mientras Daniel seguía comiendo. Emma no quería entrar en temas tan personales y mucho menos con aquel desconocido vanidoso. Finalmente, Daniel sentenció.

—Me has gustado.

Cuando estaba en el ascensor de su casa, Emma se quitó los zapatos y apagó la grabadora. Se sintió aliviada. Cerró los ojos y suspiró profundamente. Una vez dentro de su apartamento se desnudó dejando la ropa tirada por el suelo, se desmaquilló rápidamente y se metió en la ducha. Estuvo un buen rato, sintiendo como el agua le acariciaba el pelo y todo su cuerpo.

Imágenes difusas y aleatorias de la noche le venían a la mente: habían estado hablando bastante rato, pero de temas generales, sin entrar en cosas privadas ni particulares. Él se lo había montado bien para no contarle nada demasiado personal. Debe de ser uno de esos hombres misteriosos que, al final, te das cuenta de que el único misterio que tienen es cómo lo hacen para parecer misteriosos, pensó.

Le venían a la cabeza pedazos de frases, expresiones, situaciones vividas hacía un rato con él. Intentaba recapitular y ver qué había sacado de todo esto, pero había bebido demasiado y no tenía la cabeza clara. Aquel hombre no paraba de llenarle la copa de vino. Cansada, decidió dejar la mente en blanco y pensó que al día siguiente ya escucharía tranquilamente la grabación y haría el informe.

Una vez duchada y seca, se puso en la cama desnuda y apagó la luz. El vino no se le ponía demasiado bien y la cabeza le daba vueltas. Apartó las sábanas y quedó descubierta del todo; hacía mucho calor para ser octubre. El aire de la ventana entreabierto, acariciaba suavemente su piel. Dentro de su cabeza, de nuevo, se mezclaban las imágenes y los olores de aquella noche, y el beso de aquel hombre en su mano. La misma mano que ahora se desplazaba lentamente hacia su sexo...

11

Domingo, 19 de Octubre de 2014 a las 19:30

Blue llegó a casa su madre, Marta. Vivía en las dos últimas plantas de un edificio del *Eixample* con Mark, su pareja, un suizo que, casualmente, se había quedado sin trabajo poco después de conocerla y que ella mantenía desde entonces. De eso hacía unos seis años. Mark había sabido hacerla suficientemente feliz como para que ella no lo largara, pero con Blue no se llevaban bien. Mejor dicho, nada bien. Blue siempre lo había visto como un oportunista y un vividor, y estaba segura de que él tenía sus aventuras cuando se iba a Suiza con la excusa de ver a su familia.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, Txell! ¿Dónde te has metido? Ya sé que no me tienes que decir todo lo que haces, pero sabes que me gusta saber que estás bien.

—Sí, lo siento... he estado ocupada con un cargamento de cocaína que encargué a un cartel colombiano. Me querían dar gato por liebre y he tenido que romper algunas piernas y...

—Vale, vale, no hace falta que me cuentes historias. ¿Te has inscrito al curso aquel que querías hacer en... dónde era? En Canadá, ¿no?

—No. Me parece que al final no me apuntaré. Quiero esperar a ver como acaba esto de la herencia de papá y quizás me pondré a trabajar en la empresa.

—¿Estas segura, Txell? Ya sabes que Heinz no te lo pondrá nada fácil. No se llevaba nada bien con tu padre y, francamente, no creo que contigo la cosa vaya mucho mejor. Creo que deberías aceptar su oferta y olvidar todo este tema; con lo que te pague puedes vivir toda la vida sin trabajar si te administras bien...

—No, mamá, eso no lo puedo hacer. Aunque, a veces, la idea me tienta, pero le prometí a papá que no le vendería su parte a Heinz, y menos por un precio tan bajo como el que él ofrece. ¿No ves que se quiere aprovechar? Cuando herede las acciones podré ver las cuentas y, seguramente, me encontraré con sorpresas. Seguro que ha estado haciendo chanchullos con el dinero todo este tiempo que papá ha estado mal. Y seguro que las acciones valen mucho más.

—No lo sé, hija, yo no entiendo. Yo valoro mucho poder estar tranquila y no tener preocupaciones.

—Entiendo que lo veas así, mamá, pero se lo debo papá; él insistió.

Mark apareció por la puerta.

—Hola, Mark —dijo Marta.

—Hola!

Blue le dedicó una mirada de indiferencia.

Mark se acercó a Blue para saludarla con una fingida cordialidad:

—Hola, Blue! ¿Cómo estás?

—Bien. Como siempre —dijo Blue, lacónica.

—Me alegro de volver a verte por aquí. Espero que te puedas quedar a cenar esta noche; es mi aniversario y he encargado una buena cena y un pastel.

Su madre la miró con cara de súplica. De hecho, Blue no tenía ningún plan aquella noche, así que le dijo:

—Muy bien, Mark, haremos ver que somos una familia unida y bien avenida. Pero no esperes que te haga ningún regalo.

—Tu presencia ya será suficiente regalo —respondió Mark, mientras ella se iba escaleras arriba hacia su habitación.

—Cenaremos pronto, a las ocho y cuarto —gritó Marta.

12

Domingo, 19 de Octubre de 2014 a las 20:30

Emma había encontrado un buen lugar donde aparcar el coche; desde allí se veía la ventana iluminada de la sala principal del apartamento de Daniel, y también la puerta de la calle. Había relevado a uno de sus *fickers*, que le había reportado que la chica objeto de vigilancia había entrado en el edificio hacía un par de horas. Pensaba permanecer allí hasta un rato después de que se apagaran las luces o, si Daniel o Blue salían, los seguiría donde fuera.

Era domingo por la noche y las calles estaban prácticamente desiertas. Emma, medio adormilada, escuchaba en la radio una tertulia sobre la consulta del 9 de Noviembre. No solía hacer estas labores de vigilancia, pero este caso le interesaba especialmente; tenía curiosidad por saber más cosas de Daniel.

De repente, alguien golpeó el cristal de la puerta del acompañante y le dio un susto. Seguidamente, una prometedor caja de pizza se mostró por el vidrio. Pensó que debía ser Santi que, muy gentilmente, había venido a hacerle compañía un rato. Abrió la cerradura de la puerta y... sorprendentemente, Daniel entró en el coche! (Sí, sí: Daniel).

Se quedó mirándolo totalmente perpleja. Él hizo como si nada.

—¡Hola! He pensado que te apetecería una pizza —le dijo mientras la abría y le ofrecía un trozo envuelto con una servilleta de papel.

Ella lo aceptó aún sin reaccionar.

—¿Qué? ¿Aún está dentro? —preguntó Daniel agachándose un poco para poder ver la ventana iluminada del cuarto piso.

—¿Eh...?

—¿Todavía no ha salido, la chica? Para mí que la está descuartizando... —continuó diciendo Daniel.

—¿Eh? ¿Quién?

—La chica esa, Blue. ¿No la has visto entrar?

Emma lo miraba con la boca abierta y con el trozo de pizza en la mano.

—No me fío ni un pelo, de este hombre. Seguro que es un perverso, un drogadicto y un terrorista —continuó él metiendo más leña al fuego.

—¡Ah! Sí, sí... —dijo finalmente Emma, intentando seguir la comedia.

Los dos se pusieron a comer. Emma no las tenía todas consigo, ¡era una situación tan surrealista! Esperaba que, en cualquier momento, él sacaría una pistola y le mandaría conducir hasta algún descampado tranquilo y solitario y allí... la descuartizaría lentamente, la violaría sin compasión y la mataría cruelmente. No, al revés: la mataría sin compasión, la violaría lentamente y luego la descuartizaría cruelmente. O quizás primero la violaría lentamente y luego la...

—Está buena, ¿verdad? —masculló él masticando y pasándole una lata de cerveza.

—Sí, muy buena. Gracias. Apetece a estas horas, cuando no se ha descuartiz... merendado nada... —comentó Emma, por decir algo.

Daniel seguía vigilando la ventana de vez en cuando.

—Vete tu a saber qué atrocidades le debe estar haciendo a la pobre chica.

Por la mente de Emma pasaron las explicaciones de un curso que hizo sobre asesinos en serie y de cuán agradables y cínicos podían llegar a ser antes de cometer las acciones más horripilantes y sádicas.

—Sí, pobre chica, esa... ¿cómo se llama?

—Blue.

—¿Blue? —repitió mentalmente Emma— ¿No se llamaba Meritxell? —pensó. Y de apellido, ¿como era? No le sonaba eso de «Blue». A ver si se trataba de otra chica. Su colaborador le había dicho que era ella, Meritxell, pero sólo la había visto en foto.

—Sí, Blue. Es un seudónimo.

—Ah, claro.

Los dos continuaron comiendo y charlando como si estuvieran de *picnic*. Cuando terminaron, Daniel metió todos los restos dentro de la caja y la cerró. Entonces se volvió hacia ella y le propuso:

—Es una paliza eso de estarse tanto rato en el coche. Además, yo creo que ya no están dentro. ¿Qué te parece si subimos al piso y lo inspeccionamos?

Emma se puso en guardia. Ahora venía cuando la embaucaba para llevársela a su terreno, donde podría cometer las atrocidades más terroríficas y sanguinarias con ella.

—Ah, pues no sé, podría ser peligroso, ¿no?

—No, ¡qué va! Mira, si hasta tengo una llave, pero no me preguntes cómo la

he conseguido —pidió Daniel en voz baja y acercándose a ella.

—Bueno, de acuerdo, no te lo preguntaré.

Se dirigieron hacia el apartamento. Daniel abrió la puerta de la calle y después, sigilosamente, la del apartamento.

—¿Lo ves? No están.

Los dos entraron. Sobre la mesa de la sala había dos cervezas. Daniel cogió una y miró la marca.

—Está claro que este hombre es un pervertido: la ha drogado con una cerveza japonesa.

—Uy, sí, y además sin alcohol. ¿Por dónde habrán salido? —se preguntó Emma.

En ese momento Daniel notó que el móvil le vibraba en el bolsillo.

—Tú mira por allí —propuso Daniel señalando hacia la librería— que yo miraré por la cocina.

Emma se extrañó que le permitiera inspeccionar la casa con tanta tranquilidad, pero pensaba que seguirle la corriente quizás le permitiría obtener alguna información que, evidentemente, apalancada el coche no hubiera obtenido.

Daniel atendió la llamada; era de Blue. Mientras tanto, Emma curioseaba tranquilamente los objetos de la librería, que estaba llena de libros de biología e historia, algunos de ellos muy antiguos.

—Mira, ¡un portátil! —señaló Emma— Me lo llevaré. A ver si me cabe, a el bolso.

—No, no. Lo tenemos que dejar todo como lo hemos encontrado. Además, seguro que debe tener contraseña —gritó Daniel desde la cocina una vez terminada la llamada.

—Sí, Pero yo tengo un colega que lo podría *hackear*.

—No, no, seguro que el disco está encriptado, tardaría siglos en poderlo leer.

—Ah, pues así mejor lo dejar estar.

—Mira, mira, ¿lo ves? —gritó Daniel.

Emma se acercó a la cocina y vio Daniel con un bote en una mano y lamiendo un dedo de la otra.

—Fíjate: Cola-Cao de primera calidad. Ya te decía yo que era drogadicto y traficante.

Emma se lo quedó mirando.

—¡Ostras! Sí, y fíjate aquí, ¡qué arsenal de armamento que tiene! —exclamó

viendo el cajón donde estaban los cuchillos y utensilios de cocina.

Daniel la miró de reojo mientras seguía inspeccionando el armario de la cocina.

—No, eso son utensilios de cocina vulgares, pero mira, eso sí que es fuerte.

—¿Qué, qué?

Daniel dispuso una junto a la otra, una lata de sardinas, una de alcachofas y una de espárragos.

—¿No lo ves?

—No. ¿Qué es lo que debería ver?

—Con el contenido de estas latas ... se puede cocinar un explosivo de gran potencia.

—Ah, ¿Sí? —dijo Emma alucinada.

—Sí. Ya decía yo que era un terrorista. Y menos mal que no tiene ninguna lata de calamares La Revoltosa.

—Ah ¿No? ¿Y qué pasaría si fuera así?

—¿No lo sabes? ¡Con su tinta se podría fabricar una bomba de nivel atómico!

—Mira por donde, ¡los calamares La Revoltosa...! —exclamó Emma, cogiendo una lata de esta marca del otro armario— ¡Mira! Aquí la tienes. Nos las tenemos con un terrorista de escala atómica. ¿Y si nos los zampamos ahora mismo y así lo dejamos desarmado?

—No, mejor que no dejemos pruebas de nuestra inspección. Si sospecha algo podría cambiar de planes y huir.

—Ah, es verdad.

13

Domingo, 19 de Octubre de 2014 a las 20:30

En casa de Marta, aquella noche la cocinera había preparado una cena especial para celebrar el aniversario de Mark. Normalmente lo celebraban saliendo a cenar fuera ellos dos, pero este año Mark había insistido en hacer la cena en casa, con Blue, y así celebrar también que ella había terminado la carrera.

—Blue, ya he comprado los billetes de avión para ir a Zúrich a la lectura del testamento. Saldremos el sábado, pasaremos la noche en un hotel y al día siguiente tenemos hora con el notario a las nueve de la mañana —dijo Mark.

A Blue no le gustaba nada el plan. Sospechaba que los matones de Heinz actuarían en cualquier momento y no se lo quería poner tan fácil. Además, en alguna ocasión había oído hablar a Mark con Heinz por teléfono y no se fiaba nada de él. Sin embargo, la opción más inteligente era hacer ver que estaba de acuerdo mientras pensaba alguna alternativa más segura.

—Muy bien, ya estaré preparada —respondió ella.

Marta había encargado un pastel de carne con patata que gustaba mucho a Blue y ella se lo comió con ganas. Después, un pastel de chocolate suizo y unas copas de cava catalán.

Mark fue muy hábil en poner unas gotas de un frasco que escondía en la mano cuando sirvió el cava. Iban destinadas a Blue.

—Así que no te has apuntado al máster, me ha dicho Marta —comentó Mark una vez hubo cumplido su misión secreta.

Blue contestó de mala gana.

—No, no me he apuntado; antes quiero ver cómo está la empresa de papá. Seguro que Heinz ha estado escondiendo muchas cosas estos últimos años.

—Pero, ¿ya entiendes suficiente? ¿Crees que te podrás aclarar? Quiero decir que... ¿no sería mejor venderle las acciones y dedicarte a otra cosa? Ser la socia mayoritaria de la empresa junto con Heinz te traerá problemas. De hecho os llevará problemas a los dos...

—No, Mark. No me plantearé vender nada hasta que no haya inspeccionado

yo misma hasta el más mínimo detalle. Se lo debo a papá.

Su madre la apoyó.

—Yo creo que si ella se ve capaz de entenderlo todo, pues es una decisión muy lógica. Yo no lo podría hacer, pero ella... para eso ha estudiado tanto. Tampoco hay ninguna prisa por vender.

—Sí, claro, pero es que es un trabajo impresionante y si Heinz esconde algo, le pondrá las cosas muy difíciles; al fin y al cabo, él tiene el treinta por ciento de las acciones. Yo, francamente, lo encuentro una pérdida de tiempo. Como estrategia me parece buena para sacarle unos cuantos millones más, pero no para llevarla realmente a cabo. Seguro que Heinz sube la oferta si se lo proponemos. ¿Quieres que haga de intermediario? Yo sé cómo sacarle el máximo posible.

Blue se volvió de repente, con cara de mala leche. Durante unos segundos se mordió la lengua.

—No gracias, Mark, ya sé que eres muy bueno jugando con el dinero de los demás, pero no necesito a nadie. Bueno, si me disculpáis, me voy a mi habitación. Buenas noches.

14

Domingo, 19 de Octubre de 2014 a las 21:30

Una vez en su habitación, Blue puso música y se estiró en la cama; necesitaba pensar. Algo le preocupaba desde que lo habían comentado en la cena: ¿como iría a Zúrich a la firma del testamento? Tenía claro que no iría según el plan de Mark, pero, por lo demás, no sabía qué hacer.

De repente tuvo una idea: ¿y si pedía ayuda a Daniel? Parecía un tipo bastante listo y auto-suficiente. Quizás incluso la podría acompañar. Por probar no perdía nada. Necesitaba alguien con quien hablarlo y tal vez le daría alguna idea.

Cogió el móvil y le llamó.

—¡Hola, Blue! ¿Como estas? —saludó él desde el otro lado de la línea.

—¡Hola, Daniel! Bien, bien... quiero decir... ¡bien! —corrigió Blue, sobre la marcha, recordando la teoría de Daniel sobre los dos «bienes»— Oye, te quería pedir un favor: como ya te expliqué, la próxima semana tengo la firma del notario. ¿Me podrías acompañar? Yo pago los gastos.

Daniel se quedó en silencio unos segundos.

—¿Oye? —insistió Blue.

—Sí, sí, estoy pensando... pero ¿ya sabes cómo vas a ir para evitar sustos?

—Mmm... No. Pero pensaba que tal vez tú podrías ayudarme a trazar un plan. Ya te dije que Heinz seguro que intentará algo y me temo que pueda ser peligroso.

—Déjame que piense a ver si se me ocurre un buen plan. En cualquier caso, yo preferiría mantenerme al margen de tu familia y de Heinz.

—Sí, sí, lo entiendo.

—¿Qué día es esto?

—El Lunes veintisiete de Octubre a las nueve de la mañana, en Zúrich.

—Bueno, deja que piense y te digo algo. Mientras, no tomes riesgos innecesarios. Si puede ser, no salgas de casa.

—Sí, sí, tranquilo. Aquí en casa no me pueden hacer nada. Si me quisieran hacer algo, sería del tipo «que parezca un accidente» porque, si no, se pondrían

demasiado en evidencia.

Blue se quedó unos instantes en silencio, reflexionando.

—Daniel...

—¿Sí?

—Gracias.

15

Domingo, 19 de Octubre de 2014 a las 22:00

En el apartamento, Daniel notó algo que le hizo ponerse en alerta. Hizo un gesto a Emma para que guardara silencio. Se dirigió sigilosamente hacia la puerta y pegó la oreja. Emma le siguió pensando que continuaba haciendo comedia. Él apagó la luz de la sala y abrió la ventana que dejaba pasar un pequeño hilo de luz y los ruidos de fuera la calle. Miró por la mirilla de la puerta y levantó la cabeza, preocupado: al otro lado había dos hombres fornidos vestidos con camisas floreadas. Con la mano le indicó a Emma que se alejara. Se quedó pensativo y quieto.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma en voz muy floja.

—Dos matones *gays* —dijo Daniel.

—¿Cómo? Dos matones ¿qué?

—Dos matones que se quieren hacer pasar por *gays*.

Entonces sonó el timbre de la puerta y los dos se quedaron helados. Pasados unos segundos que se les hicieron eternos, se oyeron ruidos como si intentaran forzar la cerradura de la puerta. Daniel, con gestos, le indicó a Emma que continuara en silencio. Otro ruido más fuerte y más movimientos en la puerta. Daniel tenía que tomar una decisión, y rápido, porque era evidente que aquellos hombres querían entrar y no los detendría la cerradura de una puerta. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia la estantería y accionó el mecanismo para abrir la cámara secreta. Emma se sorprendió al ver el escondite. Daniel le indicó con el dedo que cogiera su bolso y, a continuación, ambos entraron en la cámara y cerraron la puerta. Al principio la oscuridad era absoluta. El lugar era muy estrecho, ya que las estanterías sólo dejaban libre un espacio de unos cincuenta centímetros de ancho por un metro y medio de longitud; apenas cabían dos personas. Estaban tan cerca el uno del otro que sus alientos se confundían. Emma pensó que allí debía esconder todo el material para descuartizar a sus víctimas.

A tuestas, Daniel destapó una mirilla redonda que dejó pasar algo de luz al

pequeño recinto.

—Pon el móvil en silencio —dijo en voz muy baja, y Emma lo hizo inmediatamente.

Los ruidos intentando forzar la puerta aumentaron en intensidad y frecuencia. Finalmente, de un golpe fuerte, la puerta cedió.

Los dos hombres entraron y registraron en un momento todo el apartamento. Daniel los espiaba y pudo ver que uno de ellos llevaba una pistola en la mano.

Emma se acercó y le susurró al oído:

—¿Quiénes son estos tíos?

Daniel sintió el aliento de Emma en la oreja, y no sólo eso; también notó como la punta de su nariz le rozaba la nuca y como el pelo de ella le hacían cosquillas.

Daniel juntó su cara a la de ella y le contestó:

—No los conozco. Mira tú misma.

Emma se tuvo que poner de puntillas para llegar al agujero y miró a través de él. Uno de los hombres estaba curioseando por los cajones de la consola. De repente tuvo que reprimir un grito al ver la cara del otro a apenas dos palmos de ella. Estaba curioseando por la misma estantería que hacía de puerta de donde estaban. Daniel le tapó la boca con la mano. Hubiera preferido haberlo hecho con un beso, pero no era momento de pensar en esas cosas. Al hombre le pareció que había oído algo, pero los ruidos que provenían de la calle le hicieron desistir de seguir prestando atención.

Daniel fue apartando suavemente la mano de la boca de Emma, aprovechando para acariciarle la cara y esperando que esto serviría para tranquilizarla. Sus dos cuerpos seguían en contacto y no parecían tener ninguna prisa por separarse.

Uno de los hombres salió de la cocina con la lata de calamares La Revoltosa y, en alemán, le advirtió al otro que parecía que Daniel estaba a punto de prepararse la cena. El otro asintió con un «Ya».

—Oh, ¡mierda! —exclamó Daniel.

—¿Qué pasa?

—¡Han descubierto los calamares! —dijo él, adoptando un tono de fingida trascendencia, que Emma correspondió con cara de simulada preocupación.

Al cabo de un rato, los hombres dieron la tarea de inspección por terminada y se sentaron cómodamente en el sofá; era evidente que querían esperar que Daniel apareciera.

La ventilación del escondite era más bien precaria, por lo que Daniel y Emma enseguida empezaron a tener calor. Mucho calor. Así que, sin hacer ningún

ruido, se fueron desabrochando algunas prendas de ropa, ayudándose el uno al otro en la operación. Emma se desabrochó los botones de la camisa, se quitó los zapatos y se quitó las medias. Daniel se quitó la camisa.

Parecía claro que ese par no tenían ninguna prisa; habían encendido la luz de una lámpara de pie, la que Daniel usaba para leer, y uno de ellos se tumbó en el sofá largo mientras el otro se sentó en el sofá individual, hojeando una revista.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó Emma, acercando los labios a la oreja de Daniel— No podemos aguantar toda la noche así. Tenemos que hacer algo. ¡Aquí hace un calor insoportable!

Daniel sintió que tenía que actuar. En el lateral había un baúl de plástico duro que podía servir de banquillo y, con mucho cuidado de no hacer ruido, se sentó. Cogió las caderas de Emma y la invitó a sentarse en su regazo. Él le rodeaba el cuerpo, dejando reposar las manos sobre sus muslos.

—¿Mejor así? —le susurró, resiguiendo el contorno de la oreja con la punta de la nariz.

—Sí, gracias, pero yo me refería a hacer algo de otro tipo...

—¡Ah! ¿Aquí lo quieres hacer?

—¿Qué dices? Ya sabes a qué me refiero. No podemos pasarnos toda la noche aquí.

—Muy bien. Tendremos que esperar el momento oportuno. Tengo un plan, pero necesito que uno de ellos se duerma.

Emma continuaba teniendo calor, así que se quitó la camisa. Daniel la ayudó. Los dos cuerpos se juntaron piel con piel. El cabello de ella acariciaba la cara de Daniel, que respiraba su olor.

—¿Qué? ¿Huelo bien? —murmuró Emma al notar que Daniel la olía.

—Es un olor narcotizante —respondió Daniel acercando aún más su cara a cabello de ella.

—Pues sí que vamos bien. Sólo faltaría que te desmayaras...

Las manos de Daniel adquirieron vida propia y comenzaron a recorrer lentamente el torso desnudo de Emma. Ella sintió un escalofrío y echó la cabeza hacia atrás, ahogando un suspiro. Los dos labios se buscaron y se fundieron en un beso que no tenía ninguna prisa por terminar.

De repente, Daniel tuvo un flash: su intuición le decía que el momento oportuno se acercaba y que tenía que actuar. A tientas, buscó un pequeño estuche, lo puso en el regazo de Emma y empezó a revolverlo. Sacó una pequeña linterna y la encendió. La luz, aunque muy tenue, los dejó deslumbrados unos momentos.

Emma pudo ver las estanterías llenas de cajas, herramientas y aparatos diversos. Uno de ellos le pareció que servía para falsificar documentos. Seguidamente, Daniel sacó una jeringa y pidió a Emma que le buscara una botella entre las diversas que había en el estuche. Le hizo leer la etiqueta a ella, ya que se encontraba en una mejor posición para hacerlo. En una de las manotadas para sacar objetos, Emma vio una memoria USB.

— «X37-Killer» —leyó el Emma—. ¡Caramba! Esto debe de ser fuerte...

«H2-Atom»..., «V3-SexBomb», ¡uy!... «TNT9-Fire»... Tú eres un terrorista, ¿verdad?

—¿Lo has dudado por un instante? Va, sigue leyendo.

— «F3-Good night snail»... —leyó Emma.

—¡Este! —dijo Daniel.

—¿«Good night snail»?

—Sí, ese.

Rellenó la jeringa con el líquido, devolvió el estuche donde estaba e hizo levantar Emma, que aprovechó el movimiento para poner la mano en el estuche y buscar, a tientas, la memoria USB. Una vez localizada, se la puso disimuladamente dentro de las bragas.

Daniel observaba por el agujero; uno de los matones estaba dormido en el sofá. El otro no lo podía ver con claridad. Si podía inyectarle la jeringa a alguno, lo dejaría fuera de combate durante unas cuantas horas. Pero sólo tenía una jeringuilla.

De repente, el hombre del sofá individual se movió. Con pereza y lentitud se levantó y entró en el dormitorio donde había un lavabo. Seguro que iba a mear. «¡Ahora es el momento!», pensó Daniel. Tenía que actuar con presteza.

—Estate quieta. No cierres la puerta. No salgas. No hagas nada. Confía en mí —le pidió a Emma, y le dio un beso.

Emma asintió con la cabeza.

A continuación, Daniel abrió la puerta del escondite y, con absoluta diligencia y decisión, fue directo a clavarle la jeringa en el cuello del que estaba durmiendo. El hombre hizo un movimiento brusco cuando sintió la punzada, pero quedó casi instantáneamente aturdido. A continuación volvió al escondite y, por el camino, recogió un mando a distancia de estos multiusos que había sobre la mesita de delante de la tele.

Emma, mientras tanto, aprovechó para sacar la cabeza, respirar aire y observar la escena.

Una vez dentro y bien cerrado de nuevo, recargó la jeringa, diciendo en un tono triunfal: ¡ya sólo queda uno! Emma lo celebró con una sonrisa, pero se preguntaba cómo podrían ahora eliminar al que quedaba, y si no hubiera sido mejor haber aprovechado este momento para salir corriendo los dos.

—¿Miraremos la tele por agujerito para distraernos? —preguntó Emma extrañada porque había tomado el mando.

—Sí, más o menos. Ya verás.

A los pocos minutos el otro hombre regresó. Su compañero seguía en la misma posición así que no sospechó nada y se puso a fumar ante la ventana.

Daniel estaba eufórico.

—Empieza el espectáculo —le dijo a Emma.

Con gran dominio del entorno cogió una tablet, la puso en marcha y le conectó una web-cam que colgó en un clavo preparado para enfocar por la mirilla. Ahora los dos podían ver qué pasaba fuera a través de la tablet. El hombre todavía fumaba, y parecía muy aburrido, así que ahora era momento de darle un poco de distracción.

Daniel apretó un botón del mando y de repente se oyó un portazo. El hombre se asustó y miró a un lado y otro. ¿El sonido ha venido de fuera?, parecía preguntarse. Fue hacia la puerta y la abrió cautelosamente, mirando por la rendija. No debió ver nada en el pasillo porque, después de unos momentos de vacilación, volvió a sentarse en el sofá.

Seguidamente Daniel apretó un segundo botón y se empezó a oír, muy suavemente, la música típica de una película de miedo. El hombre se puso tenso. La música iba *in crescendo*. Se levantó intentando averiguar de dónde venía. Miró a su compañero, a ver si estaba despierto. De repente, la música se detuvo.

Emma y Daniel casi no aguantaban la risa. El hombre vacilaba, iba de un lado al otro. Se encendió otro cigarrillo, nerviosamente.

Otro botón y empezó a sonar el ruido de un viento del desierto, cada vez más fuerte. Se asomó por la ventana e iba inspeccionando las paredes intentando averiguar de dónde venían esos ruidos pero, como no conseguía sacar el *intringulis*, ahora lo que iba *in crescendo* era su asombro.

Daniel iba regulando el volumen del sonido, y cuando se acercaba a donde estaba uno de los altavoces camuflados, lo bajaba. Ahora el sonido era casi imperceptible y se había mezclado con el de película de miedo, que, poco a poco, fue dando paso al de un goteo. El matón iba acercando la oreja a los altavoces... hasta que, de repente, se oyó un chillido inhumano y ensordecedor que le hizo dar un salto y caer de culo al suelo. Se levantó apresuradamente y dio

una patada a la planta del pie de su compañero.

—¡Hans! ¡*Steht auf!* ¡Hans! (¡Hans, levántate!)

Emma soltó una carcajada que el hombre no identificó ni pudo averiguar de dónde venía, y que contribuyó al desconcierto. Al ver que su compañero no reaccionaba, lo sacudió llamándolo «¡Hans! ¡Hans!». Pero Hans era como un muñeco de trapo; no movió ni una pestaña. Le tiró un vaso de agua en la cara, pero nada. Le abrió los ojos, pero estaba totalmente inconsciente. No podía entender qué le había pasado; lo único que veía era que en aquel piso estaban sucediendo cosas muy extrañas.

Entonces Daniel apretó otro botón y la tele se encendió. El hombre dio otro bote. Los canales iban cambiando solos. Buscó como desenchufar el aparato pero la pantalla seguía encendida y cada vez con el volumen más alto. El hombre estaba totalmente desorientado. Miraba y revolvió por todos lados como un poseído.

Daniel continuó apretando botones y todas las luces y la tele se apagaron; el piso quedó totalmente a oscuras y sólo se oían unas voces fantasmagóricas. El hombre, sorprendido y desorientado, huyó como un poseído tropezando con los muebles hasta encontrar la puerta. Emma no podía parar de reír.

Daniel le pidió que esperara y, pasados unos momentos, abrió la puerta del cuarto y salieron.

—Ahora estamos a salvo. Necesito que me ayudes. Tengo que recogerlo todo.

A Emma le lloraban los ojos, en parte, por las risas, pero también, por el alivio de los nervios y de la tensión que acababa de pasar.

—Sí, de acuerdo. Dime, ¿qué quieres que haga?

Ya habían salido del escondite y se estaban vistiendo. Daniel le dio una maleta grande con ruedas.

—Pon todos los libros de esta estantería en la maleta. Sólo estos de aquí —le indicó, señalando dos estanterías.

Daniel se ocupó de poner en otra maleta todo lo que había en el escondite.

En un momento dado, a Emma le cayó al suelo uno de los libros. Cuando lo recogió, se deslizó un papel que estaba suelto entre las páginas.

—Cuidado, que son libros muy valiosos —le hizo saber Daniel desde dentro de la cámara.

Emma recogió el papel. Era una misiva escrita a mano, con fecha de 1885 y firmada por... ¡Alfred Nobel! Después de un momento de duda, la dobló y se la metió dentro de las bragas.

Una vez hechas las maletas y recogidas las cosas importantes, Daniel sugirió:

—Tendremos que salir por detrás. El hombre éste aún está en la calle, controlando la puerta principal.

— ¿Como lo sabes tú eso? —preguntó Emma

Daniel la miró a los ojos y le dijo:

—Lo sé —y se puso a andar.

—Espera —dijo Emma.

Se acercó al hombre que seguía narcotizado y lo registró. Miró su pasaporte: Hans Niederman, ciudadano austríaco. El nombre no le decía nada.

—¿Qué hacemos con éste?

—Déjalo; me parece que ya nos hemos divertido bastante por hoy —dijo Daniel, guiñándole un ojo.

El edificio tenía una segunda salida a través de un patio interior, por lo que no les resultó nada difícil esquivar el otro hombre, que seguía sin saber qué hacer. Subieron al coche de Emma.

—¿Y ahora qué? —dijo Emma.

—¿Vives sola?

—No. Tengo un gato. Bueno, una gata.

Emma puso en marcha el coche sin hacer más preguntas y puso rumbo a su casa. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Seguro que no sabes quiénes son ese par de gorilas?

—No, no lo sé. Tal vez tienen algo que ver con Blue. Le enviaré un mensaje para avisarla de que no venga más a casa.

Le envió un mensaje por el móvil, con la esperanza de que lo leyera.

—Ha estado muy bien esto de los efectos especiales. Me has impresionado. ¡Que previsor! Seguro que esperabas alguna visita, ¿no?

—Sí, la tuya.

—¿Qué?

16

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 02:30

Una vez en casa Emma, Daniel le pidió permiso para ducharse. Mientras tanto, Emma aprovechó para mirar el móvil; tenía diez llamadas perdidas y varios mensajes de *Whatsapp* de Santi. Le llamó.

—Hola, Santi.

—¡Hola! Me tenías preocupado. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Sí, sí, estoy bien. Es que he entrado en el apartamento del sujeto y he tenido que poner el móvil en silencio.

—¿Que has entrado? ¿Cómo lo has hecho?

—Ya te lo explicaré. Te he enviado por correo el contenido de una memoria USB que le he birlado. Hay cinco archivos encriptados. Intenta descifrarlos, por favor.

—Sí, de acuerdo, mañana me pongo en ello. ¿Pero has descubierto algo? Tengo que enviar un informe al cliente ¿Qué le digo?

Emma pensaba que aquellos dos hombres podían ser sicarios de su propio cliente, así que no podía ocultar la información a Santi.

—Di que nuestro sujeto ha tenido la visita de dos matones *gays*, pero que él no estaba y, por tanto, no lo han encontrado y...

—¿Dos matones qué?

—¡*Gays*! De momento sólo di eso. Yo tengo que analizar la información obtenida. Mañana hablamos.

—Pero, ¿y el sujeto? ¿Sabes qué ha hecho? ¿Lo tienes controlado?

En aquel instante Daniel aparecía por la puerta con una toalla rodeándole la cintura, apoyándose en el marco y mirando a Emma con una sonrisa seductora.

—Sí, sí, tranquilo Santi; todo está *under control*. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pues hasta mañana.

Emma se levantó del sofá y echó una manta de estas ligeras.

—Esta será tu cama —le dijo con mala leche. Emma se había sentido

ofendida por lo que le había dicho antes. Ahora era más evidente que él había estado jugando con ella.

—¡Ah! ¿Ahora ya me tratas de tu?

—Ya hace rato que lo hago —respondió Emma intentando recordar si era cierto lo que decía.

—Eso quiere decir que yo ya te puedo llamar por tu nombre real, ¿no? —dijo Daniel en tono retador.

Emma se puso tensa. Otra vez la había hecho sentir culpable. Se dirigió hacia su habitación y, antes de cerrar la puerta, se giró y le soltó bien enfadada:

—Emma, mi nombre Emma Grau de la agencia de detectives Arkadia.

—¡Ah! Emma. Un nombre muy... espera, Emma, ¡no cierres! Necesito que me hagas un favor. Necesito la dirección de Blue. La tengo que avisar. Su móvil está desconectado y no he podido contactar con ella.

Emma se mordió los labios. Su ética profesional le impedía revelar información del caso, pero tal como habían ido las cosas su corazón le decía que tenía que confiar en ese hombre y que la chica podía estar realmente en peligro. Pasados unos momentos de dudas, finalmente dijo:

—La tengo en el despacho. Mañana te la daré —y cerró la puerta de golpe.

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 04:00

A media noche, Daniel se despertó porque el sofá era muy incómodo y se puso a pensar. Había algo que le preocupaba y no le dejaba dormir. Se levantó, se vistió y salió del apartamento, llevándose la llave para poder volver a entrar.

Bajando las escaleras, pidió un taxi por el móvil. Al cabo de unos minutos, el taxi lo recogió y él le pidió que le llevara a unos metros del portal de su casa. Una vez allí, le dijo al taxista:

—Tenga, cincuenta euros. Espere aquí, por favor, tardaré unos quince minutos.

Subió a su casa. Allí todavía estaba el tal Hans inconsciente. Le registró buscando algún papel donde pudiera tener la dirección de Blue. En el costado, sujeto al cinturón, llevaba una pistola. La cogió y se la quedó mirando. La desmontó rápidamente. Fue a la cocina, abrió la nevera y cogió un tubo de cola de impacto. Puso unas cuantas gotas en los lugares clave para inutilizarla sin que se notara. La montó y la volvió a dejar en el lugar donde estaba. Continuó buscando, pero no encontró nada más.

A continuación se detuvo un momento a pensar. Cogió un rotulador rojo de tinta permanente y pintó varios puntos rojos en la cara del sicario. Lo miró un poco de lejos y terminó de llenar cara con puntitos rojos. Cuando terminó, tiró el rotulador debajo del sofá, le puso las dos manos a ambos lados de la cabeza y se empezó a concentrar. Había dormido poco y le costaba. Los pensamientos se le iban hacia Emma. Sintió un vacío en el estómago. Ahora le dolía haberse comportado como lo había hecho. Siempre se comportaba de esa manera cuando sentía una atracción especial por una mujer. ¿Por qué había una parte de él que se comportaba como si la quisiera alejar? Conocía la respuesta a aquella pregunta y había luchado en contra de ello toda la vida, pero siempre con un éxito más bien escaso. «Va, hombre, ¡concéntrate!», se dijo a sí mismo. Y lo siguió intentando. «Este tío tiene el encefalograma plano. ¿Quizás está muerto?», se preguntó. Pero comprobó el pulso y era normal. Continuó

intentándolo. Ahora le venían imágenes a la cabeza. Debía concentrarse en la que quería encontrar: primero una carpeta, y ahora... un nombre y una dirección. Durante una décima de segundo lo vio: Merixell... Bailén St., 8. Barcelona. Ya lo tengo, pensó. Pero de pronto notó que su campo de visión se reducía rápidamente, como el diafragma de una cámara de fotos, hasta sumergirse en la oscuridad más absoluta.

Franz, el otro sicario, le había propinado un golpe en la cabeza con la culata de la pistola. Lo volteó y le cogió la cartera y el móvil. Seguidamente, cargó a su compañero, lo sentó en una silla de ruedas que había traído y salieron del piso.

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 08:00

Al día siguiente, Blue se despertó con un dolor de cabeza muy fuerte. Estaba mareada y no podía ni levantarse de la cama. Tenía mucha fiebre y su estado parecía que fuese empeorando.

Su madre, Marta, al ver que no bajaba a desayunar, había entrado en la habitación y la había encontrado así. Inmediatamente quiso avisar al médico, pero Mark se ofreció a llamar a la mutua y enseguida llegó un médico de urgencias acompañado por una enfermera.

La pobre Blue estaba totalmente fuera de sí, pero en algún rincón de su mente un pensamiento errático le decía: «Te han drogado... te han drogado».

—Me han drogado... me han drogado... las torres... la batalla... el baluarte de Santa Clara —repetía Blue casi ininteligiblemente.

—¿Qué dice? —preguntó Marta.

—Nada, está desvariando —dijo el médico—. Por favor, ¿pueden esperarse fuera? La tengo que explorar.

—Claro. Va, Marta, dejemos solos al doctor y a su enfermera que hagan su trabajo —aconsejó Mark cogiéndole la mano a Marta y llevándosela hacia fuera de la habitación de Blue.

El médico auscultó y exploró a la enferma. También le sacó sangre y le puso una inyección y en seguida se quedó profundamente dormida.

Una vez fuera de la habitación, el médico dijo a Mark y a Marta, que estaban cogidos del brazo:

—Parece una intoxicación o un virus. He cogido una muestra de sangre para analizar inmediatamente. Hasta que no sepamos de que se trata es muy importante que no se acerque nadie. La enfermera se ocupará de todo. Ella estará pendiente del suero. Tan pronto como tenga los resultados, vendré. Si hay alguna novedad, la enfermera me llamará enseguida.

—Muchas gracias, doctor —dijo Marta, nerviosa y preocupada.

Salieron de la habitación y Mark acompañó al médico hasta la calle para

poder hablar con él tranquilamente. Cuando se quedaron solos le preguntó:

—Doctor, no es grave, ¿verdad? Quiero decir... sólo se trataba de hacerla quedar unos días en la cama.

El médico le miró a sus ojos durante unos segundos.

—No, no es grave, pero es necesario que cada doce horas se inyecte este antiviral. Si no lo hace, su vida puede correr peligro. En treinta y seis horas podría morir. Esta era la única forma de tenerla atada. Se trata de un virus que diseñaron los laboratorios y que, con este antiviral, se puede mantener inactivo durante unas veinticuatro horas. Si no se lo suministramos, el virus se activará y la chica tendrá fuertes cefaleas, fiebres y, al final, morirá. Y vaya con cuidado porque, durante el periodo de fiebre fuerte, el virus puede ser muy contagioso. Cuando su cuerpo asimile bien este estado, le bajará la fiebre y podrá hacer vida casi normal.

El médico bajó las escaleras de la entrada.

—Ah, sí, sí, ya lo entiendo, como una especie de droga. Pero doctor, ¿durante cuánto tiempo tendrá que depender de este antídoto?

El doctor volvió a subir un par de escalones para acercarse de nuevo y le dijo en voz baja.

—Para siempre.

Mark se quedó helado. Heinz le había vuelto a engañar; le había dicho que sólo se trataba de provocar una enfermedad transitoria sin consecuencias para que no pudiera ir a la lectura del testamento y de esta manera, con un documento notarial de traspaso de poderes a su madre, Marta podría aceptar la herencia en nombre de Blue y, a continuación, vender las acciones a Heinz. Todo parecía encajar. Pero ahora se daba cuenta de que su avaricia le había cegado. Marta nunca hubiera cedido a vender las acciones, sabiendo como sabía que Meritxell quería entrar a forma parte del cuadro de dirección. Ahora él era cómplice de convertir a Blue en una dependiente, como si fuera diabética o algo similar. Se intentó tranquilizar. Quizás de aquí algunos años encontrarían la manera de curar esa dependencia. Sí, seguro. Se prometió a sí mismo que haría todo lo que pudiera para ayudarla. Por otra parte, pensaba que si algún día Marta enteraba de lo que había hecho, su reacción sería implacable.

19

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 10:00

Heinz estaba en su despacho tomando un té y contemplando el paisaje a través del ventanal. Comenzaba el otoño y las hojas de los árboles, de tonalidades entre rojizas y doradas, ya empezaban a caer.

El timbre del teléfono interfirió durante unos instantes la melodía de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi.

—Heinz —respondió él con energía.

—*Herr* Heinz, hemos conseguido la documentación y las huellas del amigo de Merixell, que se hace llamar Daniel Torrents, y lo hemos enviado todo a nuestro contacto de la Interpol. Toda la documentación que le hemos encontrado es falsa. Es una falsificación de gran calidad y hay una cosa rarísima: las huellas coinciden al cien por cien con las de un tal Karl Bezier.

—¿Y qué hay de extraño? —preguntó Heinz— Si coinciden al cien por cien con las de un tal Karl Bezier es porque debe ser él, ¿no? —concluyó Heinz, molesto por la ineptitud de su subordinado.

—Lo extraño, señor, es que... este tal Karl Bezier es ciudadano suizo y trabajó en FES-Labs.

—¿Así que trabajó para la competencia? Mmm, qué extraño. Quizás Blue quiere venderle alguna patente, cuando tenga el control. O quizás es él que la quiere embaucar. Esto es muy interesante. Franz, habéis hecho un buen trabajo. Seguid investigando. Tenemos que averiguar qué pretenden este par y si trabajan juntos o uno de ellos quiere embaucar al otro. ¡Buen trabajo, Franz!

—*Herr* Heinz, espere, no cuelgue. Hay otra cosa.

—Di.

—Hay algo que no encaja; este tal Karl Bezier debería tener unos sesenta años.

—¿Como? Pero si la foto que me enseñaste parecía la de un hombre más joven.

—Exacto, *Herr* Heinz, es eso lo que no nos explicamos. ¿Es posible que sea

su hijo y tenga las mismas huellas?

—Eso no es posible. Quizás la Interpol las haya cambiado accidentalmente. Él debe ser su hijo y se llamará igual. De ahí la confusión. Averigua si también ha trabajado o trabaja aún a FES-Labs y a qué se dedica.

—Sí, *Herr* Heinz, le mantendremos informado. ¡Ah!, otra cosa. Recientemente, el sujeto ha pasado tres semanas en Guinea. Para ser más precisos, llegó el veintisiete de septiembre y se marchó el quince de octubre.

—¿África? —se sorprendió Heinz— Habrá ido de vacaciones... pero es muy extraño, porque con el estallido del nuevo brote del Ébola, no parece el mejor lugar donde ir a pasear. Ocupaos de contratar algún investigador local que averigüe con quién estuvo y qué hizo.

Sí, *Herr* Heinz.

Heinz se quedó pensativo bebiendo el té. Muchas dudas le venían a la cabeza. ¿Qué podía estar tramando aquel hombre? ¿Estaba enterada Meritxell? Tal vez él la quería engañar a ella.

Estuvo tentado de llamarla y poner las cartas sobre la mesa, pero finalmente optó por no hacerlo; pensó que esperaba a saber más cosas de Bezier. Después de todo, tal vez podría convertirse en un aliado.

20

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 13:00

—¡Daniel! ¡Daniel!

Emma, angustiada, sacudía a Daniel enérgicamente. Él comenzó a abrir los ojos lentamente. La visión de la cara de Emma, tan cercana, le gustó y se sintió tentado de besarla pero, al intentar hacer un pequeño movimiento, le pareció como si la cabeza le estuviera a punto de explotar y tuvo que quedarse inmóvil.

—No te muevas, te traeré hielo ¿Qué ha pasado?

Daniel vio de reojo que Hans ya no estaba y comprobó que su cartera y su móvil también habían desaparecido. Emma le puso en la cabeza unos cubitos de hielo envueltos en un paño.

—He venido para registrar mejor a nuestro amigo Hans y poder encontrar la dirección de Blue, pero de repente... Daniel se dio cuenta que era de día.

—¿Qué hora es?

—Casi la una —dijo Emma— ¡Pero que bobo eres! ¿No te dije que te la daría yo, la dirección?

—Sí, pero era urgente actuar. Sentí que algo no iba bien. Va, vamos; ¡no podemos perder más tiempo!

Al levantarse vieron un charco de sangre en el suelo.

—Ostras, Daniel, has perdido mucha sangre. Eso hay que curarlo.

—No, ya no sangro. No te preocupes. ¡Va, vamos, corre!

Los dos se encaminaron hacia casa de Blue.

21

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 13:30

Franz entró en la habitación del hotel y descorrió las cortinas. Hans aún estaba inconsciente. Se acercó y lo sacudió.

—¡Hans! ¡Hans!

Hans empezó a moverse. Franz fue a buscar un vaso de agua al baño, no sabía muy bien si para tirárselo por encima o para darle a beber.

Hans meneó la cabeza y se tocó el cuello.

—Va, Hans, que tenemos trabajo. ¡Despierta!

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy?

—¡Hans! Eso digo yo: ¿qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

Hans se fue incorporando.

—No lo sé, parece como si me hubiera picado algo en el cuello...

Entonces la luz que entraba por la ventana le iluminó la cara y Franz pudo ver que la tenía llena de puntitos rojos. Dio un bote de pavor.

—¡Ah! ¡Te han inyectado un virus! —exclamó Franz visiblemente asustado.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó Hans.

—Tienes la cara hecha una mierda.

—¿Qué tengo? ¿Qué tengo? —preguntó a Hans aún medio aturdido.

—Tienes la cara llena de... como de picaduras, ¡no te me acerques! Quédate ahí. Ya me ocuparé yo de todo. ¡Mierda! Llevo toda la noche sin dormir y ahora no me puedo tumbar ni un momento. ¡Si al menos hubieras encargado la habitación con dos camas individuales!

—No fue idea mía, Franz, el recepcionista me ofreció la de cama doble y yo no le podía decir que nuestra relación era sólo platónica, ¿no?

—¡Scheisse! (Mierda!)

—No te muevas. Avisaré el médico colega de Heinz, que es suizo pero hace muchos años que vive aquí, en Barcelona, para que te lo mire; esto podría ser muy contagioso.

Franz salió muy asustado de la habitación. Bajó a la recepción y cogió otra

habitación para él solo; necesitaba tumbarse un rato. Antes, sin embargo, contactó con el médico y le explicó el caso.

—¡Que extraño! —musitó el médico— Quizás sea el sarampión. ¿Han tenido contacto?

—¿Contacto? Sí, lo he tenido al cogerlo en brazos. Estaba inconsciente y entonces era oscuro y no me he fijado en su cara.

—Mientras no sepamos de qué se trata, mejor que no te acerques a él ni te muevas de la habitación. Si te has contagiado, debemos evitar que lo vayas esparciendo. ¿Han tenido relaciones, últimamente? Y, si es así, ¿lo han hecho con protección?

—¿Qué quiere decir con «relaciones»?

—Heinz me comentó que erais pareja...

Franz frunció el ceño y contestó de mala manera.

—¡No! ¡No hemos follado ni nada que se le parezca!

—Perdone, pero lo tengo que preguntar. Depende de lo que sea, es importante saberlo. Bueno, vuelvo enseguida.

—Dejaré la puerta de la habitación ajustada. Es la 321. Yo estaré en la 611 descansando, por si me necesita.

Franz subió a su habitación y se quedó dormido. En sus sueños veía el virus del Ébola representado por un monstruo verde con puntos rojos persiguiéndole. El monstruo le intentaba tocar, y él, corría extenuado y sudoroso, intentaba zafarse de él pero cada vez se le acercaba más. Ya casi no tenía fuerzas para moverse y la angustia le hacía de lastre. Finalmente el monstruo consiguió ponerle la mano encima para contagiarlo y eso le hizo dar un sobresalto que lo despertó.

—¡Ah!

—¡Franz! ¡Franz!

Hans lo estaba sacudiendo para despertarlo. Franz todavía medio soñando se levantó corriendo y poco le faltó para tirarse por la ventana. Hans lo cogió por el brazo justo a tiempo.

—Franz, cálmate, soy yo, ¡Hans!

—¡Ah! ¡Por eso! ¡Aléjate! ¡El Ébola! ¡Las manchas rojas!

—No pasa nada Franz, soy yo.

En la cara de Hans todavía se podían ver las manchas rojas, pero mucho más difuminadas.

—Sí, tú y el Ébola. ¡No me toques!

—No, no, Franz, no es nada. Cálmate. El médico me ha visitado. Aquel

malnacido me ha pintado los puntos rojos con un rotulador de tinta permanente. Me he estado rascando la piel con jabón y un cepillo, pero aún no se me ha ido del todo. Pero ya me encuentro mejor, aunque no me podré afeitarse durante varios días.

Poco a poco, Franz se fue calmando.

—¡Qué hijo de puta! Tendremos que tener cuidado; nos encontramos ante un hombre muy peligroso y de muchos recursos.

—Va, levántate, que tenemos trabajo. He hablado con el investigador de Guinea y tenemos más datos —dijo Hans.

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 14:00

Emma y Daniel estaban dentro del coche, ante la casa de Blue. Durante el camino, Daniel había puesto a Emma al corriente sobre Blue. Era evidente que Emma ya estaba muy implicada y él confiaba en que los podía ayudar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Daniel— ¿Llamamos a la puerta y preguntamos por ella directamente? Tú eres la experta en estos temas. ¿Quieres hacerte pasar por comercial bancaria, tal vez?

—Muy gracioso... —dijo ella, sarcástica— A ver, analicemos la situación y contemplemos las posibilidades. Punto 1: su móvil está apagado. Punto 2: no sabemos nada de ella desde hace casi veinticuatro horas. Punto 3: tú le dijiste que no saliera de casa. Punto 4: hay dos hombres aparentemente suizos o alemanes, que son sicarios de este tal Heinz que la persiguen, aunque no sabemos muy bien por qué ni para qué.

Daniel escuchaba atentamente mirando si podía añadir alguna información que le hubiera pasado por alto a Emma, pero era evidente que estaba siendo muy escrupulosa, analítica y precisa. Emma continuó.

—Yo solo veo tres posibilidades: la primera es que Blue esté tranquilamente en su casa y por algún motivo no haya puesto en marcha el móvil. Si es así podríamos sencillamente llamar a la puerta y pedir por ella sin ningún problema. Una segunda posibilidad: Blue ha desaparecido. Su familia no sabe nada. En este caso, si nos presentamos, quizás nos querrán interrogar y avisarán a la policía. De hecho, es probable que la casa ya esté siendo vigilada. Tercera posibilidad...

Emma se quedó en silencio, pensando, y Daniel aprovechó para intervenir.

—Yo no veo más opciones lógicas. Partiendo de tu magnífico análisis de la situación, pienso que lo primero que tenemos que hacer es verificar si ella está dentro de su casa, y hacerlo de una manera que nadie sospeche que la conocemos.

Los dos se miraron.

—Creo que Carolina deberá actuar de nuevo. Aquí, en el maletero, llevo todo

el material —propuso finalmente Emma.

Daniel asintió con la cabeza.

Emma se arregló un poco y recogió la cartera con los formularios del Banco de Samalús.

—Emma, mantengamos una llamada de móvil abierta, tú con el altavoz activado; así podré saber qué pasa y si necesitas ayuda.

—De acuerdo, me pondré el móvil en el bolsillo lateral del bolso.

—Si te bloqueas, utiliza la intuición ¡Suerte! —le deseó con una sonrisa.

—Ah, vale. Gracias.

Emma se encaminó hacia el edificio. Subió hasta el tercer piso en ascensor y llamó a la puerta.

Al cabo de unos segundos, Mark abrió.

—Hola, ¿qué desea? —preguntó con un acento extranjero.

—Hola, buenas tardes. Perdone que le moleste; me llamo Carolina Fernández, soy comercial del Banco de Samalús y quisiera hablar con la señora Meritxell...

Hizo como que buscaba entre los papeles que llevaba de la entidad bancaria. No recordaba su apellido y eso la hizo poner nerviosa.

—Txell en este momento no está, pero seguro que no le interesan sus servicios. Ella vive en Suiza y trabaja con bancos de allí. Muchas gracias.

Mark iba cerrando la puerta. Era extraño que no estuviera y aquel hombre no parecía inquieto por un posible secuestro. Tenía que hacer algo y rápido.

—Usted debe ser su marido, supongo. ¿No sabe cuándo volverá ella?

No, no lo sé.

Mark continuaba cerrando la puerta.

—Perdone, ¿podría ir un momento al lavabo? —pidió acercándose a él y poniendo cara de desvalida.

Mark se inquietó. Hubiera querido cerrarle la puerta en las narices, pero la mirada suplicante de Emma le ablandó y pensó que tampoco le daría ningún problema dejarla pasar un momento y por un motivo como aquel.

—Sí, sí, claro, pase. Hay un lavabo aquí mismo.

Emma entró en él. Este movimiento le debería dar tiempo para analizar la situación y pensar qué podía hacer. Si el hombre, que suponía que era la pareja de la madre, no sabía realmente dónde estaba Blue, pues no había nada que hacer. Pero si por algún motivo lo ocultaba, tenía que intentar sacarle la información. Debía despertar su interés y ganárselo. Era un hombre de físico agradable, de unos cincuenta años, y estaba seguro de que sus armas de seducción podían ayudar. Otra vez debería hacer de Mata Hari. Se desabrochó un

botón del escote y se dispuso a salir del lavabo pero, cuando abrió la puerta, vio al hombre hablando en voz baja con una mujer de unos treinta años al otro lado del recibidor. Parecía que estaban discutiendo. Emma se quedó espiando. No podía oír nada. Sólo un susurro. Ni siquiera pudo deducir en qué idioma hablaban. Al cabo de unos momentos la mujer salió del piso con el semblante de estar disgustada.

Emma esperó unos segundos más y salió del lavabo. Mark, visiblemente alterado, fue a su encuentro.

—Por favor, tengo que hacer una llamada y en este momento no puedo estar para usted y ya le he dicho que seguro que a ella no le interesa abrir una cuenta en su banco porque trabaja con bancos suizos y...

—No, si ella ya tiene una cuenta con nosotros.

—Ah, ¿ya tiene una cuenta en su banco? Bueno, pues no se preocupe que yo le diré que ha venido.

Mark iba abriendo la puerta con una mano y con la otra iba acompañando a Emma pero ella le driblaba como podía.

—Sí. La abrió hace unos días. Nos pidió que era muy importante que la avisáramos personalmente cuando llegara la transferencia.

—¿Como? ¿La transferencia?

Mark se quedó dubitativo.

—Sí, mire, es que es mucho dinero —insinuó Emma acercándose y hablando en un tono de voz más cálido.

Mark, como quien no hace nada, fue cerrando la puerta.

—¿Mucho dinero? —titubeó él— ¿Cuánto dinero? ¿Cuál es el origen de ese dinero?

Eso no se lo puedo decir porque, como sabrá, es información confidencial entre el cliente y el banco. Pero quiero que entienda que es muy importante hablar con ella. Hasta que no me firme los papeles de hacienda para transferencias extranjeras de más de diez millones, el dinero está en el limbo bancario, y es una lástima, claro.

—¿¡Qué!? ¿¡Diez millones!?! —repitió Mark alzando la voz y dando un bote que un poco más y cae de culo al suelo.

Quizá me he pasado, pensó Emma.

—Más de diez millones —repitió Emma en voz baja.

Mark tragó saliva. Empezó a sudar y a ponerse nervioso.

—¡Pero... no se quede aquí! Pase, pase. Sentémonos en la sala. ¿Quiere un whisky? Yo creo que me tomaré uno. Siéntese, siéntese.

—Ah, bueno, pues yo también tomaré, gracias.

El cerebro de Mark hervía mientras servía los whiskys: ¿de donde podía venir ese dinero? ¿Quizás era algún adelanto por las acciones de la farmacéutica? ¿Quizás había vendido algún descubrimiento que su padre tenía escondido? Lo tenía que averiguar. Esto podía alterar los planes. Tenía que emplear todos sus dotes de seducción para sacarle la información a aquella chica ingenua.

Mark le dio el whisky, se sentó y se quedó mirándola. Después de unos segundos, acercó el vaso al de ella para brindar, en un intento de ganarse su confianza.

—Siempre se debe brindar antes de beber un buen whisky y hoy parece que hay un buen motivo ¡Salud!

—¡Salud! Así, ¿le parece que puede contactar con Meritxell? Tengo miedo de que si pasan demasiados días sin presentar el documento de aceptación de la transferencia, la echen atrás.

—¿Atrás? No, no, esto no puede ser. Deme los papeles, que los firmo en su nombre ahora mismo.

—No, lo siento, no puede ser; deben ser firmados por ella en persona y yo lo tengo que certificar. Usted es su...

—Sí, soy su... —repitió Mark intentando hipnotizarla con la mirada seductora.

—Su... qué?

—Soy su... el marido de su madre, Mark Böhr.

—¡Ah! Ahora recuerdo que me había dicho ella que su padre había fallecido hacía poco. Tanto gusto. Mire, señor...

—Böhr

—Ah, sí. Pues como le decía, señor «Born», para mí es muy importante que la transferencia se concrete, porque yo soy su asesora personal del banco y esta operación me permitiría cubrir las comisiones de todo el año. Así que yo estoy dispuesta a quedarme aquí hasta que llegue ella —confesó Emma.

—¿Aquí? Esto no puede ser, pero... a ver, yo puedo hacer algunas llamadas ¿De dónde ha dicho que venía la transferencia?

No lo he dicho. Eso no se lo puedo decir. Ni tampoco el importe exacto. Es confidencial, seguro que lo entiende.

—Sí, sí, lo entiendo... Carolina, ¿verdad? Pero yo soy de la familia y nadie se enteraría y... quiero que también entienda que si me tengo que poner a hacer llamadas y preguntas, quiero poder confiar en usted. Sólo tiene que dejar la cartera aquí e ir al baño un momento... y seguro que encontraríamos la manera

de agradecerle... sus repentinas ganas de orinar o de defecar.

—Lo siento, señor «Born», acabo de ir al lavabo.

—Mark, llamame Mark.

Emma supuso que él realmente no sabía dónde estaba Blue, así que decidió no perder más el tiempo con aquel avaricioso. Dio otro trago mientras pensaba lo que iba a decir.

—No lo puedo hacer esto, señor Mark. Lo siento. El secreto bancario es sagrado. Ya he hablado demasiado. Pero estoy seguro de que cuando encuentre a Meritxell ella le explicará lo que crea oportuno. Quizás su madre sabe dónde está. ¿Podría hablar con ella?

—No, ella no está. Ha ido a jugar al *bridge* y no volverá hasta la noche, pero ella tampoco sabe dónde está —afirmó en Mark taxativamente.

Aquella respuesta la asustó. Era extraño que una madre no supiera dónde estaba su hija y más aún que él lo pudiera asegurar. Allí había algo raro.

Mark estaba contemplando la posibilidad de decirle que Blue estaba en el piso de arriba, enferma de un virus extraño, y que estaba semiinconsciente. Le podía decir que la había mentido para respetar su intimidad. Pero, y entonces ¿qué? Blue no estaba en condiciones de firmar. ¿Qué era aquello de la aceptación de la transferencia?, se preguntó. Nunca había oído hablar de ello. Claro está que tampoco nunca había recibido una transferencia de diez millones y que, en definitiva, no conocía las normas bancarias del país. ¡Madre mía! ¡Más de diez millones!, exclamó para sí mismo.

Los dos se quedaron en silencio, pensando por donde encauzar sus estrategias. Emma vio entonces un buen momento para abandonar. Ahora recordaba que aún llevaba el móvil conectado. ¿Lo habría escuchado todo, Daniel?

—Bueno, pues, si le parece bien, volveré a venir esta noche, hacia las nueve de la noche, a ver si han podido averiguar algo de ella o si puedo hablar con la madre.

—Oh, pero, ¿no se iba a quedar?

—Sí, pero no quiero molestar. Ya le he dejado mi teléfono. Si viene, le ruego que le diga que me llame.

Mark parecía desconcertado. No la quería dejar marchar, pero ¿qué podía hacer? Finalmente pensó que, si volvía por la noche, quizás entonces ya habría podido averiguar algo, y así también tendría tiempo de hablar con Heinz para recibir instrucciones. «¡Heinz! ¡Mierda!», blasfemó recordando el incidente ocurrido en la habitación de Blue.

—Sí, sí, ya se lo diré cuando la vea. Bueno, pues me sabe mal, haré todo lo que pueda para encontrarla —se ofreció él mientras ambos se levantaban e iban hacia la puerta.

Una vez fuera, Emma resopló fuerte. El whisky y los nervios la habían alterado. Fue hacia el coche y pensó que seguramente la estarían vigilando por la ventana, así que, cuando entró, puso su abrigo encima de Daniel y le pidió que se agachara. Una vez hubieron salido del área visible, empezaron a hablar.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Daniel.

—¿Lo has podido oír?

—Más o menos. Lo he ido siguiendo, pero me he perdido algunas palabras.

—Hay algo raro. Yo creo que sabe más cosas de las que dice. Me gustaría hablar con su madre; estoy seguro de que sería más fácil sacarle información a ella. Por cierto, ¿has visto la mujer que ha salido?

—¿Qué mujer? No, no me he fijado.

Emma le contó la discusión de Mark con la mujer. «Parecía una asistenta», explicó Emma.

23

Lunes, 20 e Octubre de 2014 a las 14:30

Heinz se había quedado medio dormido en frente a su ventana preferida. De hecho, tenía como costumbre hacer una siesta que se podía prolongar hasta bien entrada la tarde. Apoyaba los pies sobre un taburete, se tapaba con una manta y contemplaba el paisaje hasta que se dormía. Al lado, tenía una chimenea siempre encendida. Aquella tarde, la nieve, que caía lentamente encalando el paisaje de tonalidades ocres de otoño, le hizo entrar en un estado de profunda placidez. Todo estaba yendo según el plan. Todo era perfecto. Todo fluía armoniosamente... como la melodía de la ópera *Die Fledermaus* (El Murciélago), de Johann Strauss, que invadía la habitación... hasta que el timbre del teléfono interior le hizo volver a la realidad.

—*Herr* Heinz, tiene una llamada del señor Böhr. Dice que es importante, de lo contrario, no le hubiera interrumpido tan pronto.

—Pásamela... —contestó Heinz, de mala gana.

—*Herr* Heinz, perdone que le moleste pero le debo comunicar un par de cosas importantes.

Mark había pensado recriminarle que le había engañado, que el veneno para Blue no era temporal sino que tendría que vivir con ello toda la vida, y que él también tendría que vivir con el remordimiento de haber sido el brazo ejecutor de aquella operación. Todo esto se lo quería decir, pero primero tenía que darle dos malas noticias, y en ese momento no se atrevía a darle a conocer su enojo (en todo caso lo haría después de cobrar su gratificación). Heinz era una persona peligrosa y si te pasabas al bando contrario podías salir bien escaldado o, directamente, acabar frito como un pollo.

—¿Qué pasa ahora? ¡Dime!

—*Herr* Heinz, Merixell ha vaciado en el lavabo todo el contenido de los botellines del antídoto. Nos hemos quedado sin antídoto, y ya le tocaba una dosis esta mañana a las doce.

—¿Como? ¿Pero como habéis podido dejar los botellines a su alcance? ¿No

hay una enfermera que la vigila las veinticuatro horas?

—*Herr* Heinz, La enfermera... no ha tomado las medidas adecuadas; pensaba que la chica no estaba en condiciones de levantarse por si misma y, menos aún, que haría lo que ha hecho. Debe haber aprovechado el momento en que ha salido a preparar la comida.

—¡Mierda! ¿Sabes que pasará si no le suministramos el antídoto antes de veinticuatro horas?

—Eh... sí, sí, ya me lo ha dicho el doctor... precisamente... que yo...

—¡Calla! Estoy pensando. Haré venir a un hombre lo antes posible. Aquí tenemos unos cuantos botellines de muestra. No cuelgues. Voy a dar las instrucciones.

Mark esperó algunos minutos mientras Heinz daba las instrucciones pertinentes para que un empleado hiciera el viaje relámpago con el antídoto. Al cabo de unos cinco minutos, Heinz reapareció al otro lado de la línea.

—Mark, hay un problema. Los botellines que tenemos pueden estar en mal estado. Son unas muestras que utilizamos hace tiempo. Pueden estar caducadas, y esto significa que su actividad será muy limitada y tendrá mucho menos efecto. Tardaremos dos días como mínimo a preparar más. Hablaré con el doctor a ver si cree que puede esperar. En cualquier caso, un hombre le llevará las botellas esta noche, hacia las nueve estará allí. Suministradle cuatro veces la dosis normal. A ver si podemos ir pasando hasta obtener el antídoto efectivo. Ya hablaré yo con el médico.

—De acuerdo, *Herr* Heinz. Pero aún hay otra cosa.

—¿Más desgracias aún?

—No, no, *Herr* Heinz, se trata de algo bastante curioso.

Mark le contó la visita de Carolina (Emma) y la misteriosa transferencia.

—¿¡Diez millones!?! —saltó Heinz.

—Como mínimo. Ella ha hablado de más de diez millones.

—¿Más de diez millones? No entiendo qué puede estar haciendo esta chica, pero eso no me gusta nada. Seguro que está relacionado con este tal Bezier o como se llame. Mark, esta noche, cuando venga la empleada del banco, quiero que averigües qué sabe. Hazlo como quieras, pero quiero saber de dónde viene esta transferencia y la cantidad exacta, ¿lo entiendes?

—Sí, sí, *Herr* Heinz.

24

Lunes, 20 de Octubre de 2014 a las 20:30

Daniel había ido al Parc de la Ciutadella por si, por casualidad, aparecía Blue, pero nada. Por su parte, Emma había ido la agencia con su colega, Santi, para ver si sabía algo, pero tampoco. Emma no le quiso contar nada del giro que había tomado el asunto; no le quería implicar. Los dos, Daniel y Emma, se encontraron de nuevo en casa de ella.

—Es la hora de volver a casa de Blue, pero me da mala espina. Creo que no averiguaremos nada y, por el contrario, aquel hombre lo quiere saber todo sobre la falsa transferencia. Estaba desesperado y nervioso, y le veo capaz de hacerme daño para sacarme una información que yo nunca le podría dar —advirtió Emma preocupada.

—¿Nunca? ¿Por qué no? Te la puedes inventar, ¿no? Es muy fácil: buscas el nombre de una compañía farmacéutica americana y te inventas una cifra. Ellos estarán distraídos unos días investigando y así podemos ganar tiempo. Si planean asesinarla, quizás antes de hacerlo querrán saber de qué va todo esto de la transferencia.

Emma se quedó mirándole unos instantes mientras sopesaba las implicaciones que ese engaño podía tener.

—Sí, tienes razón. Es buena idea —reconoció finalmente.

—Tienes papeles con el membrete del banco, ¿no?

—Sí, y sobres. Y un sello también.

—Pues va, preparemos un documento de aceptación de la transferencia.

En veinte minutos prepararon un documento que fácilmente podía pasar por auténtico. Algo como una declaración donde la señora Meritxell Elke Egger Muntanya aceptaba e ingresaba en su cuenta veinte millones de dólares que provenían de una cuenta inventado de una compañía americana auténtica, la FarmaMed Corporation. Hicieron tres copias: para el interesado, para hacienda y para el banco.

Una vez todo preparado, se dirigieron a casa de Blue. Hicieron como por la mañana; aparcaron a cierta distancia de la entrada y establecieron una llamada por el móvil, así Daniel podía seguir lo que pasaba.

Cuando Emma llegó a la entrada del edificio, vio a Mark afuera, fumando y visiblemente nervioso.

—Hola, señor Mark.

—Ah, hola.

Emma se extrañó de que la esperara fuera, pero luego le pareció que en realidad no la esperaba a ella.

—¿Hay noticias de Meritxell? ¿Ha llegado su madre?

Sí, hay noticias, y no muy buenas.

—¿Qué ha pasado?

—Meritxell ha vuelto a casa esta tarde. Se encontraba muy mal y ha ido empeorando. La fiebre iba en aumento y ha empezado a vomitar y a delirar. Según el médico, por los síntomas, es probable que se trate de algún virus. Nos dijo que había estado en contacto con alguien que había llegado recientemente de África. Yo estoy aquí esperando que me traigan unas medicinas.

—Oh, pero... ¿es grave? Quiero decir... no es el Ébola, ¿no?

—Esperemos que no. No lo sabemos a ciencia cierta. Si me quiere dejar los papeles, yo haré que los firme tan pronto como pueda. Ahora mismo está a treinta y nueve de fiebre y no está para nada.

—Claro, claro.

Emma pensó que Mark la quería embaucar. Buen intento, pero ahora vería con cual le salía cuando le pidiera que la quería ver.

—¿La puedo ver?

—Lo siento, pero no está permitido entrar en la habitación. Está aislada, en cuarentena. Como puede comprender, hasta que sepamos de qué se trata, debemos tomar las máximas medidas de seguridad.

—Ah, claro ya lo entiendo. Es una lástima. Bueno, pues volveré mañana a ver si ya se sabe lo que tiene y si la puedo visitar. Buenas noches y que se mejore pronto.

Emma se giró para irse. De hecho, pensaba que ya no podía averiguar nada más.

—Espere, espere, déjeme los papeles, yo... ya haré que los firme tan pronto como pueda hacerlo. Con las medicinas que me traerán, seguro que se recuperará. Mire, ahora estoy muy preocupado por su salud y no quisiera que

encima tuviera problemas económicos. La tenemos que ayudar.

Emma se quedó pensando. Mark continuó hablando.

Mire, soy consciente de que le pido algo que quizás no es del todo correcto, pero es lo mejor para ella. Por eso quiero ofrecerle una compensación.

Mark le tendió un sobre con unos billetes. Emma miró el sobre unos segundos. Aquel hombre no le caía nada bien y quizás se podía aprovechar quedándose el dinero para compartirlo luego con Daniel. Por unos instantes se sintió tentada, pero finalmente entendió que su ética profesional le impedía hacerlo. Después de todo, tal y como había ido todo, que se quedara el dinero, no haría aún más creíble el engaño.

—No, no es necesario. Dadas las circunstancias, deberé confiar en usted. Mire, pondré las tres copias en un sobre cerrado. Por favor, dáselo a ella en cuanto pueda.

—Sí, sí, por supuesto, puede confiar en mí —mintió Mark aliviado y guardándose el sobre con el dinero y también el otro con los documentos—. Muchas gracias. Enseguida que los tengamos firmados me pondré en contacto con usted para que puedan tramitar la transferencia.

Emma tenía muy claro que a Mark le faltaría tiempo para abrir el sobre pero ya era eso lo que quería; tal como había dicho Daniel: que estuvieran distraídos.

Se despidieron y, cuando Emma había dado unos pasos, vio el coche de uno de sus *fickers*. Disimuladamente le hizo una señal conforme todo iba bien y se fue a buscar su coche que estaba un poco más lejos.

—Podías haber cogido el dinero —le sugirió Daniel cuando Emma entró en el coche.

Emma le hizo una mueca encogiendo la nariz como respuesta.

—¿Lo has oído? ¿Te tragas, tú, eso de la enfermedad?

—No lo sé. Lo que sí creo es que ella está allí dentro. Tengo el presentimiento. Es más, creo que ella ya estaba este mediodía, cuando has entrado.

—Quizá sí, pero, si es así, no entiendo su cambio de actitud.

—Yo tampoco. Quizás el engaño de la transferencia les ha hecho cambiar de estrategia. Sí, debe ser eso: quieren saber de dónde viene el dinero y por eso ahora te ha dicho que ella estaba dentro. Tendremos que estar alerta y vigilar la casa.

—Tenemos un hombre que la vigila. Aquel coche es de uno de nuestros observadores.

—¿Puedes comunicarte con él y decirle que te informe de cualquier cosa? Así nosotros podemos ir a dormir.

—Sí, ahora le llamo y se lo digo.

25

Martes, 21 de Octubre de 2014 a las 10:10

Heinz acababa de desayunar y estaba enfrente de su ventanal pensando en lo que le había dicho anoche Mark referente a la transferencia de veinte millones de una compañía americana. La imagen de un barco de vela navegando lentamente por las frías aguas del lago contrastaba con el vals que sonaba en la estancia: el *Kaiser Walzer* de Johann Strauss.

Una llamada de Franz interrumpió la audición.

—*Herr* Heinz, tenemos más información del sujeto.

—Adelante.

—Viajó solo desde Barcelona a Macenta, en Guinea, pasando por Dakar. Allí alquiló un jeep, cruzó la frontera con Liberia y fue a un centro de atención de infectados de Ébola de la región de Gbarpolu. Allí pasó unas tres semanas. Es extraño que pudiera pasar porque la frontera estaba cerrada. Hemos podido hablar por teléfono con un alemán que trabaja en este centro y nos ha dicho que no saben por qué vino, que era un hombre enigmático, pero que les ayudó mucho durante los pocos días que estuvo allí. Incluso diseñó unos protocolos de seguridad nuevos. Pero un día, tal como había llegado, desapareció sin decir nada. Después volvió al aeropuerto de Macenta, dejó el jeep y tomó un vuelo a Mali, en Bamako Bamako. Estuvo dos días, pero no sabemos qué hizo. Sospechamos que quizás fue a la sede de unos laboratorios americanos que están realizando una investigación sobre la vacuna del Ébola. Estamos intentando contactar con alguien de allí, pero no es fácil, porque son muy herméticos.

Heinz se quedó pensativo.

—¿*Herr* Heinz?

—Buen trabajo Franz. Que curioso, unos laboratorios americanos. Para mí que fue a probar alguna vacuna. Sabes si llevaba algún equipaje especial.

—Mmm... pues no, *Herr* Heinz, no me consta. Pero, de todas formas, lo preguntaré al investigador local.

—No, no es necesario. Si llevaba muestras, lo más probable es que las llevara

escondidas entre la ropa, para no despertar sospechas. Este hombre está resultando ser el mar de interesante... ¿En fin, hay algo más, Franz?

—Sí, otra cosa; el día nueve de octubre viajó a Madrid. Volvió el día diez por la noche con el tren.

—Bueno, y ¿qué hizo allí?

—De momento no lo sabemos, *Herr Heinz*. Lo extraño es que coincide con un caso de Ébola. Una enfermera se contagió y, a partir del día diez, empezó a mejorar.

—Mmm... interesante —murmuró Heinz—, muy interesante. Continúe trabajando. Contacte con alguien de Madrid que lo investigue. ¿Algo más?

—No, *Herr Heinz*, de momento nada más.

—Muy bien. Seguid con el tema.

—Sí, *Herr Heinz*.

Heinz se quedó reflexionando. Parecía que las piezas del puzzle empezaban a encajar. Una vacuna contra el Ébola, unos laboratorios americanos que pagan veinte millones, algo debe haber entre este tal Bezier y Meritxell. Algo gordo se estaba cociendo y él no quería quedarse al margen.

26

Martes, 21 de Octubre de 2014 a las 11:00

Emma llegó a la agencia. Santi estaba tomando un café y leyendo las noticias en la tablet.

—Hola, Santi.

—Hola, Emma. Ostras, ¡que miserables! —masculló Santi sin apartar la vista de la tablet.

—¿Qué ha pasado?

—Fíjate: le roban la silla de ruedas a un parapléjico y lo dejan tirado en plena calle. No sé dónde vamos a llegar...

—¡Sí que son miserables! ¡Y hijos de puta, también! ¿Como va por aquí? ¿Algo de nuevo?

—Por aquí nada, pero tú sí que has tenido bastante actividad, ¿no?

—¿Yo? Hice la visita, pero no le saqué nada que valiera la pena. De hecho me confesó que estaba en el paro.

—¿En el paro? Bueno, es evidente que no trabaja. Se pasa el día paseando y yendo al parque a tomar el café. Una vida muy intensa... —ironizó— El otro día estuvo a punto de quemarse el labio con un café demasiado caliente.

—Sí. De hecho, si James Bond tuviera una vida tan intensa y peligrosa, pediría la baja por estrés —observó ella siguiendo la broma—. En fin, no creo que saquemos nada interesante. Este hombre es más aburrido que ver crecer un pino.

De repente sonó el móvil de Emma; era Mark.

—Hola, señorita Carolina. Ya tengo los documentos firmados. Esta mañana, Meritxell se ha levantado mejor y le he explicado lo de los documentos y su urgencia y me ha dicho que ya sabía de qué iba el tema y los ha firmado sin ningún problema.

—¿Ah, sí? Que bien, me alegro de que ya esté mejor. Pues, si le parece bien, los paso a buscar enseguida y así podré verla, ¿verdad?

—Eh... bueno, si lo permite el doctor, sí, claro. Pero yo creo que no será

necesario que la molestemos.

—De acuerdo, pues ahora vengo. Así podré tramitar la transferencia hoy mismo.

Emma se quedó pensando. Mark le había dicho que Blue ya sabía de qué iba aquella transferencia, por lo tanto, era evidente que Mark la engañaba. Llamó a Daniel y se lo explicó. Decidieron continuar con la comedia e ir a buscar los papeles firmados. Quizás allí, Emma, podría averiguar algo más, pero... como era de esperar, por más que lo intentó, fue imposible ver a Blue ni tampoco hablar con su madre. La excusa de la cuarentena parecía inapelable. ¡Si al menos hubiera podido confirmar que ella estaba allí y que estaba bien!

Martes, 21 de Octubre de 2014 a las 15:00

El timbre de la puerta sonó y Marta pensó que debía de ser el doctor. Ya le había adelantado por teléfono que no era grave, que no sufriera, pero que igualmente vendría para decírselo en persona.

—Muchas gracias por venir, doctor. Así pues, ¿qué tiene mi niña? — preguntó Marta angustiada tan pronto como abrió la puerta.

—Buenos día, señora. No sufra, tal como le he dicho, su hija tiene una infección causada por un virus. Le tenemos que suministrar un medicamento cada doce horas. Es muy importante no saltarse ninguna dosis o podría recaer.

Empezaremos el tratamiento inmediatamente y yo creo que en un par de días debería notar una mejora. Es importante que estos primeros días esté bien aislada, ya que la enfermedad es muy contagiosa, y que guarde reposo absoluto. Nada de móvil, televisión, ni nada de nada. Le daremos unos sedantes durante estos primeros días para que no lo pase mal. La puede ver, pero no se acerque demasiado, por favor, y sin tocarla. Y siempre con una mascarilla puesta.

—¿Así que se trata de un virus? ¡Que extraño! No sé quién la puede haber contagiado.

—Es difícil de saber. Quizá alguna amistad. Ya sabe cómo son los jóvenes de hoy en día; no tienen muchos problemas a la hora de darse besos con cualquiera.

—Pero ella no tiene ninguna relación con nadie, que yo sepa... aunque, ahora que lo pienso, el otro día la oí hablar por teléfono con alguien.

—Bueno, si me lo permite, iré a hablar con la enfermera para darle instrucciones. Cuanto antes empecemos el tratamiento, mejor.

—Sí, sí, por favor usted mismo; está en su casa.

En Diciembre de 2013 se había declarado una epidemia de Ébola que se había iniciado en algunos países del centro-oeste de África. Hubo casos aislados en Estados Unidos y en Gran Bretaña. En España, en ese momento, había dos casos. Todo ello estaba teniendo una gran repercusión mediática y había causado

una psicosis general por todo lo que venía de África.

Miércoles, 22 de Octubre de 2014 a las 22:00

—Te pondrás bien hija, te pondrás bien.

La voz inconfundible de su madre a través de la mascarilla resonaba en el cerebro de Blue acaparando toda su atención como la tenue luz de una cerilla que ilumina en la oscuridad. El anti-viral había perdido gran parte de su eficacia pero, suministrado en dosis altas, había hecho algún efecto y ella ahora tenía momentos de mayor lucidez. Abrió lentamente los ojos y vio a su madre con una mascarilla en la cara, sentada a unos dos metros. Lloraba y repetía: «Te pondrás bien hija, te pondrás bien...».

La imagen no le pareció muy alentadora. Se sentía desorientada, ausente. «¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Estoy en casa?», pensó. «Debo tener algo infeccioso. Tengo fiebre». Recordó cuando había empezado a sentirse mal.

La madre, al ver que ella abría los ojos, le preguntó:

—¿Como estás, hija? ¿Cómo te encuentras?

—Mamá, no lo sé. ¿Qué tengo?

—Hija, has cogido un virus. Pero no te preocupes, ya te están tratando y dentro de un par de días estarás bien. ¿Lo ves? Ahora ya tienes mejor aspecto —mintió la madre—. ¿Sabes como has podido coger este virus? ¿Has tenido relación con alguien, últimamente?

Tantas preguntas del agobiaban. «¿Un virus? ¿Qué dice? ¿Estoy soñando?». Imágenes vividas se mezclaban sin sentido a su mente. De repente le vino a la cabeza la imagen de ella misma vaciando los frascos de medicina por el inodoro. Una mujer le ponía inyecciones. Ella creía que eran de veneno y por eso las había tirado. Pero ya no está.

—Mamá...

—Dime hija, ¿cómo estás?

—Mamá, no quiero inyecciones —balbuceó Blue con dificultad.

En ese preciso instante apareció la enfermera. Se quedó justo en la puerta esperando que la madre saliera. También llevaba máscara. Marta se levantó y se

acercó un poco más a Blue.

—Te tienen que poner una inyección para curarte, hija mía. Es muy importante no saltarse ninguna dosis o el virus puede coger más fuerza. Yo estoy aquí, contigo.

—Mamá.

—Descansa, hija mía. Todo irá bien.

—Mamá, me quieren matar. Como aquella película de Hitchcock. Son una banda de asesinos. Me están envenenando poco a poco. Mama, por favor... — imploraba Blue con una voz debilitada.

—Tranquila, hija mía, tranquila. Todo irá bien. Yo estoy aquí contigo.

Blue se quedó dormida y la madre salió del dormitorio para que la enfermera le pudiera suministrar el anti-viral caducado. Cuatro dosis. También le inyectó un calmante. Blue no pudo ofrecer resistencia. Su cuerpo no reaccionaba, pero su mente luchaba para ordenar los recuerdos y separarlos de los sueños y de los delirios causados por la fiebre. Intentaba hacer encajar la realidad, como quien compone un puzle. Pero todo se mezclaba: la cara de Daniel, el Parc de la Ciutadella, Heinz —siempre omnipresente en sus pesadillas como un espíritu maligno—, su madre, llorando, con la mascarilla puesta, la última conversación con Daniel... «Ayúdame a llegar al notario», le pidió. «Estoy en peligro. El móvil. ¿Dónde lo tengo? Tengo que llamar. Tengo que salir. Han puesto una cerradura en la puerta. Antes lo he visto, cuando ha entrado la enfermera. Estoy prisionera. Me tengo que levantar, tengo que ir al baño».

Mareada, tras unos minutos, se levantó de la cama y, apoyándose en las paredes, llegó al baño y se sentó en el inodoro. La cabeza le daba vueltas. «Tengo que avisar a Daniel», pensó. «La caja de maquillaje que me regaló mi tía; a ver si llego. Ya la tengo. Cojo un pintalabios. Es lila. Me miro en el espejo de la caja. ¿Esta soy yo? No me reconozco. No, mejor uno rojo. Me gusta más rojo, es más sexy. Están por estrenar. Nunca me he pintado los labios. Bueno, sí; cuando era pequeña, para jugar. Pero eso no cuenta. También me ponía los zapatos de tacón alto de mamá. ¿Le gustaría a Daniel verme con los labios pintados? ¿Qué hago, ahora, con el pintalabios? ¿Para qué lo quería? ¿Me pinto? ¿Qué quería hacer con él? Ah, sí, tengo que avisar a Daniel para que me saque de aquí. ¿Dónde tengo el móvil? Pero estoy enferma, ¡soy una infecciosa! No me querrá. Qué dolor de cabeza. Me hierva la frente. Por fin me sale el pis; me ha costado. ¡Y qué escozor! Debo tener una infección de orina. ¿Como se llamaba esto? Joder, ¡qué me importa como se llama la infección de orina! ¡Tengo que

pensar cosas útiles! Me están envenenando y no puedo perder el tiempo con tonterías. Ya tengo el pintalabios y ya he meado, y ahora ¿qué hago con esto? Quizás que aproveche para pintarme las uñas. Pero ¿qué digo? No me puedo pintar las uñas con el pintalabios. ¿Qué tenía que hacer? Ya no lo recuerdo. Ah, sí, le tengo que enviar un mensaje a Daniel. Un mensaje. ¿Y como lo hago?».

Vio la toalla de manos. La cogió y escribió bien grande: «1714» por los dos lados. Después se levantó y abrió la ventana. El aire fresco la reavivó un poco. Cerró pinzando la toalla con la ventana y dejándola por fuera. Después se volvió a la cama. «¡Cistitis! ¡Se llamaba cistitis! Sí, sabía que lo sabía. ¡Putita cistitis de los cojones! ¿Y ahora qué? ¿Qué ha dicho mi madre de un virus? ¿No será un virus de África? ¡Qué mareo! No he estado nunca en África yo... bueno, sí, estuve en Egipto, pero hace muchos años... qué calor pasé... ¿que he hecho del pintalabios? ¿Ya me he pintado los labios?».

Jueves, 23 de Octubre de 2014 a las 05:45

Emma estaba en casa durmiendo cuando sonó la melodía de una llamada de su móvil. Su gatita Maui, que dormía a sus pies, también se despertó al oír la música y huyó de la habitación emitiendo un marra-miau. Emma contestó medio dormida. Era unos de sus fickers.

—Hola, Emma. Siento molestarte tan pronto pero ocurre algo extraño. Quizás no significa nada pero prefiero comentártelo.

—No pasa nada. Dime.

—No me había fijado hasta ahora y no sé desde cuándo está pero, esta mañana, cuando he levantado la vista es lo primero que he visto.

Di, ¿qué has visto?

—En la cuarta planta, cuelga una toalla de una ventana de las pequeñas.

Emma se quedó pensativa.

—¿Y? Quizás la han puesto a tender.

—No lo creo. Hay unos números escritos: «1714». Pero lo que más me sorprende es que están mal escritos: escritos a mano. Te envió la foto por el Whatsapp.

— ¿«1714»? Sí, envíame la foto, por favor. Has hecho muy bien en llamarme. Creo que puede ser una señal. Estate alerta y, si detectas cualquier movimiento, llámame enseguida. Sobre todo, no digas nada a Santi. Si te llama le dices que ya me has pasado el informe mí.

—Ah, ¿no? Bueno, de acuerdo, como quieras.

Emma fue al baño a lavarse la cara. Cuando volvió vio la foto. Hizo zum y, efectivamente, ponía «1714». Fue a despertar a Daniel, que dormía en el sofá, y al ver la foto, sonrió y aseguró:

—Es ella.

—¿Como lo sabes?

—Lo sé. No podemos perder ni un segundo. Hay que ponerse en marcha. Vuelve a la cama, a dormir un poco más. Yo haré lo mismo.

—¿Al cama? ¿Y eso es ponernos en marcha?

—Sí. Tenemos que pensar como la sacamos de allí, y en la cama es donde se piensa mejor. Además, tengo sueño.

Jueves, 23 de Octubre de 2014 a las 10:30

Daniel llevaba desde las seis despierto, pensando en cómo rescatar a Blue y buscando y cotejando ideas por Internet. Emma se levantó y lo vio allí concentrado frente al portátil.

—Buenos días. ¿No has dormido más?

—No mucho. He estado pensando en la operación de rescate y creo que ya lo tengo.

—¿Sí? ¿Ya sabes cómo lo haremos?

—No, no, pero ya tengo lo más importante: el nombre de la operación. La llamaremos operación «Save the Blue».

—¿Qué? Muy original. ¿Y para eso te has pasado tantas horas despierto? No me lo puedo creer. No se te ha ocurrido nada, ¿verdad?

—Ha!, ha!, ha! Sí, ya lo tengo todo atado. Sólo falta concretar algún pequeño detalle. Venga, iremos de compras. Ya lo tengo todo pensado —afirmó Daniel cerrando el ordenador portátil.

—¡Mira que bien! Ya era hora que te marcaras un detalle. Me gusta ir de compras. Pero te advierto que soy muy exigente con la ropa, ¿eh?

Daniel, sonriendo, recogió un papel de la impresora y ambos salieron a la calle.

Anduvieron varias calles del Eixample buscando una dirección.

—A ver, esta es Provenza, a ver... hasta el 235, aún falta.

—¿Pero donde vamos?

—Estoy buscando un comercio de ultramarinos especializado en artículos multi-disciplinarios de alta tecnología y versatilidad práctica y de obsolescencia imprevista. Será por aquí...

—Ah, ¿quieres decir unos «chinos»?

—¡Exacto!

Emma caminaba detrás de Daniel, que iba haciendo carrerillas y paradas buscando la numeración de los edificios (qué mal puestos están los números de

las calles). De repente se detuvo en seco. Miró hacia la otra acera, se puso a correr en esa dirección. Cruzó la calle casi sin mirar.

—¿Pero dónde vas? ¡Espérame, Daniel!

Emma le siguió como pudo. Daniel se fue abriendo paso entre varios peatones hasta llegar ante una mujer. Se detuvo cerrándole el paso. La mujer se detuvo también. Tenía la vista fijada mirando hacia delante. Una mirada vacía, como la de un zombi. Emma llegó y se quedó al lado de ambos, observando la extraña situación.

Por unos segundos que a Emma le parecieron muy largos, Daniel miró a la mujer, que no pareció inmutarse. Por la calle iba pasando gente que los observaba de reojo. Entonces Daniel se acercó aún más y la abrazó. Fue un abrazo largo y cálido. Emma, contempló como la mirada vacía e inexpresiva de aquella mujer, se iluminaba y se empapaba de lágrimas. Pasaron unos cuantos segundos, quizás algún minuto. Emma, sin entender nada, se emocionó y le vinieron ganas de llorar también.

Después se separaron y aquella mujer, con la mirada, le agradeció el gesto. Daniel se alejó de ella sonriendo. A continuación, cogió a Emma de la mano y le dijo:

—¡Vamos!

—Pero... qué... ¿qué ha pasado? —le preguntó Emma, aún con un nudo en la garganta.

Daniel no contestó. Volvieron a cruzar la calle y allí mismo encontraron la tienda que buscaban.

—¡Daniel! ¿Qué ha pasado? —insistió Emma cabreada porque él la ignoraba. Daniel se paró justo frente a la tienda, se volvió hacia ella y le explicó:

—Aquella mujer necesitaba ayuda, y yo se la he dado.

—Pero... pero tú... ¿cómo lo sabías?

Daniel, entró en la tienda sin dar opción a más explicaciones. Allí había un dependiente de origen chino, de esos que no hablan muy bien el castellano y mucho menos el catalán.

—Buenos días. Estamos buscando un aparato tele-dirigido con cuatro hélices que se pueda controlar a través de un móvil Android. Es decir, un drone —dijo haciendo rodar una mano con un dedo levantado como si fuera una hélice en movimiento.

—*Dlon, chi, chi...*

—Sí, un drone de esos.

Pasaron unos segundos y al ver que el hombre no se movía, Daniel insistió.

—¿Tiene alguno?

—*Chi, chi, chi...*

El hombre finalmente entendió que lo tenía que ir a buscar. Desapareció entre las estanterías repletas y, al cabo de unos minutos, volvió con una caja de la cual, en la parte exterior, se veía el dibujo del contenido. Daniel y Emma se miraron mientras el hombre iba sacando parsimoniosamente el objeto para enseñárselo.

—Alta tecnología —murmuró Emma lacónicamente.

—Sí. Hacía tiempo que no veía uno de estos.

—Sí, yo tampoco; un pasa-purés, lo llamábamos.

El hombre empezó a hacer girar la manivela mientras los miraba sonriendo.

—Sí, un pasa-purés. Muy bonito, por cierto. Espera, conozco cuatro palabras en chino, a ver si nos aclaramos y ganamos tiempo.

—Sí, mejor porque del pasa-purés al drone hay muchos años de evolución tecnológica, y no sé yo si disponemos de tanto tiempo.

Daniel le explicó lo que buscaba en una lengua extraña que a Emma le sonó, precisamente, a chino. El hombre enseguida lo entendió y trajo una caja con un drone. Le explicó que tenía una batería con autonomía de una hora, y que podía ser controlado por wifi y por un teléfono Android. Las cuatro hélices iban protegidas por los lados con porexpan.

—¡Caramba! ¡Sí que dan de sí, estas cuatro palabras en chino! Quizás que me las enseñes algún día...

—Sí, es que son palabras muy versátiles; sirven para todo.

—Ya lo veo, ya...

Daniel le pidió un montón de cosas más: dos punteros de láser, dos camas hinchables con dos bombas de aire eléctricas a batería, cables alargadores eléctricos, dos linternas, pilas, chinchetas, maletas con ruedas, etc...

—¿Como nos lo llevaremos todo esto? —preguntó Emma al ver que el pedido ocupaba un peso y volumen considerable.

—Ya le he pedido que nos lo traigan. Lo tendremos en casa en una hora. Es que me sabía mal hacerte cargar con todo.

—¡Ah! Gracias, qué detalle. Por cierto, ¿donde aprendiste a hablar chino?

—¿Chino? No tengo ni idea, de chino mandarín. Menos mal que este buen hombre hablaba cantonés.

—¡Ah, cantonés! Así por supuesto, queda todo explicado...

Emma pensó que el hombre misterioso quizá sí que tenía algún misterio. O, bien mirado, tal vez unos cuantos. O muchos.

—Emma, tenemos que preparar todo este material. Primero, mientras

cargamos las baterías en tu casa, yo me leeré los manuales y configuraré el móvil. Después tendríamos que ir a un descampado donde podamos aprender a hacer volar el dron y probar a hinchar los colchones. Lo tenemos que aprender a hacer con los ojos cerrados. Y tenemos que cronometrar cuánto tardamos. Si te parece bien, yo me ocupo del dron y tu de los colchones. ¿Conoces algún lugar donde podamos hacer las pruebas?

—Podemos ir a alguna playa cerca de Barcelona; ahora están vacías. Por ejemplo, la de Castelldefels; conozco un lugar discreto donde podemos llegar en coche hasta la arena.

—¡Fantástico! Vamos a casa que enseguida nos traerán el material.

Al cabo de dos horas, Daniel y Emma estaban en un rincón desierto de una playa de Castelldefels. Daniel estuvo probando el dron; era muy estable y no hacía mucho ruido. El aparato era capaz de volver automáticamente de donde había salido. Clavó algunas chinchetas en las protecciones laterales, con la idea de que esto sería suficiente para hacer ruido al golpear los cristales de la ventana.

Emma enseguida aprendió a manejar las bombas de aire y comprobó que cada colchón tardaba unos dos minutos a hincharse. Lo que costó más fue vaciarlos de aire y plegarlos de nuevo pero esto, de hecho, no era muy importante, ya que pensaban dejarlos allí mismo una vez realizada su función. Para llevarlos cómodamente habían comprado también dos maletas grandes con ruedas.

Ya lo tenían todo listo y, como les sobraba un poco de tiempo, fueron a comer algo a un bar cercano a la playa.

Emma quería saber más cosas de Daniel, pero era evidente que él no estaba muy predispuesto a hablar. Así que, mientras comían, empezó a hablar de sí misma, con la esperanza de que, por mimetismo, él también lo haría.

—Estudié derecho. Mi padre quería que fuera médico, pero...

—Estoy repasando mentalmente todo el plan. Lo haremos esta noche hacia las dos y media. Hay varios factores de riesgo e incertidumbre. Uno es que Blue no se despierte o no oiga los golpes al cristal o que no se pueda levantar. Otro, que no se atreva a saltar. Otro, que nos vea alguien y avise a la policía. Debemos escribir la nota que le enviaremos. Debe ser concisa y clara. Por ejemplo: «Envuélvete con el nórdico y salta donde los punteros de láser se crucen». Creo que esto es bastante claro, ¿no?

—Sí, sí, clarísimo. Es decir, que si estoy durmiendo tranquilamente en mi habitación y me llama un mini ovni a la ventana con un mensaje colgando de una pinza donde dice que me tire de un cuarto piso cuando vea unas lucecitas fluctuantes, es que me echo de cabeza sin pensarlo...

Daniel la miró con cara de circunstancias.

—Dicho así... Pero ella confiará en mí. Tiene que confiar en mí.

—¿Crees que los colchones amortiguarán la caída? Quizás cae mal y se rompe algún hueso. Cuatro pisos son unos doce metros.

—Espero que sea suficiente. En la nota indicaré que salte de culo y que se agarre las piernas con las manos.

Daniel estaba preocupado; si Blue sufría alguna lesión, sería un contratiempo muy importante.

—Tienes razón —admitió finalmente—. No nos la podemos jugar; tenemos que hacer algo más. El problema es que si los colchones están demasiado hinchados, el golpe será muy fuerte y rebotará. Y si lo están poco, no amortiguarán bien la caída.

—Si pudiéramos poner una red como hacen los trapeceistas... —apuntó Emma.

Los dos se iban comiendo una pizza con desgana mientras pensaban y comentaban otras opciones.

—Deberíamos usar los colchones como un *airbag*, que se deshinche según el cuerpo impacte —reflexionó Daniel.

—Quizá podemos abrir la válvula en el momento de la caída.

—Mmm... no. Creo que el aire no saldría suficientemente deprisa como para crear el efecto de *airbag*. Y por otro lado, deberíamos sincronizarlo todo a la milésima de segundo. Y liberar la válvula no es instantáneo, se tiene que desenroscar. Lo veo inviable. Tiene que ser algo más automático.

Pasaron unos minutos de intensa lluvia de ideas, hasta que finalmente Daniel propuso una que podía funcionar.

—Ya lo sé: ¡huevos!

—¿Huevos? ¿Hay que ponerle huevos?

—Sí, huevos.

—¿Llenamos los colchones de huevos?

—No.

—¿Hacemos un huevo frito o una tortilla gigante?

—No exactamente. Compramos cajas de cartón de una docena huevos. Juntamos unas cuantas para construir una plataforma que cubra el colchón con dos pisos y en la parte de abajo, debajo de cada huevo, clavamos chinchetas de tal manera que, al recibir el impacto, éstas, presionadas por los huevos, reventarán el colchón haciendo que el aire que salga a presión amortigüe el golpe. Lo he bautizado como «Efecto turbo jet bag». Entre los huevos, las cajas de cartón, el aire a presión y los dos colchones, creo que será suficiente para

amortiguar el impacto.

—Eso hará bastante ruido —observó Emma después de imaginarse la idea.

—Sí, pero una vez ella caiga, yo la recogeré en brazos y, en un momento, la metemos en el coche y nos vamos a la Escala.

—Si la coges en brazos no tenemos que sufrir por ella, ¿verdad? Porque, claro, tus abrazos son mágicos, ¿no? —dejó caer ella irónicamente para ver si le sacaba algo más del extraño abrazo del que había sido testigo.

—Tenemos que tener el coche a punto y el depósito lleno — sugirió él pasando del comentario de Emma.

—Quizá que ensucie un poco la matrícula —se ofreció Emma resignada— por si alguien nos ve salir corriendo.

—Sí, es buena idea. Va, vayamos a comprar huevos, chinchetas de punta larga, cinta americana, y unos cartones para dar más consistencia a la plataforma huevera.

—Eso sí es alta tecnología...

Los colchones median unos tres metros cuadrados de superficie y unos cincuenta centímetros de alto. Montaron cuatro plataformas de dos pisos de huevos, con las chinchetas en la parte inferior, una debajo de cada huevo, en total unas cuatrocientas. Daniel calculaba que el impacto haría que al menos unas cien chinchetas agujerearían simultáneamente el colchón. Esto debería ser suficiente para lograr el «Efecto turbo jet bag» deseado.

Pasaron el resto del día fabricando las plataformas y preparándolo todo y, cuando hubieron terminado, decidieron ir a cenar a un restaurante al lado de casa de Emma; esa noche sería dura y tenían que coger fuerzas.

De vuelta, iban paseando por la calle cuando, de repente, Daniel se detuvo, cogió a Emma por el brazo, se acercó y... Emma pensó que la iba a besar y se puso tensa; estuvo a punto de apartarse, pero... Daniel la abrazó. Ella se sorprendió y primero se mantuvo inmóvil, pero tímidamente fue correspondiendo al abrazo. La voz de él susurrándole alguna cosa al oído la tranquilizó.

—Déjate llevar.

Ella no se sentía cómoda del todo. Intentó relajarse, pero temía que la fuera a hipnotizar o algo así. A medida que iban pasando los segundos, sus cuerpos se fueron amoldando el uno al otro. Se iba sintiendo mejor. Sentía el calor del cuerpo de él y entonces se dio cuenta de que las respiraciones de ambos se habían acompasado. Cerró los ojos e intentó dejar la mente en blanco. Sólo sentir. En su interior notó como sus corazones latían sincronizados. Sólo sentía

una paz y una sensación muy placentera. Perdió la noción del tiempo, del espacio y de su propio cuerpo.

Cuando finalmente Daniel se separó, ella no sabía cuánto tiempo había pasado. Abrió los ojos y sus miradas se cruzaron. Sentía una euforia muy intensa que nunca antes había experimentado. Tenía ganas de llorar de felicidad.

—¿Lo entiendes, ahora? —le preguntó Daniel.

—Sí.

—Los abrazos tienen un poder enorme. Son capaces de equilibrar y curar el cuerpo, la mente, las emociones y el alma, y muy poca gente lo sabe.

Jueves, 23 de Octubre de 2014 a las 16:20

La música de *La Flauta Mágica* de Mozart llenaba el espacio del despacho de Heinz. Él siempre intentaba estar especialmente atento cuando llegaba el aria *Der Hölle Rache kocht in meinem Herzen* (La venganza del infierno hierve en mi corazón) pero en el momento más sublime, sonó el teléfono. Era Franz.

—*Herr* Heinz, hemos podido convencer a un empleado del centro de investigación de Mali que nos hablara del sujeto. No sabe gran cosa pero nos confirma que fue allí y que tuvo un par de entrevistas con el jefe del laboratorio. Casualmente, después de la visita, los ensayos con vacunas empezaron a tener éxito.

—¿Éxito? —repitió Heinz. Oír esa palabra y que no fuera ligada a su propia persona le ponía nervioso.

—Sí, sí. Los investigadores estaban eufóricos. No lo pudieron disimular e incluso celebraron una fiesta.

Heinz estaba trastornado. ¿Qué pretendía aquel hombre con Blue? Si les había facilitado la vacuna, seguro que habría cobrado una millonada de dinero. No entendía nada pero, cuanto más sabía de él, más le intrigaba.

—Muy interesante, eso que me dices, Franz; has hecho un buen trabajo. Trata de averiguar más.

—*Herr* Heinz, pero eso no es lo más extraño. Hay otra cosa aún más curiosa.

Heinz se puso tenso y empezó a temblar. ¿Qué podía haber más extraño que aquello?

—¡Dispara!

—Hemos podido hablar con un compañero de trabajo de los laboratorios FES-Labs. Al enseñarle la foto, creía que era de hacía unos veinticinco años.

Heinz contuvo la respiración. No estaba para tantos sobresaltos, su corazón no aguantaría muchos años más. Franz continuó.

—Pensamos que, probablemente, el sujeto es el hijo del que trabajó en FES-Labs hace unos veinticinco años.

Heinz respiró aliviado.

—Sí, tiene lógica.

—Pero hay una cosa que no encaja, *Herr* Heinz.

Heinz se puso tenso de nuevo.

—¿Qué es lo que no encaja? Va, ¡habla de una vez!

—Que Karl Bezier no tuvo ningún hijo.

Viernes, 24 de Octubre de 2014 a la 01:30

Emma y Daniel esperaban en el coche a que todo estuviera en calma. Ya casi no se veían ventanas iluminadas en las casas y pasaban pocos coches por la calle. Habían estado repasando exactamente qué haría cada uno de ellos. Todo se debía hacer con la precisión de un reloj.

—¡Ahora! —exclamó Daniel.

Los dos bajaron del coche y descargaron la caja donde llevaban el dron. Entraron en la zona ajardinada que pertenecía al edificio donde se encontraba Blue. Bajo la ventana, iluminados por una pequeña linterna, empezaron a desplegar el material de la fase uno, que tenía como objetivo conseguir que Blue leyera la nota que enviarían con el dron. Enseguida, el engendro empezó a volar. Daniel se apartó de la pared para tener mejor perspectiva y poder afinar mejor. En un momento el aparato volador se situó ante la ventana y con sus protecciones laterales recubiertas de chinchetas metálicas, rebotaba contra los cristales haciendo un ruidito, que debería ser suficiente para despertar a Blue. Esta era la fase más dudosa; si Blue no se despertaba, el plan no seguiría adelante.

Los dos miraban hacia arriba. De vez en cuando pasaba algún coche por la calle, pero era muy difícil que los vieran. Emma vigilaba en la esquina por si venía alguien, o por si veía encenderse alguna luz.

El dron golpeaba el vidrio una vez y otra, como si quisiera atravesarlo. El tiempo pasaba y Blue no aparecía. Daniel empezó a pensar que tal vez debería haber puesto algo que hiciera más ruido. Ya llevaba así unos cinco minutos y nada. Quizás Blue estaba sedada y, por más ruido que hicieran, no se despertaría. A Daniel ya le dolía el cuello de tanto mirar hacia arriba. Empezaba a estar desesperado. Gobernar la nave con el teclado del móvil era complicado y cada vez le costaba más hacer la maniobra de ir marcha atrás, para tomar impulso y golpear los cristales, evitando que el aparato se desequilibrase mucho. De vez en cuando miraba a Emma; su mente inquieta ya estaba buscando alguna alternativa

más rústica como tirar una piedra con un tirador o estrellar el dron contra el vidrio o... pero, de repente, le pareció ver movimiento en la ventana; una silueta abría los batientes. Sólo podía ser ella. Acercó el trasto un poco más. Blue debió ver que debajo del autogiro colgaba un cordelito con una pinza y un papel enrollado en un boli-linterna. Emma miraba arriba, también. Los corazones de ambos latían con fuerza. Entonces vieron unas manos que cogían el papel y desaparecían. Daniel mantuvo el bicho volador estable ante la ventana mientras Emma iba al coche a buscar las dos maletas con los colchones y el resto del material.

Mientras tanto, dentro, Blue se encontraba en un estado cercano a la alucinación; desplegó el papel y lo leyó con la lámpara del bolígrafo: «Envuélvete con el nórdico y salta DONDE y CUANDO los punteros de láser se crucen. NO ANTES. Caerás blanda. Recoge piernas y brazos e intenta caer de culo. Contesta si estás de acuerdo. Daniel».

Blue giró el papel, escribió algo y lo colgó de la pinza del dron. Daniel apretó el botón de «vuelta a casa» y el ingenio electrónico descendió rápidamente para ir a aterrizar a sus pies. Cogió el papel y leyó la respuesta: "OK".

Hizo una señal a Emma, que comenzó a colocar y hinchar los colchones con las bombas eléctricas a batería. Puso una caja de cartón girada boca abajo encima de las bombas para amortiguar un poco el ruido. Mientras, Daniel guardó el dron en el coche y cogió dos de las plataformas de huevos y luego repitió el viaje para traer las otras dos.

Blue cogió el pasaporte del cajón de la mesilla de noche y se lo puso dentro de las bragas. A continuación, se envolvió con el nórdico, miró la habitación pensando si le hacía falta coger alguna otra cosa importante, pero no había nada más que valiera la pena. Poco a poco, se fue preparando, sentándose en el borde de la ventana. Sentía el aire frío de la noche a su cara y eso la hizo espabilar un poco pero no era consciente del peligro. Estaba como borracha.

Unos cuantos metros más abajo, cuando ya lo tenían todo bien preparado, Daniel y Emma se pusieron uno a cada lado de los colchones y encendieron los punteros de láser. Hicieron unas eses en el aire para avisar a Blue y, seguidamente, se quedaron quietos, ambos apuntando al centro de la plataforma de aterrizaje.

Blue vio unos haces de luz que se movían y que la marearon. De repente, los haces se detuvieron cruzándose en un punto justo debajo suyo. Parecía que

estuvieran allí mismo, así que alargó las manos intentando cogerlos, pero lo único que consiguió fue que el nórdico cayera y ella, entonces, se dejó caer encima como si se tratara de una alfombra voladora que la fuera a pasear por toda la ciudad. Incomprensiblemente, aquella alfombra mágica no voló sino que emprendió una dirección en vertical descendente y acelerada. Durante la caída, que se le hizo eterna, una voz le decía: «recoge los miembros» y ella lo hizo.

El aterrizaje (ahuevaje) no fue precisamente ejemplar: durante la caída, el cuerpo de Blue atrapó el nórdico y, al llegar a la plataforma, impactó contra las hueveras cuyos huevos empujaron las chinchetas hasta desgarrar el colchón simultáneamente por un centenar de puntos causando la expulsión instantánea de una gran masa de aire a presión que empujó las cascaras, claras y yemas de los huevos rotos por el impacto hasta unos diez metros de altura y a un radio de veinte metros salpicando como un volcán en erupción de lava amarilla y pringosa. La estampa recordaba la fuente de Montjuïc en sus mejores momentos. Los láseres y el estrepitoso ruido del impacto acabaron de redondear la espectacularidad de la escena. Huelga decir que Emma y Daniel quedaron totalmente pringados de huevo.

El ruido y el embadurnamiento los paralizó durante unos momentos. Emma miró a Daniel enfadada, como recriminándole que no hubiera previsto los efectos colaterales del impacto.

—«Efecto turbo jet bag», ¿eh? —masculló Emma con toda la cara chorreando de huevo— Le deberías haber puesto «Efecto huevos estrellados».

Daniel no le hizo caso, se limpió los ojos y fue corriendo a recoger a Blue, que se encontraba tendida en medio del caos, rodeada de restos de huevos, pero totalmente limpia y pulida, como si fuera un pollito en un gran nido. La cogió en brazos, la llevó rápidamente al coche y la puso en la parte trasera, tumbada, con la cabeza apoyada sobre sus piernas. Emma ya los esperaba dentro y, tan pronto como Daniel cerró la puerta, emprendió la marcha.

Cuando habían pasado un par de calles, Emma soltó:

—¡Ostras, qué pringada! Cómo me quedará el coche. Pero... ¡lo hemos conseguido, Daniel! —gritó soltando la tensión— ¿Cómo está?

Daniel le miró las pupilas, le controló el pulso y le hizo un examen superficial.

—Creo que no tiene nada roto. La plataforma ha funcionado.

—¿Lo dudabas?

—Raramente las cosas funcionan a la primera. Pero lo teníamos que intentar.

Mejor que no te acerques demasiado. Tiene fiebre y podría tener alguna enfermedad infecciosa.

—Creo que no hay virus que pueda atravesar la película de huevo que llevo por todo el cuerpo. Solo me falta la harina para parecer una croqueta. Pero, y tu ¿qué? ¿Ya tienes cuidado?

—Sí, ya procuraré no intercambiar demasiados fluidos con ella hasta que no sepamos exactamente qué tiene.

Salieron de Barcelona y condujeron durante una hora y cuarto hasta la Escala, donde Emma tenía un pequeño apartamento.

Viernes, 24 de Octubre de 2014 a las 03:25

Subieron a Blue al apartamento y la pusieron sobre la cama doble. Daniel volvió al coche para aparcarlo mejor, más escondido, y para subir las maletas con los objetos personales. De nuevo en el apartamento, Daniel sacó material médico de su maleta, le puso una bolsa de suero y le hizo una extracción de sangre. Le quería hacer una analítica rápidamente para ver qué le estaba pasando; la fiebre era demasiado alta.

—Treinta y nueve: muy alta —admitió Daniel mirando el termómetro preocupado.

—Tengo una caja de antibiótico aquí; ¿crees que le podría ir bien? —preguntó Emma desde la puerta de la habitación.

—No, no lo creo. De momento mejor que no. Creo que la infección es vírica. El antibiótico no le hará nada y si fuera alérgica, sería peligroso. Debemos analizar esto enseguida —añadió mostrando tres frascos con sangre—. Necesitamos un análisis completo, y hacer cultivos para detectar la presencia de virus, bacterias u hongos. No sé donde podríamos ir ¿Quizás al hospital de Palamós?

—Déjame mirarlo en Internet. Hace un par de años hice un trabajo para un laboratorio de Girona ¿Cómo se llamaba aquella clínica...?

Emma se puso a navegar por la red desde su portátil. Mientras tanto, Daniel le daba agua con limón a Blue y le ponía un paño con agua fría en la barriga para hacerle bajar la fiebre.

—Pero Daniel, no te acerques tanto —exclamó Emma desde la puerta.

—Ah, sí, tienes razón, en mi maletín verás una bolsa con mascarillas; dame una, por favor.

—Ya tengo localizado un lugar para hacer el análisis: Clínica Bonestar. Es en Girona y no cierran nunca ¿Voy yo?

Blue deliraba. Hablaba de alfombras voladoras y de cómo había surcado el espacio y aterrizado en un planeta extraño lleno de huevos de dinosaurio. Los

dos se quedaron mirándola unos segundos.

—Sí, ve tu, por favor. Yo me quedaré aquí con ella. Y hazme otro favor también: intenta conseguir el material que te diré. Ahora te preparo una lista.

Daniel le hizo una lista en un momento, mientras Emma se duchaba y se cambiaba de ropa.

—Dime algo en cuanto puedas.

—Sí, te iré enviando mensajes.

Emma se dirigió hacia Girona. Eran las cuatro de la madrugada y no tenía muy claro que pudiera encontrar el laboratorio abierto. Durante el camino llamó a la clínica. Respondió un operador de guardia que le dijo que en la puerta de urgencias había un timbre, que llamara y esperara. Así lo hizo y pudo entregar las muestras. Le dijeron que el análisis estaría listo hacia el mediodía pero que los resultados de los cultivos tardarían al menos dos días.

Para conseguir el material de la lista, Emma tuvo que emplear todas sus dotes de persuasión posibles materializados en un par de billetes de cincuenta euros. El material consistía en cuatro bolsas de suero, una vía intravenosa y otro material clínico. Una vez recogido todo, volvió a la Escala. Allí encontró a Daniel, sin la mascarilla, junto a Blue, ambos durmiendo. Pensó que si la enfermedad era contagiosa, probablemente, él ya estaría contagiado pues había ido todo el viaje con la cabeza de ella encima de sus piernas. Se sentía cansada. Miró la hora. Eran las cinco menos cuarto. Fue a la otra habitación y se dejó caer en la cama.

Viernes, 24 de Octubre de 2014 a las 08:00

—Muy ingenioso —decía Mark contemplando lo que quedaba de la plataforma donde hacía algunas horas había aterrizado Blue.

A las seis de la mañana la enfermera había entrado en la habitación de Blue para atenderla pero ella ya no estaba: había volado, y nunca mejor dicho. La ventana estaba abierta, así que miró abajo pensando que se había tirado. Todavía estaba oscuro y no se veía bien, pero había algo raro. Bajó corriendo y allí encontró todo el montaje. Enseguida avisó a los de la casa.

Marta lloraba junto a Mark.

—No se habrá hecho daño, ¿verdad? No hay sangre, seguro que no se ha roto nada, ¿verdad?

—No, no, Marta, seguro que todo este tinglado la ha amortiguado bien.

—¿No crees que deberíamos llamar a la policía, Mark?

—Mejor que no, Marta; Txell es mayor de edad y, si empiezan a hacer preguntas nos podemos meter en un lío por no haber avisado de que, tal vez, sufre una enfermedad contagiosa. Ya sabes que ahora, con todo esto del Ébola, la gente está muy sensibilizada con las enfermedades infecciosas de África. Podríamos crear alarma social, y la buscarían y la tratarían como a una delincuente. Pero no te preocupes; conozco un par de personas competentes que nos ayudarán a encontrarla.

—¡Si al menos se hubiera llevado el móvil!

—Tranquila, Marta, seguro que está bien; quien sea que la haya ayudado a salir, seguro de que la cuidará. Voy a hacer unas llamadas.

Cuando Mark se quedó solo, llamó a Heinz. Seguro que se enfadaría mucho, pero tenía que hacerlo. Además, necesitaba su ayuda para encontrarla.

—¡Heinz! —contestó el suizo desde el otro lado de la línea, con la ópera *Falstaff* de Giuseppe Verdi, de fondo.

—*Herr* Heinz, me temo que tenemos malas noticias.

—¿Qué? ¿Aún más? ¿Qué ha pasado ahora?

—*Herr* Heinz, Txell ha escapado.

Heinz se puso a gritar.

—¿Cómo? ¿Cómo puede ser? ¿Pero no estaba encerrada con llave? ¿No me dijisteis que no se podía ni aguantar de pié? ¿No tenía tanta fiebre que no sabía ni lo que decía? ¡Sois una pandilla de inútiles! ¿Cómo ha sido?

—Esta mañana hemos encontrado la ventana de su habitación abierta y ella no estaba.

—¿Pero estáis seguros de que no se ha escondido por dentro de la casa? ¿Habéis buscado bien?

Mark pensó que realmente no habían buscado por dentro de la casa y quizá sí que al final habría escapado bajando tranquilamente por las escaleras con todo este alboroto. Le vinieron unos temblores y un sudor frío por todo el cuerpo.

—Sí, sí... *Herr* Heinz, no la hemos visto por dentro de casa y es que al pie de la ventana había preparada toda una plataforma de aterrizaje para amortiguar el salto. Se notaba que había saltado alguien.

—¿Qué? ¿Que ha saltado? ¿Había una red como las de los trapevistas? ¿Pero como sabéis que se ha tirado? ¿En qué planta estaba?

—No es exactamente una red, es como una... un colchón hecho de cajas de huevos con un mecanismo muy ingenioso de chinchetas sincronizadas, y todos los huevos estaban aplastados alrededor y debajo...

—¿Pero qué dices de huevos? No me hagas poner más nervioso. La cuestión es que ha desaparecido, ¿no? Y que no tenéis ni puta idea de dónde está, ¿no? ¿Es eso así?

—Exacto.

—Avisaré a Franz y Hans. Les diré que hablen contigo, a ver si pueden encontrar alguna pista. Por cierto, ¿le pudisteis inyectar el antídoto?

—Sí, le administramos una dosis cuatro veces más alta, pero no mejoró mucho.

—Así que debe estar bastante mal y además debe estar en una fase contagiosa. Esto no me gusta nada... o quizás sí. Quizá no llegará al lunes...— reflexionó a Heinz, esta última frase en voz más baja, como si hablara para él mismo.

—Pero, *Herr* Heinz, no la podemos dejar morir. La tenemos que encontrar y seguir dándole el antídoto.

—Sí, sí, claro. Informame de cualquier novedad.

—Sí, *Herr* Heinz, así lo haré.

Una vez hubo colgado, Mark fue corriendo a la habitación y miró debajo de la cama. No estaba. Dentro del armario. Tampoco. Registró toda la casa. Nada de nada. En el fondo se alegró; hubiera sido muy ridículo encontrarla dentro de casa durmiendo tranquilamente a cualquier rincón y tener que llamar a Heinz otra vez para explicárselo.

Luego registró más tranquilamente la habitación intentando encontrar alguna pista. Un pintalabios en el suelo del lavabo. Era extraño que se hubiera querido arreglar antes de salir volando. No le constaba que fuera tan presumida. El baño olía a cerrado. Abrió la ventana. En el exterior, la toalla que estaba pinzada cayó mecida por el viento, haciendo sinuosas contorsiones hasta llegar al suelo.

Viernes, 24 de Octubre de 2014 a las 08:45

La luz del día despertó a Daniel. Enseguida miró a Blue: estaba sudando y respiraba con dificultad. La fiebre le había subido hasta treinta y nueve grados y tres décimas. Cambió la bolsa de suero, le dio agua, la cambió y la limpió como pudo.

Hacia las diez sonó el móvil de Emma que la despertó.

—Hola Santi, buenos días. ¿Hay alguna novedad?

—No, no, te quería preguntar a ti. Me ha dicho el *ficker* que te había pasado el informe a ti, y me ha sorprendido.

—Sí, sí tranquilo no pasa nada. No hay nada de especial. A partir de ahora ya me ocupo yo personalmente de este caso. Ya hablaremos el lunes, estate tranquilo. Ya le dije que abandonara la observación hasta nueva orden.

—Ah, bien, de acuerdo. Si puedo ayudar me lo dices. ¿No vendrás hoy al despacho, tampoco?

—No. No te preocupes Santi, todo va bien. El lunes hablamos.

—De acuerdo, hasta el lunes, pues.

Santi parecía preocupado pero ahora Emma tenía otras prioridades y no quería implicarlo ya que tampoco podía ayudar en nada.

Emma se arregló y fue a comprar víveres. A las doce fue a Girona a recoger los análisis. Daniel los estuvo estudiando durante un rato.

—Algunos marcadores indican que puede estar sufriendo alguna enfermedad de tipo vírico, pero hasta que no tengamos los resultados de los cultivos no podemos aclarar qué tiene exactamente.

—¿No hay nada que podamos hacer? ¿Y si la llevamos al hospital? —sugirió Emma.

—En el hospital tampoco podrían hacer nada que no podamos hacer nosotros. Por otro lado, tendríamos un problema a la hora de hacer el ingreso y la perderíamos de vista. Sólo nos queda esperar o...

—¿O qué?

Daniel se mordía el labio.

—Pero Daniel, ¿y si se muere?

—Eso no pasará, Emma, te lo prometo.

Daniel la volvió a explorar. El paño de agua fría en la barriga le había hecho bajar la fiebre. Parecía que respiraba mejor.

—Confía en mí, Emma —le pidió mirándola directamente a los ojos.

Ambos aprovecharon para comer y descansar pero si dejar de estar muy pendientes de Blue.

Viernes, 24 de Octubre de 2014 a las 11:30

Heinz se encontraba contemplando su cuadro viviente. Hacía un día gris, con niebla. La humedad impregnaba todo el paisaje como si hubiera llovido. De vez en cuando, algún tenue rayo de sol conseguía, por unos instantes, hacerse paso a través de las nubes y producir destellos que se reflejaban en las hojas de los árboles, como estrellas temblando de amor y esperanza, acompañando la música de *Turandot* de Giacomo Puccini.

No tenía ninguna prisa en dar instrucciones a Franz. Quería pensar. Quería tener la situación controlada. Ahora que Blue había tenido la «gentileza» de escaparse, si la dejaba a su propia suerte, sin el antídoto, probablemente no llegaría al lunes y Marta lo heredaría todo, y le vendería las acciones por un precio razonable, de acuerdo con el supuesto estado «ruinoso» de la compañía.

Por otra parte, quería evaluar y estudiar la posibilidad de encontrarla, salvarla y continuar con el plan original. No le hacía ninguna gracia la posibilidad de que le hicieran la autopsia y descubrieran un virus desconocido. Finalmente llamó a Franz.

—Franz, la niña se ha escapado. Ha sido esta noche. Alguien le ha ayudado desde fuera. Está en un estado crítico, seguramente con fiebre por encima de los treinta y nueve.

—¿Se ha escapado? ¿Pero como lo ha hecho?

—Se ve que han montado una escapada que ni Houdini. Ese Daniel lo habrá planificado todo. Quiero que vayas a la casa y hables con Mark. Él os dará más detalles. No descanséis ni durmáis hasta dar con ella, pero no quiero que intervengáis. Sólo quiero tenerla controlada, ¿entendido?

—Sí, *Herr* Heinz, la tenemos que encontrar y vigilar sin que se dé cuenta. Es eso, ¿no?

—Exacto. Cuando la hayáis localizado, me avisáis. Ya os diré qué hacer.

—Muy bien, *Herr* Heinz, así lo haremos.

Heinz se giró hacia su ventana y en un tono solemne repitió la estrofa del aria:

...all'alba vincerò!

Franz y Hans se desplazaron a casa de Mark. Él los estaba esperando y les explicó todo lo que había pasado y lo que había averiguado. Hans iba tomando notas en una libreta.

—El pintalabios puede ser una pista importante —elucubró Hans—. Si tal como estaba se ha pintado los labios, es que realmente está interesada por quien sea que la haya rescatado.

—Sí, sospechamos que se trata de ese tal Daniel Torrents. Seguro que se ha enamorado de él —especuló Franz—. Ya hemos tenido una confrontación con él y es un hombre muy peligroso.

—Y muy astuto —añadió Hans rascándose la cara.

—Pero Txell no se pinta nunca. Es muy extraño —apuntó Mark.

—Una mujer puede cambiar mucho cuando se enamora —dijo Hans en tono solemne—. Lo sé bien, eso. Y aún puede cambiar más cuando se desenamora —añadió en voz casi imperceptible.

—Bueno, en casa del «don Juan» ese, no estaban. Ya hemos pasado por allí antes de venir aquí —informó Franz—. Mark, déjanos hacer a nosotros. Tú quédate en casa por si llama a su madre o por si vuelve. Estaremos en contacto.

—Muy bien. Llevaos estas cuatro botellas. Si la encontráis es muy importante que le suministréis las cuatro dosis. Si no se las inyectamos, le quedaran sólo dos días de vida. ¡Ah! Y tened cuidado, sufre una enfermedad muy contagiosa.

—Muy bien. Lo tendremos en cuenta.

Viernes, 24 de Octubre de 2014 a las 16:00

Santi estaba a punto de irse a casa cuando dos hombres extranjeros llamaron a la puerta. Tuvieron que hablar en inglés para entenderse.

—Hola, buenas tardes, venimos del despacho de abogados Marvin & Marbel de Suiza que los contrató para hacer una vigilancia.

—Ah, sí. Ahora mismo les iba a enviar el último informe.

—Hemos querido venir personalmente porque parece ser que la persona objeto de vigilancia ha desaparecido y sospechamos que haya sido raptada por un tal Daniel Torrents. Queríamos saber si tienen alguna información de última hora. Es muy importante encontrarla pronto —explicó Franz.

Santi se vio un poco atrapado, ya que los últimos días era Emma quien se había ocupado del caso y no le había dicho nada especial. Al contrario; más bien parecía que le ocultaba información, así que tuvo que improvisar. Buscó en la carpeta de los informes.

—El último informe es de cuando la chica entró en su domicilio el domingo pasado por la tarde. Desde entonces no la hemos vuelto a ver salir de casa.

—¿Han detectado alguna operación de rescate en plan «misión imposible» o algo así?

—Pues no, el informe no dice nada más. ¿Tienen ustedes alguna idea de cómo se ha podido producir el rapto?

—Sí, han dejado alguna pista. Quizás sus observadores no la han detectado. Parece ser que esta noche saltó por la ventana y en el suelo había preparada una plataforma de aterrizaje muy sofisticada.

—Vaya, pues es raro que no lo hayamos visto. Hablaré con el observador que estaba de guardia por la noche. Quizás se durmió.

—Sí, hable con él y con su oculista también. Y de Daniel Torrents, ¿me puede decir algo?

Emma había evitado hablarle de Daniel Torrents desde que llevaba personalmente el caso y en sus informes no decía nada especial.

—Mi colega se ha encargado de hacer el seguimiento a Daniel, pero sus informes no reflejan nada especial. Puedo hablar con ella para ver si me puede contar algo más.

—Sí, por favor, llámela. Nos esperamos.

Santi llamó a Emma, y le habló tranquilamente, suponiendo que ese par no le entendían.

—Emma, han venido dos tipos que dicen trabajar para los que nos encargaron el caso Heidi. Me han dicho que la chica ha desaparecido de su casa y la están buscando. Sospechan que se haya ido con Daniel Torrents, o que tal vez él la haya secuestrado. Me piden información. ¿Qué les digo?

—¿Son dos tipos con camisas floreadas?

—Sí, los mismos.

—¿Están ahora contigo esperando una respuesta?

—Exactamente.

Emma hizo una mueca. A ver qué le contaba ahora. Pensó unos momentos.

—Diles que he estado vigilando el sujeto, que se ha encontrado en dos ocasiones con la chica, pero que desde el domingo han desaparecido los dos. Ella no ha vuelto a casa y le hemos perdido la pista.

Santi se quedó pensativo. Suponía que aquello no era exactamente verdad. De hecho, sabía que había ido con él a cenar haciéndose pasar por su asesora bancaria y todavía no le había dicho qué había sacado de aquella cita. Era extraño que le ocultara todo aquello, pero pensó que tenía que confiar en ella.

—Bueno, de acuerdo, pero no creo que les guste que no les dé ninguna información. Quizás cancelarán el trabajo o quizás no nos pagarán esta última factura.

—Sí, soy consciente de ello, no hay problema. Deshazte de ellos y ve con cuidado, son peligrosos. Llevan pistolas y no están para cuentos.

—¿Ah, sí? Ostras, de acuerdo. Ya me desharé de ellos. Tú también ve con cuidado, ¿eh?

Santi colgó y se dirigió a los dos visitantes.

—Mi colega dice que desde el domingo por la noche Torrents ha desaparecido. No ha vuelto a su casa ni al parque donde solía ir, ni tampoco a casa de Meritxell. Supone que debe haber alquilado una habitación de hotel con algún nombre falso.

Franz y Hans se miraron. Esto les encajaba con su información.

—La chica debe tener la fiebre alta. Creemos que no está en condiciones de viajar mucho. Por favor, investiguen los hospitales y similares; es posible que la

hayan tenido que ingresar.

—De acuerdo, llamaré a mis colaboradores para que hagan una batida. Si la han ingresado en un hospital, la encontraremos.

Santi quería dar seguridad y confianza a sus clientes.

—Muy bien. Pues esperaremos noticias tuyas. *Good evening.*

—Por supuesto. *Goodbye, gays,... ¡SIRS!* —dijo Santi cuando cruzaban la puerta.

Franz se detuvo de golpe y se giró mostrando su cara de mala leche. Se acercó a Santi mirándole a los ojos y le repitió que intensificaran la búsqueda al máximo, que era muy importante que la encontraran antes del lunes y que si averiguaban cualquier cosa contactaran inmediatamente con ellos. Todo esto lo dijo moviendo el dedo índice de arriba abajo apuntado hacia él.

Santi pensó en la pistola que Emma le había comentado y le entró un canguelo que se materializó una vez hubo cerrado la puerta.

Viernes, 24 de Octubre de 2014 a las 17:30

Ya empezaba a oscurecerse el día y Blue había empeorado. La fiebre le había vuelto a subir hasta treinta y nueve grados y tosía sangre. Con dificultad, Daniel le hizo beber más líquido pero presentía que Blue se iba. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo rápido. No podía esperar el resultado de las cultivos. Repasó el material que había traído Emma.

—Emma, voy a hacerle una transfusión de mi sangre; esto le irá bien. En principio los tipos de sangre son compatibles pero haré una pequeña prueba para asegurarme de ello.

—¿Una transfusión? Pero... no lo entiendo ¿por qué crees que una transfusión de tu sangre le irá bien? —le preguntó Emma.

—Porque debido a los múltiples viajes que he hecho por todo el mundo, he padecido muchas enfermedades diferentes y me han tenido que poner toda clases de vacunas. Por eso es muy posible que mi sangre tenga anticuerpos que puedan combatir el virus que ella tiene. Y también por eso no me preocupaba mucho de que me pudiera infectar.

A Emma, que no tenía muchos conocimientos médicos, aquella respuesta le pareció coherente.

Daniel sacó algunos centilitros de sangre de Blue y de él mismo. En un pequeño cuenco que le acercó Emma mezcló las dos sangres y esperó algunos minutos.

—Eso debe de ser como una boda de sangre, ¿no? —dijo Emma para aliviar los momentos de incertidumbre.

—Sí, de hecho se hacía para eso, para ver si las sangres eran compatibles.

Las dos sangres se mezclaron bien, formando un líquido de densidad y viscosidad similar a las iniciales. Esto quería decir que eran de tipos compatibles.

—¿No explota? —preguntó Emma irónicamente.

—No. Parece que somos compatibles.

Con la vía que había traído Emma, se sacó medio litro de su sangre y la puso en la bolsa de suero que había quedado vacía. A continuación comenzó a transferirla a Blue.

—Ahora sólo queda esperar —dijo Daniel una vez terminada la transfusión.

Eran las nueve de la noche. Comieron algo y después Daniel se quedó dormido al lado de Blue. Emma les dejó y se fue a la otra habitación, donde había dos camas individuales. Estaba muy cansada y también se durmió enseguida.

Sábado, 25 de Octubre de 2014 a las 06:30

Blue se despertó un poco desorientada, pero físicamente se sentía bien. La luz que entraba por la ventana le permitió distinguir a Daniel. Eso la tranquilizó. Tenía recuerdos como flashes. El último era el salto al vacío. Se sentía sudada y sucia. Se quitó la vía intravenosa con el suero, fue al baño y se duchó.

Cuando volvió a la habitación iba con una toalla alrededor del cuerpo. Daniel ya estaba despierto.

—¿Cómo estás?

—Tengo mucha hambre. Me comería una vaca entera, y eso que como poca carne.

—Eso es muy buena señal pero me temo que aquí no tenemos ninguna vaca ahora mismo.

—¿Dónde estamos?

—Estamos en La Escala, en el apartamento de Emma, una amiga de confianza.

—Me siento como si me hubiera pasado un camión por encima, pero es extraño porque, al mismo tiempo, también me siento eufórica. ¿Qué me ha pasado? ¿Qué me has inyectado? —preguntó mirándose los pinchazos del brazo.

Daniel se rió.

—Sólo un poco de mi sangre que es muy rica en anticuerpos —le dijo mientras iba a la cocina.

—¿Tu sangre? Así que ahora somos como hermanos. Y tú que querías ser mi padre...

—¡Ostras! Es verdad, ahora somos hermanos de sangre.

—Pues no sé qué lleva tu sangre pero me siento pletórica, como si este cuerpo no fuera mío. Seguro que debes ser de esos que no paran de tomar complejos vitamínicos y esas cosas.

—Nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestra alma son sabias. Ellos son nuestros maestros.

—¿Nuestros maestros? Pero si nosotros no somos ni nuestro cuerpo, ni nuestra mente, ni nuestra alma, entonces ¿quién o qué somos?

—Nosotros, cuando estamos despiertos, somos la conciencia de nuestra propia existencia. Nosotros somos el vínculo que da consistencia a estas partes humanas, somos por tanto, conciencia.

Blue se quedó reflexionando unos momentos. Era verdad que cuando dormimos perdemos la conciencia de nuestra propia existencia, pero las tres partes siguen funcionando de forma autónoma. De alguna manera se puede decir que, temporalmente, dejamos de ser nosotros mismos.

Daniel interrumpió los pensamientos de Blue.

—Toma, supongo que te apetece. No hay mucho más.

Le dio unas galletas y un zumo de fruta que ella devoró. Mientras tanto, Daniel cambió las sábanas de la cama.

—Daniel, debo suponer que me has salvado la vida, ¿no?

—Digamos que hay cierta probabilidad de que efectivamente haya sido así, pero en cualquier caso, lo hemos hecho Emma, tú y yo juntos.

—¿Emma?

—Sí, ya te he hablado de ella, este apartamento es suyo. Es una amiga que me ha ayudado a rescatarte. Ella está en la otra habitación durmiendo. Cuéntame, ¿qué te ha pasado?

Blue le estuvo explicando qué le había pasado y sus sospechas, aunque era muy poco lo que recordaba.

—Túmbate un rato y descansa —le dijo cuando hubo acabado de comer—. Es temprano. Cuando abran las tiendas iré a comprar más comida.

Blue se quitó la toalla y quedó completamente desnuda durante unos momentos, antes de meterse en la cama. Pasó unos segundos mirando al techo. Entonces se giró hacia Daniel, le pasó un brazo y una pierna por encima de su cuerpo y lo besó en los labios. Daniel no hizo nada para evitarlo. Cuando terminó, le miró a los ojos y le dijo.

—Gracias.

A continuación lo abrazó y enseguida se quedó totalmente dormida.

40

Sábado, 25 de Octubre de 2014 a las 10:00

Heinz estaba en el despacho de su casa escuchando el *Orfeo* de Monteverdi mientras paseaba arriba y abajo. Estaba muy nervioso. Echaba de menos la vista desde la ventana de su oficina. El día clave se acercaba y la sensación de no tener todo bajo control no le gustaba nada.

—Franz, ¿hay novedades?

Franz le explicó sus últimos e infructuosos movimientos.

—Franz, intenta contactar con estos de la agencia. Quizás nos puedan decir algo más. Otra cosa: tened en cuenta que Meritxell intentará estar en Zúrich el lunes por la mañana. Así que es posible que coja un avión o quizás, si se encuentra mal, la lleven en coche, en tren o en autobús.

—Sí, *Herr* Heinz, ya habíamos pensado en eso.

—Muy bien, pues seguid pensando, pero también actuad. Quiero resultados, ¿lo entendéis? Tal como está la cosa con el Ébola no creo que sea fácil hacer subir a un avión a una persona con treinta y nueve grados de fiebre... y creo que a un autobús tampoco. Llamaría demasiado la atención. Tened controladas todas estas opciones dando prioridad a la del coche.

—¿En coche? Pero son unas doce horas de viaje. No creo que la chica esté en condiciones de aguantarlo. Yo creo que es más probable que vayan en tren, un tren cama con compartimentos. Creo que es lo más cómodo y privado y que así, él, durante el viaje se podría ocupar de ella.

—Sí, tienes razón; el tren es la opción más plausible. Buscad todas las combinaciones. Pensad que quizás ya estén de viaje o incluso ya estén aquí, en Zúrich.

—Sí, *Herr* Heinz, hacemos todo lo que podemos.

Franz y Hans bajaron al vestíbulo de su hotel, a un apartado donde había algunos ordenadores conectados a Internet. Evaluaron las posibles combinaciones para ir en tren hasta Zúrich. No había muchas: se tenía que hacer transbordo a Lyon y

desde allí salía un tren diurno a las doce del mediodía y otro nocturno a las doce de la noche. Pensaron que, teniendo en cuenta el estado de la chica, este último era la opción más probable, ya que tenía compartimentos y literas.

—Hans, tendremos que ir a coger este tren. Aquí no hacemos nada. Llamaré al de la agencia, a ver si han descubierto algo.

—Señor Farreres, aquí Franz. ¿Tienen alguna novedad?

—Pues de momento no. Hemos registrado más de veinte hospitales y centros de atención médica y nada.

—Quiero que vigilen también las estaciones de tren. Sospechamos que entre hoy y mañana puedan coger un tren para ir a Zúrich.

—De acuerdo, así lo haremos.

—Otra cosa; quisiéramos hablar con su colaboradora. ¿No era ella quien llevaba el caso?

Santi se vio atrapado de nuevo.

—Ah, sí, sí. Bueno, lo llevábamos entre los dos, nos repartíamos el trabajo. Ya le diré que se ponga en contacto con ustedes.

—Muy bien, esperamos su llamada. Gracias.

Franz colgó.

—Hans, esperaremos hasta hoy a ver si averiguamos algo más. Si no, mañana por la mañana alquilaremos un coche y nos iremos a Lyon para coger el tren de medianoche hacia Zurich. Estoy convencido de que, si Blue está en condiciones de viajar, estarán allí.

Sábado, 25 de Octubre de 2014 a las 11:15

Emma entró en la habitación y los encontró a los dos durmiendo. Daniel, al notar su presencia, abrió los ojos.

—Buenos días —dijo en voz baja.

—Buenos días. ¿Cómo está? —preguntó Emma refiriéndose a Blue.

—Bastante bien, se ha levantado y ha comido algo.

—¿Qué dices? ¿Se ha levantado sola? —Emma no se lo podía creer.

—Sí, y si no se lo llego a impedir, se hubiera ido sola a cazar una vaca para comérsela toda entera.

—¡Ostras! Que bien. ¡Es increíble!

Blue se despertó.

—Hola. Tú debes ser Emma. Daniel me ha hablado muy bien de ti.

—Hola. ¿Te ha hablado de mí? ¿Cuándo? ¿Qué te ha dicho?

Daniel las miraba sonriendo.

—Me ha dicho que me has salvado la vida. Te lo agradezco mucho.

—¡Anda! Ha sido él quien lo ha hecho. Yo sólo le he ayudado en lo que he podido. Pero, ¿cómo estás? Hace unas horas estabas a punto de... estabas muy mal...

—Pues muy bien. Me duele el cuello y siento todo el cuerpo dolorido pero, aparte de eso, estoy muy bien.

Blue se levantó de la cama totalmente desnuda para ir al baño.

—Oh, será mejor que te vaya a buscar algo de ropa.

Emma le dejó un chándal y unos zapatos de verano. Una vez todos vestidos y arreglados, salieron a la calle.

Lucía un sol espléndido; parecía que aún fuera verano. Después de comer en la terraza de un restaurante, Blue propuso ir a caminar por la playa. Tenía ganas de que le tocara el sol, de sentir el agua fría del mar en sus pies y de respirar el aire yodado de la orilla. Pensaba que esto le iría muy bien.

Las dos mujeres se arremangaron los pantalones para andar por el agua. Blue

estaba eufórica y contenta. Incluso dio unos cuantos saltitos. Después de pasear un buen rato, se sentaron en la arena.

El sol acariciaba la cara de los tres y se quedaron estáticos como lagartijas, con los ojos cerrados, sintiendo el rumor del mar y el aire húmedo.

Los tres estuvieron charlando y se pusieron al corriente de los últimos eventos. Daniel explicó las peripecias de su operación "Save the Blue" para rescatarla, con su plataforma revolucionaria de tecnología "Turbo jet-egg bag". Blue les explicó sus problemas con Heinz. Emma explicó que la habían contratado para hacer una vigilancia y también explicó su encuentro con Mark, haciéndose pasar por una empleada de banca que le informaba sobre la transferencia de veinte millones de dólares a nombre de ella.

—¿Veinte millones? —dijo Blue—. Ja, ja, ja, ¡que bueno! Seguro que a Mark se le pusieron los ojos como platos cuando se lo dijiste. Podemos alargar la comedia para mantener a Heinz intrigado y ocupado. Me imagino que ya debe haber contratado a algún investigador en Estados Unidos.

Los tres rieron.

—¿Así que este lunes tienes que estar en Zúrich? —preguntó Emma.

—Sí, tenemos que mirar cómo podemos ir. Blue tiene que estar en la notaría a las nueve de la mañana —dijo Daniel.

—Cuando volvamos al apartamento podemos mirar en Internet qué combinaciones tenemos y cuál es la mejor forma de llegar —propuso Blue.

—Si queréis podéis coger mi coche —ofreció Emma—, yo ya volveré a Barcelona en autocar o en tren.

Los tres se tumbaron de nuevo en la arena para aprovechar este último sol que pronto aflojaría. Emma quería saber más cosas de Daniel, un hombre que, cuanto más conocía, más la intrigaba. Ya no era cuestión de trabajo sino de curiosidad personal. Ahora que por fin tenían unos momentos de tranquilidad, le pareció una buena ocasión para establecer una conversación íntima, pero no se le ocurría por dónde empezar. Se preguntó si Blue debía saber mucho de él. Parecía que habían conectado bien. Pensó que si tenía oportunidad, le haría algunas preguntas.

Daniel se incorporó un poco y se apoyó con los codos. Miraba el mar de una forma extraña. Emma lo miraba reajo: ¿Qué estará pensando?, se preguntaba. Sin darse cuenta, se le escapó:

—¿Qué miras? —preguntó ella, cuando lo que quería preguntar era: «qué piensas».

—¿Qué miro? El mar —sonrió por tratarse de una pregunta tan obvia—. Me fascina mirar el mar. Su grandeza, su fuerza, su misterio. Me trae recuerdos y me hace sentir pequeño.

—¿Te gusta sentirte pequeño?

—Cuando me siento pequeño, me siento menos solo.

Emma se puso como Daniel, con medio cuerpo incorporado.

—No lo entiendo. ¿Te sientes solo? ¿No tienes familia, amigos,...?

—La soledad es una oportunidad para estar con uno mismo, pero ahora estoy con vosotras dos. Y eso es lo que cuenta. En este preciso instante, para mí, vosotras sois mi mundo.

—¿Nosotras? ¿Yo? —Emma se sintió halagada, pero no lo entendía.

—Sí, vosotras dos. Imagínate que no pudiéramos recordar nada. Que sólo fuéramos conscientes del instante presente. Sois importantes porque en este momento, en este preciso instante, formáis parte de mi propia vida y sois las únicas personas con las que yo puedo hablar, tocar, ver, oler... en definitiva, las únicas con las que puedo convivir. Estáis modelando mi existencia y todo lo que interactuamos, influirá en mi... en nuestro futuro.

—Sí, pero el hecho es que tenemos memoria.

—Sí, tenemos memoria. Tenemos memoria del pasado y tenemos memoria del futuro. Podemos extraer recuerdos, imágenes, sonidos, olores... las vivencias anteriores nos han ido dejando huella en la memoria, que no es más que una subjetivización simplificada de las percepciones que tuvimos en un momento dado. Nadie sabe en qué consiste la realidad, pero lo que es seguro es que sólo percibimos una pequeña parte de ella. De eso que percibimos, solo nos quedamos con otra pequeña parte en la memoria, de forma subjetiva y alterada. Y, cuando queremos hacer uso de ello para recordar algo, sólo somos capaces de extraer otra pequeña parte que tenemos que interpretar. La imaginación se encarga, automática e inconscientemente, rellenar los huecos que faltan para elaborar una historia más o menos coherente y plausible, y de acuerdo a nuestras creencias y experiencias. Al final hemos construido nuestra propia realidad y nos la creemos. Esto es nuestro pasado. ¿Te parece que puede ser algo muy consistente e importante?

—Pero, por ejemplo, para mí, mi madre es muy importante y ella no está aquí. Está en mi memoria. Puedo recordar cómo me siento cuando estoy con ella y me doy cuenta de lo importante que es ella para mí.

—Sí, pero yo no hablaba de sentimientos. Tú puedes estar sintiendo mucho

afecto por ella, pero su recuerdo, por más que te guste, ya no condicionará ni tu presente ni tu futuro porque en su momento ya lo hizo y ahora ya es el pasado. En cambio, lo que yo pueda hacer o decirte, sí que te puede condicionar.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—¿Cómo? Pues, por ejemplo, si ahora mismo me girara hacia ti y te diera un beso, te quedarías irremediabilmente enamorada de mí y, por lo tanto, esto habría cambiado tu futuro.

—Ja, ja, ja. Sí, ¡seguro! Primero, que no te dejaría hacerlo y, segundo, que un beso no creo que pudiera hacerme cambiar...

Emma interrumpió su frase. Algo le debió haber venido a la cabeza.

Blue, que había estado siguiendo la conversación, intervino aprovechando el momento de silencio.

—Va, ¡probadlo, probadlo!

—Ja, ja, ja. ¿Lo ves? Ahora ya has condicionado nuestro futuro —dijo Daniel, riendo.

—Mira, si te doy una patada allí en medio, sí que va a cambiar tu futuro... —dijo Emma en broma.

—¡Glups! ¡Sólo decírmelo, ya me lo has cambiado! El problema es que nunca podemos comparar dos situaciones paralelas. Es decir, nunca podemos saber a la vez qué hubiera pasado si hubiéramos hecho A y qué hubiera pasado si hubiéramos hecho B, siendo A y B dos opciones alternativas excluyentes. No somos lo suficientemente conscientes de que las pequeñas decisiones, cómo volver un día a casa por uno u otro camino, nos pueden encaminar hacia un futuro completamente distinto.

—Sí que somos conscientes, pero como no podemos hacer nada, tampoco nos preocupamos. Ya intentamos tomar las decisiones adecuadamente, pero hay infinitos acontecimientos casuales que no podemos prever —dijo Emma.

—No creo que seas lo suficientemente consciente. Y te lo demostraré. Antes te he hablado de la memoria del pasado, pero también te he hablado de la memoria del futuro.

—Ah, sí, eso me ha sorprendido.

—Bueno, pues recordar experiencias anteriores nos puede ayudar a tomar decisiones más acertadas. Es decir, más encaminadas a nuestro objetivo. Estás de acuerdo, ¿verdad? Pues, recordar experiencias futuras, junto con las pasadas, nos puede ayudar a tomar aún mejores decisiones.

—Pero nadie puede recordar el futuro. Si tú mismo has dicho que lo vamos escribiendo constantemente. ¿Cómo puedes hacer eso?

—No lo vamos escribiendo. Todos los caminos futuros están ya escritos. Nosotros elegimos constantemente un camino u otro. En un espacio de tres dimensiones nos es muy difícil imaginar cómo pueden estar escritos todo este número infinito de posibilidades simultáneas, pero en un espacio de once dimensiones eso es perfectamente posible.

—No entiendo nada —dijo Emma.

—Tiene sentido —dijo Blue.

—Te pondré un ejemplo muy visual: en un mundo de dos dimensiones, por ejemplo en una hoja de papel, dibujamos un círculo. La tinta hace de valla. Si nosotros tuviéramos dos dimensiones y anduviéramos por el papel y nos encontráramos la valla de tinta, no podríamos pasar, porque no la podríamos saltar. Para saltar, necesitaríamos una dimensión más, la altura. Ahora imagínate que tuviéramos tres dimensiones, tal como de hecho tenemos. Podríamos llegar al interior del círculo desde infinitas direcciones. Los caminos existen, pero nosotros elegiríamos uno. Y así constantemente. Ahora imagínate en un universo de once dimensiones las posibilidades que pueden haber.

—¿Once dimensiones? ¿Y para qué queremos tantas? A mí ya me costaba dibujar un cubo en perspectiva... pero no me has dicho cómo podemos percibir el futuro...

—¿No te lo he dicho? Con la intuición.

Emma se quedó pensativa.

—La intuición —repitió—. Gran palabra. Tu eres muy intuitivo, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. Todos lo somos. Sólo es cuestión de saber percibirla.

—Sí, sí, todo eso está muy bien, pero me has dicho que me lo demostrarías.

—¿Sí? ¿Te he dicho esto? ¿Y no te vale esta explicación?

—No, la teoría está muy bien, pero nosotros queremos una demostración práctica, ¿verdad que sí, Blue?

Blue y Daniel se miraron.

—Es exigente, esta mujer —dijo Blue.

—Muy bien, te lo demostraré.

Daniel sacó una baraja de cartas de su bolsillo interior.

—¿Siempre llevas un juego de cartas? ¿Ahora nos harás un juego de manos?

—No, no las llevo siempre pero las he cogido de tu casa ya que mi intuición me ha avisado de que las necesitaría. Un juego de manos no, un juego de mente. Toma, barájalas, y te las pones a tu espalda y, sin mirar, elige una.

Emma lo hizo y dijo: ¡Ya!

—El siete de corazones —dijo Daniel.

Emma trajo la carta elegida delante de sus ojos y... efectivamente, era el siete de corazones.

Las dos mujeres se sorprendieron.

Emma insistió. Se aseguró de que las cartas fueran todas diferentes.

—A ver, a ver. Tiene que haber algún truco. ¡Vuelve a hacerlo!

Emma hizo la misma operación. Cogió una carta y dijo: ¡Ya!

—El tres de picas.

Emma, entonces, aún con las cartas detrás, cogió otra carta y la puso ante sus ojos... y la carta era... ¡el tres de picas!

Emma se quedó pasmada.

—¿Cómo cojones lo haces? He cambiado la carta en el último momento. Si no la hubiera cambiado, hubieras fallado.

—No. Si no la hubiera cambiado yo te hubiera dicho que la carta era el rey de tréboles.

Emma miró la primera carta que había seleccionado y que había dejado en lo alto de la baraja y, efectivamente, era el rey de tréboles.

—¡Es increíble! No lo entiendo. ¿Y eso dices que lo podemos hacer todos?

—Sí, claro, no es nada especial. ¿Lo quieres probar?

—Va, sí.

Daniel seleccionó una carta y dijo: ¡Ya!

—Tengo que decir la primera que me pase por la cabeza, ¿no?

—No. Tienes que decir la que yo he seleccionado.

—¡Hombre! Sí, ya lo sé, pero ¿cómo lo hago? ¿Cual es la técnica?

—¿Verdad que recuerdas las cartas que has seleccionado? ¿Verdad que para ello utilizas el mecanismo del recuerdo? Pues utiliza el mecanismo del recuerdo futuro o el de la intuición.

—¡Ah! Vale, de acuerdo. Está muy claro. Como si recordara hacia adelante.

—Exacto.

Emma se concentró unos momentos.

—Yo veo un color rojo, un cuatro de... diamantes.

Daniel, sin mirar mostró la carta a Emma.

—No. Es el as de picas.

—¡Mierda! No sé cómo lo haces. Reconozco que me has impresionado. Pero, ¿ves como yo no lo puedo hacer?

—¿Cómo que no? Pruébalo mil veces más y verás como te empezará a salir bien. Sólo es cuestión de práctica. Como todo en la vida.

Emma y Blue se miraron sin saber si creérselo.

—Pero tiene que haber alguna técnica, ¿no? Alguna indicación que me pueda ayudar.

—¿Alguna técnica? No te lo sabría explicar. ¿Me puedes explicar tú cómo lo haces para recordar cosas pasadas?

Emma se quedó pensando.

—No, no sabría cómo explicarlo. Sencillamente, lo tengo en la memoria.

—Te puedo dar alguna indicación. Estamos acostumbrados a analizar los hechos en una sola dirección y en un único sentido y, por tanto, hacemos las deducciones o las extrapolaciones en función de ello. Para aprender a dominar la intuición, se trata de tener una visión mucho más completa de los hechos. Visualizar los hechos de dentro a fuera y de fuera adentro; de local a global y de global a local; de arriba a abajo y de abajo a arriba. Mirar en todas las direcciones y todos los sentidos. Sólo así podemos llegar a contemplar todo el universo de posibilidades. Entonces, de la misma manera que podemos diferenciar entre recuerdos de alguna experiencia real y recuerdos de alguna experiencia imaginada, podemos llegar a reconocer cual es la intuición que más probablemente corresponde a la realidad. En el caso de las cartas es muy fácil, solo hay 52 posibilidades. En la vida práctica, las posibilidades son muchas más y mucho más ambiguas.

Emma y Blue se quedaron pensativas, como si fueran a preguntar algo pero no supieran qué. Todo aquello les venía muy de nuevo.

—Va, cambiemos nuestro futuro y vayamos a casa, que empieza a hacer frío y debemos estudiar cómo podemos ir a Suiza y tomar una buena decisión — propuso Daniel al ver que no había más preguntas.

—A tomar una buena decisión teniendo en cuenta la intuición —añadió Blue—. Por cierto, yo antes quiero comprar ropa, un teléfono móvil y algunas cosas. ¿Quién me puede dejar algo de dinero?... A cuenta de los veinte millones, claro.

Los tres fueron a comprar ropa para Blue y Daniel también se compró un abrigo grueso con capucha. Decía que en Zúrich haría mucho frío. Después volvieron al apartamento y estuvieron mirando qué opción era la mejor para ir a Zúrich: en coche, en tren o en avión.

Al final, entre todos, decidieron ir en tren hasta Lyon y desde allí hacer transbordo en un tren nocturno hasta Zúrich. El tren llegaría sobre las seis de la mañana del lunes, así que tenían tres horas de margen. El coche era quizás el más seguro pero era cansado y Blue debía descansar. El avión suponía ir al aeropuerto de Barcelona y llegaba a Zúrich a las nueve de la noche, lo que

suponía que tendrían que pasar la noche allí. Por otro lado, era muy probable que en el avión se encontraran con su madre y Mark, y preferían no hacerlo. Desde el aeropuerto de Girona no había vuelos directos a Zúrich.

A las seis de la tarde salía el tren de la estación de Girona y llegaba a Lyon hacia las nueve y media de la noche. A las doce salía el tren hacia Zúrich que llegaba a las seis de la mañana. Este último era bastante más lento, pero ya iba bien que así fuera puesto que así llegaba a la ciudad cuando amanecía.

Compraron los billetes a través de Internet y se fueron a dormir.

Domingo, 26 de Octubre de 2014 a las 09:10

Por la mañana aprovecharon para descansar, pasear por el pueblo y comer bien en uno de los restaurantes del paseo del mar. Emma y Blue se entendían bastante bien. Ambas mostraban interés por lo que decía la otra. Daniel actuaba como árbitro en las conversaciones y sólo, de vez en cuando, ellas se quedaban mirándolo esperando su opinión.

A las cinco de la tarde salieron en coche hacia la estación de trenes de Girona. El tren hacia París que pasaba por Lyon salió unos diez minutos tarde, a las seis y diez. Tenían un viaje largo por delante, así que era mejor tomárselo con calma. A las diez menos cuarto llegaron a la estación de Lyon. Allí bajaron y comieron unos bocadillos en la misma estación, esperando la hora de subir al tren.

Hans observaba desde un rincón de la estación. De repente, vio como Blue, Daniel y otra mujer entraban en uno de los bares de la estación. Llamó a Franz por el móvil.

—Franz, ya los tenemos. Han entrado en el bar frente al quiosco.

—Muy bien. Ahora vengo para acá.

Los dos se quedaron detrás del quiosco, ya que les permitía una buena visión del bar y de los vagones del tren.

—Mira, les he hecho una foto.

—¿Quién es esta? —preguntó Franz señalando a Emma.

—Ni idea.

—Envíale la foto a Mr. Farreres de la agencia de detectives, a ver si él sabe quién es. Yo, mientras, informaré a Heinz.

Hans le envió la foto a Santi y le preguntó si sabía quién era aquella mujer morena. Estuvieron esperando su respuesta un buen rato.

—A ver, mira si ha contestado.

Hans miró su móvil y vio que el mensaje aún no se ha enviado.

—Mierda de Whatsapp, ¡nunca funciona cuando lo necesitas!
—Pásamela a mí, que se lo enviaré yo. Así también lo enviaré a Heinz.
—De acuerdo... ya la tienes.
Franz volvió a enviar la foto.
Pasaron unos minutos y el mensaje no se enviaba.
—¡Mierda de Whatsapp! —repitió.

Eran las doce menos veinte cuando el tren de Zúrich abrió las puertas y los pasajeros empezaron a subir. La llegada estaba prevista para las seis en punto de la mañana. Al cabo de unos minutos, Daniel, Blue y Emma atravesaron rápidamente la estación y subieron al tren. Franz y Hans observaron en qué compartimento entraban.

—Venga, subamos al tren. Nuestro compartimento está en el vagón contiguo del que están ellos —remarcó Franz.

Santi estaba en casa mirando un debate en la tele y comiendo palomitas. Cuando pusieron anuncios, miró su móvil tal como hacía rutinariamente. Entonces vio el mensaje de Hans con la foto de...

—¡Ostras! ¡Si es Emma! —exclamó dando un bote— ¡Y con los otros dos pájaros!

La tengo que avisar, pensó. ¿Qué cojones está haciendo en la estación de Lyon y con estos dos?

Llamó a Emma, pero ella no respondió. Decidió enviarle un mensaje con la foto y preguntarle qué tenía que hacer.

43

Lunes, 27 de Octubre de 2014 a las 00:05

En la estación, el tren se puso en marcha. Cuando salieron a campo abierto, Emma recibió una notificación. Miró su móvil.

—¡Mierda! ¡Están aquí!

Les enseñó la foto donde se les veía a los tres yendo hacia el bar de la estación.

—Me la ha enviado Santi, mi colaborador de la agencia, y a él se la ha enviado uno de los dos matones *gays*. Le preguntan si sabe quién es esta chica, es decir, yo.

Daniel intervino.

—Pues que les diga quién eres, ¿no? La empleada del banco que les informó de una transferencia de veinte millones de euros y que, curiosamente, se va a Suiza con unas maletas y con Blue. Ya sabemos que, si se informa a hacienda de un ingreso de veinte millones, tendría que pagar la mitad en impuestos. Es decir, ¡diez millones!

Emma y Blue se miraron.

—¡Qué cabrón que eres! ¡Les haremos ir de cabeza! —saltó Blue.

—Pero no lo entiendo —dijo Emma—; ¿ahora se supone que estamos evadiendo veinte millones de dólares?

—Exactamente.

—¿Y qué ganamos con esto?

—Siempre va bien tener algo con qué negociar si se da el caso, ¿no? Y veinte millones son muy golosos —dijo Daniel.

—¡Caramba! Soy imaginariamente rica y yo sin saberlo —dijo Emma.

—¡Eh! ¡Que los veinte millones son míos! —le reclamó Blue.

—Va, no os peleéis. Los repartiremos en tres partes y todos contentos —dijo Daniel en broma.

—Si llego a saber que los teníamos que repartir hubiera dicho que eran cuarenta millones —exclamó Emma indignada.

—Mejor sesenta, que son más fáciles de dividir entre tres y así no salen decimales —dijo pragmáticamente Daniel.

—¡Qué cara tenéis! —dijo Blue, indignada.

—Va, Emma, llama a tu colega y dile que les explique esto, pero que lo haga dentro de un par de horas. Tenemos que ganar tiempo.

Emma miró a Blue, que asintió con la cabeza.

—Muy bien, llamaré. Pero yo quiero mi parte del botín.

Emma llamó a Santi.

—Santi, escucha, ya sé quién es esta chica morena tan guapa, elegante y atractiva de la estación. Su cara me es familiar, je, je. Bien, diles exactamente lo que te diré: "Esta chica es la empleada del Banco de Samalús que fue a casa de Meritxell a comunicarle que ya había llegado una transferencia de veinte millones de dólares..." —Emma le contó todo el montaje a Santi.

Santi alucinaba.

—Muy bien, muy bien, pues ahora les cuento este cuento. Espero que sepas lo que haces, Emma. Yo confío en ti, pero creo que te estás metiendo en un buen lío.

—Sí, lo sé, Santi, pero no queda más remedio.

—De acuerdo. Pero ve con cuidado.

—Otra cosa. Espera un par de horas antes de darles esta la información, así tendremos un tiempo de margen para preparar nuestra estrategia.

—¿Un par de horas? Bueno, vale. Así lo haré.

Daniel intuía que aquello no acabaría bien. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para evitar que alguna de ellas saliera perjudicada pero, sin querer, se habían puesto en la boca del lobo. Ahora estaban atrapados dentro de un tren en marcha con dos asesinos sin escrúpulos dispuestos a liquidarlos y no veía muchas posibilidades de poderlo evitar. Tenía que agitar el destino. Hacer que cambiara para poder escapar. Quizás así tendrían alguna opción de salir adelante.

Una vez hecha la llamada, Daniel continuó con sus ideas estrambóticas.

—Ahora tenemos que hacer que Blue aparente que todavía está enferma. La tenemos que maquillar, le pintaremos ojeras y le humedeceremos la cara, como si sudara. Tenemos que estar preparados y las cartas se deben marcar antes de empezar a jugar. Creo que la partida comenzará muy pronto —dijo de forma solemne.

—¡Hala! ¡De perdidos, al río! —saltó Emma.

—No me costará mucho hacerme la enferma. Cogeré dentífrico verde para

hacer ver que vomito —dijo Blue.

—Bueno, pero no exageres, o parecerás más una poseída que una enferma infecciosa —observó Daniel.

—Eso quizás los asustaría más, teniendo en cuenta la experiencia paranormal que tuvieron en tu casa.

—¿Tú crees? Si les decimos que tienes el Ébola, ya verás como corren.

—¡Ostras sí!, ja, ja, ja —rieron los tres.

—Coged estas mascarillas y estos guantes de látex; esto dará más credibilidad al montaje.

Daniel repartió una mascarilla y guantes a cada una.

—Va, que te maquillo —se ofreció Emma.

Lunes, 27 de Octubre de 2014 a las 00:20

Franz y Hans se habían instalado en su compartimiento, esperando el momento oportuno para cumplir las instrucciones que Heinz les había dado hacía sólo unos minutos, cuando Franz le había llamado para ponerlo al día de la situación: debían esperar que no hubiera nadie en el pasillo.

Al cabo de un buen rato, Franz sacó la cabeza por la puerta del compartimiento y miró.

—Esto está muy tranquilo. Va, vayamos avanzando trabajo.

Se dirigieron hacia la plataforma del vagón y allí se pusieron a trabajar; Franz desmontó un panel eléctrico mientras Hans vigilaba que no viniera nadie. Aparentemente todos en el tren dormían, o al menos no había nadie por el pasillo. Una vez abierto el panel, Franz siguió las instrucciones que le habían enviado al móvil para poder abrir la puerta con el tren en marcha y sin que saltara la alarma.

Después de hacer algunos puentes eléctricos y comprobar que la puerta se abría sin emitir ninguna alarma, lo dejó todo listo para que sólo haciendo un último puente, se abriera la puerta. Después dejó la tapa del panel apuntalada y se fueron.

Las instrucciones de Heinz habían sido muy claras: en primer lugar debían desembarazarse de Blue y Emma. A continuación, debían llevar a Daniel al que llamaban «Hotel Paradise»: una cámara de descompresión adaptada para ser usada como celda situada en un especie de hangar junto al lago, donde guardaban botes y utensilios de navegación. La solían utilizar para hacer «entrevistas íntimas» a sus invitados con la ayuda de algún estupefaciente que les hiciera sentirse más comunicativos.

La policía creería que Daniel era el culpable de las muertes de las dos mujeres. Heinz no quería correr el riesgo de que Blue llegara a la firma de la herencia y ya estaba demasiado cerca de conseguirlo. Era demasiado tarde para hacer cualquier pacto o seguir estrategias complicadas. Además, ahora Daniel le

interesaba más; sospechaba que le podría aportar información de gran valor económico y de paso, le cargaba con el mochuelo.

—Ya estamos listas —dijo Blue.

Las dos chicas llevaban la mascarilla puesta. Blue parecía una zombi. Despeinada, con las ojeras pintadas y los ojos oscurecidos por los efectos de la sombra de ojos. Daba miedo solo verla.

—Muy bien, ahora falta lo más importante —sentenció Daniel— ¿Sabes qué es, Emma?

—¿Yo? No, ¿qué?

—Tenemos que poner el nombre a la misión.

—Ah, ¡por supuesto! Seguro que ya has pensado alguno.

—Ya lo creo. Me he inspirado mientras te veía maquillando a Blue.

—Agárrate fuerte, Blue, no caigas de culo con el nombre que debe de haber inventado este hombre...

—La llamaremos "Operación Zombi".

—Muy apropiada y original —dijo Blue—. Nunca había sido la protagonista de una misión secreta.

—Ahora sólo queda esperar que nuestra intuición nos marque el camino —dijo Daniel.

En el compartimento de al lado de donde viajaban Daniel, Emma y Blue, viajaban dos mujeres mayores. Hans y Franz entraron en él y rápidamente las dejaron inconscientes inyectándoles un anestésico de acción inmediata. Querían estar más cerca de su objetivo. Se sentaron tranquilamente en la cama y prepararon las pistolas con el silenciador.

—Bueno, repasemos el plan —dijo Franz.

Desplegó un plano y trazó con el dedo el recorrido del tren.

—El plan será este: ahora estamos aquí —dijo señalando con el dedo sobre el mapa—. Dentro de unos veinte minutos el tren pasará por la cresta de estas montañas. Una caída del tren en este lugar tiene que ser fatal. Cinco minutos antes, los vamos a buscar, los amenazamos con las pistolas y les atamos las manos con las bridas. Entonces los llevamos a la plataforma, abrimos la puerta y echamos a las mujeres fuera del tren y cerramos la puerta. Después llevamos a Torrents a nuestro compartimento y nos esperamos hasta llegar a Zúrich. Después lo llevamos al Hotel Paradise. Y aquí termina nuestro trabajo. Así de fácil y sencillo.

Hans lo escuchaba mientras iba revolviendo las pertenencias de las dos mujeres y embolsándose lo que consideraba valioso.

—Ostras, Franz, esto de liquidar dos mujeres me da muy mal rollo. Y aún más si se trata de mujeres jóvenes. Me hace pensar en mi pobre madre, que quería que fuera abogado. Ya ves, yo, ¡un defensor de la ley! Si ella me viera ahora desde el cielo, ¿qué pensaría de su hijo miserable? Esta pobre chica, tan angelical, que nunca ha roto ni un plato, seguro que aún es virgen. No debe saber ni lo que es un buen polvo. Siento un nudo en la garganta, de verdad Franz... y se me revuelve el estómago. A veces pienso que este trabajo no está hecho para mí...

—¿Cuánto? —dijo Franz interrumpiendo el sermón con impaciencia.

—Cinco mil.

—Tres mil.

—¡Hecho!

—Te conozco como si te hubiera parido. ¡Venga! Vamos a liquidar a esta puta virgen angelical que tanta pena te da.

—¡Vamos!

Cuando salían, el móvil de Franz vibró dentro de sus pantalones. Volvieron a entrar.

Era un mensaje de Santi Farreres.

Daniel estaba tumbado en la cama medio dormido, pero su intuición le avisó de repente: había algún peligro. Abrió la puerta y no vio a nadie en el pasillo.

—¿Qué haces, Daniel? —le preguntó Blue.

—Hay algo que no me gusta; nos tenemos que mover.

—¿Has oído algo? Yo no he oído nada.

Emma se despertó en ese momento también.

—Sí, lo he oído, pero no con el oído. ¡Va! Coged sólo lo que sea imprescindible, que tenemos que movernos. Cambiaremos de vagón y buscaremos algún compartimiento vacío.

Los tres se pusieron los abrigos, cogieron los objetos personales y los bolsos y salieron sigilosamente del compartimento. Pasaron al otro vagón y fueron probando abrir las puertas de los compartimentos hasta que encontraron una que se abrió. Entraron. Había dos maletas. Las registraron.

—Camisas floreadas —dijo Blue mientras se ponía una por encima—. Seguro que son de los dos sicarios de Heinz. Quizás aquí será el último lugar donde nos buscarán.

—Das miedo, Blue, con esa cara y esa camisa.

—Mirad qué botellas —Emma mostró cuatro botellitas.

—¿A ver? Son como las que me inyectaban en casa.

—Las esconderemos, pueden sernos útiles —dijo Daniel.

—¿Algo más de interés en las maletas?

—Nada más.

—Bueno, pues vamos a putearlos un poco más —dijo Daniel mientras lanzaba las maletas por la ventana.

Buscaron un lugar para esconder las botellitas y al final las escondieron detrás de un extintor del pasillo. Daniel se quedó vigilando por si venían los dos hombres.

—¡Veinte millones! —dijo Franz al leer el mensaje de Santi. Se le pusieron los ojos como dos ruedas de *trailer*.

—¿Qué dices? —saltó Hans.

—¡Estos cabrones están evadiendo veinte millones! Toma, lee tú mismo.

Hans leyó el mensaje.

—¡Joder! Seguro que los llevan en alguna maleta.

—Es muy posible. Hans, me parece que después de eso nos podremos retirar. Los dos se miraron ¿Estaban pensando en lo mismo?

—Quizás podríamos descuidarnos de liquidar a las chicas a cambio de una módica compensación económica, ¿verdad Franz?

—Una módica compensación... ¿de veinte millones?

—Seguro que es dinero sucio, Franz, nadie lo quiere, les haremos un favor evitando que evadan todo ese dinero y que se pongan al margen de la ley.

—No podemos permitir que ensucien su honradez con todo ese dinero sucio. Nosotros ya tenemos el alma podrida, no nos va de eso ¿verdad Hans?

—Y tampoco molestaremos a Heinz por una minucia como ésta, ¿no?

—No, no, claro, no hace falta molestarlo. En cualquier caso, antes deberíamos comprobar si es cierto que llevan todo ese dinero. No me fío ni un pelo.

—Sí. Lo tenemos que comprobar.

—Seguiremos con el plan original hasta que comprobemos si es verdad lo del dinero ¡Venga vamos!

Con las pistolas en la mano, entraron en el compartimento de al lado, pero, ante su sorpresa, lo encontraron vacío.

—¡Que extraño! ¿Dónde han ido? —dijo Franz—. Venga, aprovechemos para

registrar las maletas.

Daniel entró precipitadamente en el compartimiento donde estaban las chicas.

—Tenemos que movernos. Los he visto como salían del compartimiento contiguo al nuestro y entraban en el nuestro. Intuyo que después vendrán hacia éste. Seguro que están buscando el dinero, así que deben estar registrando nuestras cosas. Debemos aprovechar este momento.

Los tres volvieron a cambiar de camerino y entraron sigilosamente al de las mujeres mayores que dormían como angelitos. Daniel les tomó el pulso. Parecía que habían sido narcotizadas.

Franz y Hans registraron las maletas y el compartimiento pero, evidentemente, no encontraron el dinero. Sólo ropa y objetos personales.

—Seguro que lo llevan con ellos. Yo tampoco hubiera dejado veinte millones desamparados... —dijo Franz— ¡Vamos a por ellos!

Estuvieron buscando por todos los compartimentos de los vagones adyacentes, llamando a la puerta y simulando que se equivocaban.

De pronto el móvil de Franz vibró en sus pantalones. Miró y se puso firmes. Era Heinz.

—¡Franz!

—Hallo, *Herr* Heinz.

—Hace rato que no me llamáis. Quiero que me tengáis informado cada media hora hasta que se termine el trabajo. ¿Habéis averiguado ya quién es la mujer que va con ellos?

—Sí, sí, *Herr* Heinz... No, no, *Herr* Heinz.

—¿No qué?

—No, todavía no sabemos quién es. ¿La tenemos que liquidar también?

—No podemos dejar testigos, aunque no me gusta eliminar a alguien que no sé quién es.

—Interrogadlos y me decís quién es. Espero vuestra llamada.

—Sí, sí *Herr* Heinz. Ahora mismo lo hacemos.

—¡Mierda! —dijo Franz una vez colgó.

—¿Qué pasa?

—Heinz quiere que averigüemos quién es esta chica. Si se entera por otro lado que lo sabemos, tendremos problemas.

—¡Joder!, Mark la conoce.

—Sí, Hans lo sé. Déjame pensar.

Hans hizo ver que también pensaba, poniendo cara seria.

Pasaron unos segundos de gran intensidad meditativa.

—Tenemos que decirle quién es pero no diremos nada del dinero. Si lo encontramos, lo haremos desaparecer.

—¿Desaparecer? ¿Qué quieres decir?

—Que nos lo quedaremos sin decírselo a nadie.

—¡Ah!, eso me gusta más.

De repente se oyó un grito escalofriante que venía del compartimiento de las mujeres mayores. Allí dentro, una de ellas se había despertado y al ver la cara de zombi de Blue, se había vuelto a desmayar no sin antes emitir el susodicho chillido que despertó a medio vagón y que puso en sobre-aviso a los dos sicarios de Heinz.

A Franz y Hans les faltó tiempo para entrar en el compartimiento empuñando las pistolas y allí los encontraron a todos: Blue sentada en el suelo, en una esquina, y los otros arrinconados al otro lado. Las mujeres mayores en sus correspondientes camas. Una vez dentro, cerraron la puerta.

—¡Aha! *¡Guten Abend meine lieben Freunde!* (¡Buenas noches queridos amigos!) —saludó Franz sonriendo.

Nadie contestó, porque en el pasillo se empezaron a oír ruidos. Alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? —contestó Franz abriendo un centímetro la puerta.

—Disculpe, soy el revisor. Parece ser que se han oído gritos. ¿Están todos bien?

—Sí, sí. No pasa nada. Mi compañero es muy escandaloso, ¿verdad, Hans?

—¿Eh? ¿Yo? Sí, sí. Es que... nos hemos olvidado la vaselina y...

Franz le dio una patada.

—No hace falta entrar en detalles, Hans, seguro que este hombre ya se imagina...

Daniel estuvo tentado de decir algo, pero las dos pistolas seguían apuntando hacia ellos. Por otra parte, el revisor poco podía hacer. La única esperanza era que no se creyera la bola y pidiera ayuda en la próxima estación.

—¡Ah!, ya entiendo. Por favor, procuren no hacer tanto ruido.

—Sí, sí, descuide, ya nos ponemos a dormir.

—Buenas noches.

Una vez solucionado el incidente, Franz comenzó el interrogatorio.

—A ver, ¿tú quién eres? —preguntó en alemán apuntando con la pistola a Emma que no entendía nada.

—¿Qué dice? —le pidió a Blue.

Blue se apartó la máscara y comenzó a toser expulsando una pasta asquerosa de color verde, (el dentífrico que se había puesto en la boca durante la interrupción del revisor). Daniel y Emma dieron un salto y un grito, apartándose aún más de ella. Entre carraspeo y escupitajo, Blue les respondió.

—Ella no habla alemán, es mi asesora bancaria.

—Pero ¿qué mierda es esto? —dijo Franz apartándose de un salto para esquivar los escupitajos.

—Pero, ¿por qué le preguntas quién es si ya lo sabemos? —preguntó inocentemente Hans.

—¡Calla, Hans! Quería saber si nos mentían. Bueno, vamos al grano. ¿Dónde está el dinero?

—¿Qué dinero? —preguntó Blue.

—Los veinte millones. Lo sabemos todo. No hace falta que lo escondáis. Sabemos que los lleváis aquí.

—¡Franz...! ¡Franz!

—¡Calla, Hans! Venga que no tenemos toda la noche. El primer tiro irá a la pierna. El segundo directo a la cabeza —dijo apuntando a Emma.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —reclamaba ella asustada.

—¡Franz! ¡Franz!

—¡Calla, Hans! ¡No me toques más los huevos! ¿No ves que tengo trabajo?

—¡Pero Franz...!

—¡Que te calles, Hans! No me hagas gritar más de la cuenta o ya verás qué le decimos al revisor esta vez. Va, cantad. Tú, niña bonita, ¿dónde habéis dejado el dinero?

—Pero Franz...

—¡Mierda! ¿Pero qué cojones te pasa?

—Franz, ¿por qué todos van con mascarilla?

—¿Eh?

—Mira, todos llevan mascarillas... ¡y guantes de goma!

Franz dio un bote y se tapó la boca. Hans le imitó.

—¡Joder! Pero qué...

—No os preocupéis. Será rápido. Dos días como máximo —dijo Blue simulando una voz ronca—. Lo peor son las fiebres y los dolores de ovarios. Bueno, vosotros no tenéis de eso. Quizás os atacará a los huevos, no lo sé.

Los dos se retorcieron al sentir una punzada en el bajo vientre.

—Pero... ¿qué mierda tienes?

Blue siguió hablando entre toses y escupitajos.

—¿No te lo ha dicho Heinz? Me inyectaron un virus.

—Es el Ébola Franz, seguro. ¡Estamos fritos!

—No seas bobo, Hans. Lo aclararemos enseguida. No me fío ni un pelo.

Franz llamó a Mark. Quería saber más sobre el virus y el antídoto aquel que llevaban. Mark le confirmó que era un virus muy contagioso y que al cabo de dos días la palmarían si no se tomaban el antídoto. A Franz se le puso la cara blanca como un folio.

—¡Mierda! Es verdad Hans, estamos bien jodidos.

Blue volvió a toser expeliendo unos escupitajos hacia los pantalones de Franz y Hans.

—¡La madre que te parió! —dijo Franz mientras se quitaba rápidamente los pantalones y los tiraba debajo de la cama como si estuvieran apestados.

Hans también hizo lo mismo y los dos se quedaron en calzoncillos.

—Vosotros, dadnos las mascarillas y los guantes, ¡rápido!

Daniel los miró con ojos de pánico y contestó diciendo que no con la cabeza y algo ininteligible a través de la máscara.

—¿Qué dice de una muerte segura? No lo entiendo —dijo Hans, al que empezaban a temblarle las piernas—. Franz, larguémonos de aquí. Esto no es seguro.

—¡Quieto aquí! Hemos venido a hacer un trabajo y lo vamos ha hacer. Tenemos el antídoto. Si nos decís dónde está el dinero, os lo suministramos y todos salimos ganando: win-win.

—¿Qué antídoto? No hay antídoto —dijo Blue.

—Sí que lo hay. Mark nos lo dio para ti —intervino Hans.

—¡Cállate Hans!

—¿Mark? —repitió Blue quedándose atónita y enrabiada.

—Hans, ve a buscarlo.

Hans agradeció poder salir del compartimento, aunque fuera en calzoncillos.

—Menos mal que tenemos el antídoto —masculló Franz algo más aliviado.

Hans entró en su compartimento y cuando vio que las maletas habían desaparecido le entró un sudor frío y temblor por todo el cuerpo. Las buscó desesperadamente por aquella pequeña estancia pero nada. Iba de vuelta por el pasillo completamente asustado y abatido cuando se encontró de cara con el revisor.

—Señor, por favor, no se puede ir en calzoncillos por el pasillo. Haga el favor de ponerse algo.

—¿Eh? Ah, sí, no se preocupe, ya voy a mi compartimento.

El revisor se acercó más.

—No es por mí, eh, pero hay unas normas. Veo que todavía le tiemblan las piernas. Esas piernas tan peludas y bonitas...

—¿Eh? Sí, sí... ha sido una noche... si me disculpa...

El revisor todavía se acercó más para hablarle en voz baja.

—Sí quiere, yo tengo vaselina en mi compartimento...

Hans lo miró sin saber cómo reaccionar. El revisor, animado por el desconcierto de Hans, continuó.

—Yo mismo puedo ponérsela allí donde le escuece...

Hans estaba a punto de explotar, pero no quería añadir un problema más a todos los que ya tenían y se pudo contener.

—No, yo... oiga, yo... ahora no estoy... ¡Buenas noches! —dijo mientras se cruzaba con el revisor.

Pero justo cuando se habían cruzado, el revisor le tocó el culo. Hans reaccionó instintivamente sacándose la pistola y propinándole un golpe de culata en la cabeza que lo dejó completamente frito.

La puerta del compartimento se abrió y Hans apareció, arrastrando el revisor por los brazos.

—¡Pero qué has hecho, Hans! ¡Aquí ya no cabe nadie más!

A Hans le temblaban hasta los pelos de las piernas y no le salían las palabras. Comenzó a tartamudear.

—Franz, Franz... no... no... ¡no están!

—No están, ¿quién?

—Las bo... las bo... tellas... ¡no están!

—¿No están las botellas? ¿Es esto?

—Sí... sí.

—Seguro que no has buscado bien. Yo mismo las puse en las maletas. Va, entra.

—Quédate aquí y vigila bien... voy a buscarlas ¡inútil! —dijo Franz.

—No... ¡no están! Las ma... las ma... No... ¡no están!

—¿Las maletas? ¿Que no están las maletas tampoco? ¡Mierda! Seguro que te has confundido de compartimento.

—Va, vigila a estos, que voy a buscarlas.

—¿Donde lo dejo?

—Aquí, junto a la vieja. ¿Pero qué ha pasado?

—Este sátiro me ha tocado el culo y le he tenido que dar un golpe.

—¡Serás zopenco, Hans!

En ese momento se oyó un zumbido de debajo de la cama. Todos se sobresaltaron.

—¿Qué es esto? ¡Joder! ¡El móvil!

Era el móvil de Franz; había quedado dentro de los pantalones que ahora estaban debajo de la cama.

—¡Mierda! Sólo faltaba eso. ¡El puto Heinz! Hans, coge el móvil.

—¿Yo? Cógelo tú, es tu móvil.

—¡Ah!, claro, es verdad, es mi móvil, ¿verdad? Pues dame el tuyo.

—¿El mio? Está en los pantalones, debajo de la cama, como el tuyo.

—Ese es tu problema, va, ¡dame tu móvil! Y no me toques más los huevos que no estoy para cuentos.

Hans tenía los ojos encendidos, casi a punto de llorar.

—Que lo haga la chica, que lleva guantes —dijo Hans señalando a Emma.

En ese momento, alguien llamó la puerta. Todos se quedaron mudos e inmóviles, mirándose. Los latidos de los corazones azorados reverberaban entre las paredes de aquel reducido recinto.

—¡Silencio absoluto! —ordenó Franz mostrando la pistola.

Abrió la puerta en la justa medida para sacar la nariz. Un hombre bajito y enclenque con gafas redondas, cabello liso y engominado, y con bata, estaba plantado en la puerta.

—¿Qué quiere? —le espetó Franz de mala gana.

—Hola, soy del compartimento vecino. ¿Podrían dejar de hacer tanto ruido? Estoy intentando dormir y si continúan así me veré obligado a avisar al revisor...

—Ah, ¿sí? ¿quiere avisar al revisor? —dijo Franz cogiéndolo por el cuello, haciéndolo entrar en el compartimento y empujándolo sobre la cama donde estaba el revisor con una de las mujeres mayores.

—Pues aquí está el revisor. Y ahora te toca a ti hacernos un favor —dijo blandiendo la pistola.

El hombrecillo, al ver la pistola y la gente aturdida del superpoblado compartimento, le entró un especie de canguelo que le hizo aflojar el esfínter urinario y, poniéndose de rodillas, empezó a implorar piedad.

—Por favor, piedad, ¡no me mate! Soy soltero y no tengo hijos. No me mate por favor.

—Mira, Hans, uno que nos lo pone fácil para liquidarlo. Dice que no tiene hijos para darnos pena. Este te lo dejaré para ti, a ver si te vas acostumbrando un poco.

—Pues a mí un poco de pena me da. Hay que reconocer que es original, el hombre.

—Por favor, ¡no me mate! Soy soltero y no tengo hijos... y tengo dinero... ¡no me mate!

—¡Eh! ¡Que dice que tiene dinero! —repitió Hans que se había distraído un poco—. A ver, ¿de cuánto dinero estamos hablando?

—Tengo quinientos euros en el compartimento. De verdad, se lo juro, se los puedo traer; son suyos.

Franz y Hans se miraron.

—Hans, saca las bridas; este amable señor nos hará el trabajo sucio. Lo que queremos es que nos ayude a poner estas bridas ligando las muñecas de estas personas —dijo mientras Hans le daba el material.

—Sí, sí, pero no me mate por favor.

—Y que queden bien fuertes. Después las revisaremos.

—Sí, sí. ¿Por qué van con mascarillas? —preguntó el pobre hombre, un poco extrañado.

—Aquí las preguntas las hago yo, que para eso llevo la pistola.

Una vez hecho el trabajo, Franz le encargó uno nuevo.

—Muy bien. Ahora lo que queremos es que nos recoja los móviles que hay en los bolsillos de los pantalones que se nos han caído bajo la cama. Y rápido, que tenemos trabajo.

—¿Los pantalones se han caído? ¿Los móviles? Sí, sí, enseguida.

El hombrecillo recogió los móviles y, una vez terminado el trabajo, cayó como un muñeco de trapo sobre el revisor, a causa de un fuerte golpe que le propinó Hans con la culata de su pistola.

—Aquí ya no cabe nadie más. Ahora tenemos que empezar a hacer limpieza —dijo Franz.

En ese momento alguien llamó a la puerta del compartimento. Todo el mundo se quedó expectante otra vez.

—¡Silencio! —ordenó Franz en voz baja y amenazando con la pistola. Entreabrió la puerta para sacar la nariz y se encontró cara a cara con un chico joven y bien vestido.

—¿Qué quieres chico? —preguntó de mala manera.

—Servicio de bar, señor.

—Nosotros no hemos pedido nada.

—Sí, señor. Alguien ha pulsado el botón del servicio de bar.

—Ah, ¿sí? Pues ahora ya no queremos nada —dijo Franz cabreado. Ya iba a

cerrar la puerta cuando... la voz fuerte de Daniel salió de dentro del compartimento.

—¡Un cortado corto de café!

El camarero sacó la libreta y empezó a apuntar mientras repetía el encargo.

—¡Una taza de chocolate negro bien caliente! —gritó Blue.

El camarero iba repitiendo y tomando nota.

—¡Con galletas!

—Con galletas.

Franz se estaba poniendo histérico.

—¡Un té verde con menta! —Emma se añadió al convite.

Y aún otra voz se hizo escuchar:

—¡Un café americano! —dijo Hans.

Franz se giró y lo apuñaló con una mirada ensangrentada.

—¿Qué? ¿No puedo pedir nada, yo? Si todos piden —dijo Hans inocentemente.

—¿Pero cuánta gente hay aquí? —preguntó el camarero sorprendido.

—Este terminará dentro —susurró Daniel a Emma.

—Eso no es asunto tuyo. Estamos haciendo una timba de cartas —dijo Franz intentando que la excusa dejara al chico tranquilo.

—¡Veo los cuatrocientos y subo a quinientos! —dijo Hans con voz exageradamente fuerte.

Franz le dedicó otra mirada asesina.

—Ya veo que usted incluso ha perdido los pantalones —dijo el camarero riendo.

—Oye, chico, ¡no me toques los huevos tú también!

—¡Y también dos huevos duros! —pidió entonces Daniel.

—Sí señor, dos huevos... —repitió el camarero mientras apuntaba en la libreta —, ¡huy!, lo siento la cocina ya está cerrada.

—¡Nada de huevos duros! —gritó Franz al borde de un ataque de nervios.

—Perdone ¿Usted no quiere nada? —le preguntó el camarero.

—¿Yo? ¡Sí hombre! Ya puestos, un whisky doble, JB. Me lo he ganado.

—Muy bien. Ahora le traigo todo.

Cuando finalmente Franz pudo cerrar la puerta se volvió y dijo:

—¿A ver, quién ha sido el gracioso que ha pulsado el botón del servicio de bar? ¿¡Es que no me pueden dejar trabajar en paz!? No quiero ninguna sorpresa más, ¿lo han entendido? —dijo manejando la pistola como si fuera una batuta dirigiendo la marcha militar de Schubert.

Todo el mundo se quedó mudo, poniendo cara de buenos chicos.

—Y tú, Hans, ya sabemos que eres un gran actor y que deberías estar trabajando en Hollywood, pero, por favor, entre la vaselina y las apuestas, por hoy ya hemos tenido suficiente.

Hans también puso cara de buen chico.

—Ahora tendremos que esperar que venga este mocoso a traer las bebidas — continuó diciendo.

—Mientras aprovecharé para llamar a Heinz —masculló para sí mismo.

45

Lunes, 27 de Octubre de 2014 a las 00:55

—*Herr* Heinz, aquí Franz; tenemos novedades.

Heinz no había podido irse a la cama. No paraba de beber whiskys y ahora escuchaba *You Shook me all night long*, de AC/DC. En los momentos críticos necesitaba algo fuerte que lo pusiera a tono; la música clásica no era suficiente.

—¡Ya era hora! ¿No te he dicho que me llamas cada media hora? ¿Cuál es la situación?

—Sí, *Herr* Heinz, es que el tren está muy transitado y hemos tenido que ir... sorteando a la gente. Pero finalmente los tenemos aquí controlados en un compartimento. La chica desconocida resulta ser la asesora bancaria de la niña.

—¿La asesora bancaria? ¿Y qué hace ahí?

—Espere, ahora se lo pregunto.

...

—Dice la niña que son amigas y que, viendo que ella se encontraba mal, la ha querido acompañar.

Heinz empezó a atar cabos: empleada del banco, transferencia, dinero, mucho dinero, impuestos, muchos impuestos, evasión de capital, Suiza. Todo encajaba perfectamente, como en un reloj suizo. Esta puta es espabilada e inteligente como su padre. Incluso me sabrá mal liquidarla, pensó.

Franz interrumpió las elucubraciones de Heinz.

—*Herr* Heinz, tenemos un problema.

—¿¡No te he dicho que no uses mi nombre real cuando estés en situaciones comprometidas! —gritó Heinz totalmente enfurecido.

Franz se puso a temblar.

—Sí... Sí... *Herr* Heinz... perdón.

—¿¡Cómo!?

—Sí... Sí... yo...

—Llámame *Herr* Hint, ¡inútil!

—Sí... Sí... Herr... Hintutil.

—¡Hint! ¡*Herr Hint!*, te he dicho. Va, habla.

—Sí... Sí... *Herr...* la chica, está muy mal. Tose mucho y escupe una mierda viscosa de color verde. Parece una zombi.

—¿Tiene fiebre?

Franz le dijo a Hans que mirara si Blue tenía fiebre.

Hans respondió que no con la cabeza, que no lo quería hacer; estaba muy asustado.

—Creo que sí, está sudando.

—¿Cómo que crees que sí? ¡Compruébalo! Necesito saberlo.

—Sí... Sí... *Herr Hint.*

Franz se acercó a Blue y le puso un dedo en la frente.

—Sí que tiene; su frente está húmeda y caliente.

—Bueno, pues escúchame bien: si tiene fiebre, es muy importante que no la toquéis ni os acerquéis a ella. ¿Lo habéis entendido? Es muy contagiosa.

Se hizo un silencio en la línea.

—¿Lo has entendido? ¿Franz ...? ¿Franz ...? ¿Se ha cortado?

Franz había sufrido una leve indisposición transitoria parecida a una parálisis cardíaca, pero como buen profesional que era, se supo sobreponer después de unos segundos de ahogo.

—Sí... sí... *Herr...*

—Muy bien. Ahora lo que quiero es que le pongas a Meritxell el antídoto que os dio Mark. Si le hacen la autopsia, no quiero que descubran en su sangre un virus que sólo tenemos nosotros.

—¿El antídoto? —repitió titubeando Franz mientras un sudor frío le invadía por todo el cuerpo—. *Herr...* *Hint...* eh... lo siento pero... el antídoto... me temo que... ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Cómo dices? ¿Que ha desaparecido?

—Sí..., *Herr Hint*, nos han robado las maletas con las botellas dentro.

—¿Que os han robado las maletas? ¡Panda de inútiles! —gritó Heinz mientras abría un cajón y buscaba unas pastillas.

Durante unos segundos sólo se escuchó el jadeo de Heinz por la línea.

—Ahora estate bien atento. La primera prioridad es evitar que la chica llegue al notario. Sea como sea. ¿Lo entiendes? Quiero un trabajo limpio y sin fisuras. No seáis chapuceros como siempre. Y si podemos inculpar a Torrents, mucho mejor. La segunda prioridad es encontrar el dinero que llevan. Mucho dinero. ¿Lo has entendido?

—Ah..., ¿sí? ¿Llevan mucho dinero?

—La tercera prioridad es traer a Torrents aquí, vivo.

—La cuarta prioridad es no dejar testigos.

—Sí, *Herr Hint* ha quedado claro. ¿Pero qué pasaría si nos hubiéramos contagiado de la mierda esa?

—¿Pensáis que podéis estar contagiados? Debéis tener cuidado de no acercaros demasiado a ella. Pero no os preocupéis mucho por eso, yo tengo antídotos aquí, en Zúrich, y si hacéis un buen trabajo no tendré ningún inconveniente en suministrarlos.

Al oír aquello a Franz se le abrió el cielo.

—Ah, sí, sí, gracias. Haremos un buen trabajo. Muchas gracias *Herr Heinz... Hintz... Hint*. ¡Muchas gracias! Le mantendremos informado en todo momento.

—Eso espero.

Colgaron. Franz se sentía otra vez aliviado.

—Hans, buenas noticias; *Herr Hint* dice que nos puede suministrar antídotos al llegar a Zúrich.

—¿*Herr Hint*? ¿Quién es *Herr Hint*?

Franz se sulfuró y sacó toda la rabia que había acumulado con Heinz gritando a Hans.

—¿¡Qué quién es *Herr Hint*!?! ¿No sabes que no podemos mencionar a *Herr Heinz* cuando lo podemos comprometer? ¡Imbécil!

—¡Ah!, ¿así que *Herr Hint* es *Herr Heinz*?

—¡Pero no te estoy diciendo que no podemos mencionar a *Herr Heinz*! ¡Inútil! Va, vayamos al grano. Pongámonos las mascarar. No pienso exponerme más a esta mierda —gritó Franz mientras se frotaba en el fregadero el dedo con el que había tocado Blue hasta dejarse la piel.

Franz y Hans arrebataron sin contemplaciones sendas mascarar a Daniel y Emma, y se las pusieron.

Al cabo de unos momentos, volvieron a llamar a la puerta. Franz la abrió dejando una fina rendija. El camarero llevaba una bandeja llena de cosas.

—Aquí tienen las bebidas —dijo esperando que le abrieran la puerta del todo. Franz dudó de cómo hacerlo. Finalmente le dijo:

—Ve pasándome las cosas.

—¡Ostras! ¿Y esa mascarar? ¿Hay algún escape de gas?

—Mocososo entrometido, cómo se me escape algún gas vas a saber lo que es bueno. ¡Va! ¡Pasame las cosas y acabemos con esto de una vez!

El camarero acercó la bandeja esperando que él abriera la puerta.

—¡Ostras! ¿Qué le ha pasado a su dedo?

—¡Pero serás gilipollas! A ti que te importa lo que me ha pasado en el dedo.
¡Que me pases las bebidas de una en una!

—¿Pero no me abre la puerta?

—¡No!

El chico fue pasando las bebidas una por una a Franz y él las pasaba a Hans que las iba colocando a su vez como podía en el lavamanos. Ya casi no cabía nada más. Lo último que le pasó fue su whisky doble. Franz se lo bebió de un trago y dejó el vaso vacío sobre la bandeja.

—¡Hala!, ya te puedes largar —dijo mientras cerraba la puerta hasta topar con el pie del camarero.

—Un momento, señor. Son treinta y cinco francos.

—¿Qué? Ya te pagaremos cuando llegemos a Zúrich.

—Lo siento, señor, las consumiciones se debe abonar al momento. Son las normas.

—¡Mierda! Este mocososo acabará con mi paciencia.

Franz se volvió hacia Hans y le ordenó:

—Hans, dame treinta y cinco francos.

—¿Yo? Tengo la cartera en los pantalones, Franz.

—¡Joder! Yo también. Eh... esto... ¿alguien puede dejarnos treinta y cinco francos? —preguntó a los de dentro— ya los devolveremos... algún día, ¿verdad Hans?

Se hizo un silencio sepulcral. Daniel y Blue se pusieron a mirar al techo disimulando.

—¿Están jugando a las cartas con tanto dinero y no tienen ni treinta y cinco francos? —interrogó el camarero extrañado.

—Pero a ti que te importa si tenemos o no... ¡jodido mocososo! Ya me has tocado los huevos demasiado. ¡Hala!, ¡haced sitio, que viene otro!

—¿Qué?

Franz lo cogió por la corbata y lo trajo hacia dentro de un fuerte tirón.

—Te lo dije —susurró Daniel a Emma.

El camarero fue a parar encima del revisor.

—Ostras, ¡cuánta gente! ¿Qué hacen todos con las mascararas? ¡Ostras el revisor! ¿Qué hace aquí? ¿Dónde están las cartas?

—Venga muchacho, ¿no querías cobrar?, pues coge las carteras de los pantalones que hay debajo de la cama —dijo Franz amenazando con la pistola.

—¡Ostras! ¡Una pistola! No tenga miedo, que no le haré daño. Ya puede guardar el arma.

—¿Qué? ¿Estás loco chico? ¡Va! ¡Las carteras! —ordenó señalando debajo de la cama con la pistola— ¡Qué panda de chiflados! —masculló Franz.

El chico pasó medio cuerpo entre las piernas que colgaban del revisor y las del vecino engominado, agarró los pantalones y sacó las carteras. Él mismo sacó los treinta y cinco francos de una de ellas y se los puso en el bolsillo.

—Fíjate Hans, él mismo se sirve. Venga, dale la propina.

—¿La propina? No llevo monedas, Franz.

—No, no, no es necesario, no es necesario propina —decía el camarero— ya me voy.

—¡Hans! ¡La propina!

El camarero intentaba hacerse lugar para ganar la puerta y salir pero Franz le propinó un golpe en la nuca con la culata de su pistola que lo dejó tan inanimado como un espantapájaros.

—¡Hans!, es que lo tengo que hacer todo yo. ¡Va! Muévelo a un lugar donde no moleste. Tú, la infecciosa, baja la ventanilla o aquí va a morir alguien antes de tiempo. Así no se puede trabajar ¡Esto es asfixiante!

* * * * *

Y hasta aquí la muestra de la novela El hombre que intuía...

Espero que te haya gustado. Si deseas saber cómo continúa y disfrutar de más aventuras de nuestros protagonistas, puedes encargar la novela completa a www.amazon.com (640 páginas castellano o en catalán). Comentarios serán bienvenidos.

Muchas gracias y buena lectura.

David Castells